

A close-up photograph of a red padlock with a heart-shaped cutout in the center. The padlock is hanging from a thick, light-colored rope. The background is a soft, out-of-focus blue sky. The text "La receta del amor" is written in a white, elegant cursive font across the top half of the image.

*La receta
del amor*

Fernando Claudín

La receta del amor

Fernando Claudín

Cómo empecé a llamarme Flautín

Siempre sentí que vivía en un mundo fantástico, regido por tiempos mágicos, empezando por mi propio destino, que me parecía extraordinario, teniendo en cuenta que el pueblo donde me crié fue objeto de tres calamidades que provocaron la muerte a todos sus habitantes excepto al más insignificante, a mí, que ni siquiera tenía nombre y me llamaban Flautín por mi costumbre de tocar la flauta mientras correteaba por los campos.

Yo era el menor de siete hermanos y nadie se explicaba mi pequeñez física, pues mis seis hermanos mayores eran altos y fuertes como árboles centenarios, igual que mi padre, como buenos leñadores, ya que en mi familia ser leñador era una tradición y una exigencia que se remontaba a varias generaciones y yo era la única excepción masculina en ese monolítico árbol genealógico de rudos trabajadores que se ganaban el pan dedicándose a cortar árboles, pues ni siquiera tenía fuerza para levantar el hacha, la herramienta de trabajo de mis ancestros desde tiempos inmemoriales.

Yo sólo sabía tocar la flauta y además tenía un sueño, que esperaba realizar algún día: ¡conquistar a la princesa de mis sueños!

En el pueblo no creían que yo pudiese conquistar nada menos que a una princesa, y mucho menos mi padre y mis hermanos. Sólo mi madre, que parecía una cigüeña, estaba segura de que algún día yo, Flautín, su hijo pequeño, el ser más insignificante, conseguiría realizar mi sueño, aunque nadie tenía en cuenta su opinión, porque estaba enferma y cansada después de haber parido a tantos hijos y se pasaba el tiempo en la cama.

En cambio yo quería estar el menor tiempo posible en la cama, porque cuando me dormía soñaba que mi padre y mis hermanos se transformaban en

toros que no paraban de bramar y me perseguían para darme cornadas y aplastarme con sus pezuñas, y luego me costaba olvidarme de los cuernos como lanzas del sueño y de los bramidos como truenos y de las pezuñas que provocaban terremotos.

Se puede decir que mi vida adulta, consciente, de presciencia madura, se inició el día que mi madre me dio el siguiente consejo:

-Cuando sueñes con los toros, imagínate que tu flauta es una pértiga con la que puedes saltar por encima de ellos y hacer volteretas sobre sus cuernos.

Como es natural obedecí sin rechistar a mi madre, que me daba siempre sabios y certeros consejos y me había salvado del holocausto cuando yo me encerraba en el establo, junto a la cabra, para que mi padre y mis hermanos no me recordasen lo insignificante que era.

-¿Por qué no sales a pasear por los campos para disfrutar del sol, las mariposas y las flores? –me había dicho mi madre para arrancarme del establo.

Y yo le contesté:

-Porque si veo lo pequeña que es mi sombra, pienso que el sol se va a reír de mí, y si intento jugar con las mariposas y ellas salen volando, pienso que se van a reír de mí, y si me acerco a las flores para decirles lo bellas que son y lo bien que huelen y veo que ni siquiera puedo alcanzar sus pétalos, pienso que se van a reír de mí.

Justo en ese momento pasó un trovador tuerto por el pueblo y yo, al oírle tocar la flauta, me olvidé de mi pequeñez, rompí a reír y me puse a bailar.

Mi madre, pensando que la flauta de ese trovador desconocido valía un tesoro, porque había conseguido que yo, su insignificante hijo pequeño, me riese y bailase por primera vez, invitó a comer al trovador, esperó a que saciase su apetito y le dijo:

-Si me entregas tu flauta, te daré a cambio lo que me pidas.

El trovador tuerto se quedó pensativo.

-¿Tienes dinero? –preguntó.

-No, porque mi marido y mis hijos mayores son leñadores y con lo que nos pagan en el mercado por la madera que talan apenas nos alcanza para vivir –dijo mi madre, absteniéndose quizá de añadir que su marido y sus hijos mayores habían talado tantos árboles en el bosque como para construir un castillo, pero eran tan voraces que se comían y se bebían todos los beneficios.

El trovador tuerto clavó en mí, desdeñoso, su único ojo, el izquierdo, pues en la cuenca del ojo derecho había una desagradable llaga.

-Si tu marido y tus hijos mayores son unos clavos como éste, no podrían talar ni el tallo de una rosa –dijo, burlón, riendo ruidosamente su ocurrencia, pero mi madre no quiso sentirse ofendida y replicó con esa serenidad suya que nunca la abandonaba, ni en los momentos de mayor penuria:

-Mi hijo pequeño es el hombre más grande de esta familia y algún día, cuando conquiste a la princesa de sus sueños, lo demostrará al mundo entero.

El trovador tuerto volvió a carcajearse, esta vez con más fuerza, haciendo retumbar las paredes de nuestra humilde morada, pues no podía imaginarse que yo, que le parecía un clavo, pudiese conquistar nada menos que a una princesa como las de los cuentos de hadas.

-Bueno, echaré un vistazo por ahí, a ver si hay algo que merezca la pena –dijo y recorrió la casa para ver si encontraba algo de valor.

Mi madre no había hecho la compra en el mercado, así que la alacena estaba vacía, como de costumbre, porque al caer la tarde, cuando mi padre y mis hermanos regresaban de talar árboles, estaban tan hambrientos y sedientos que se pasaban horas sentados a la mesa, comiendo y bebiendo cerveza mientras celebraban ruidosamente lo grandes que eran los árboles que habían talado.

Al no hallar nada de valor en la casa, el trovador tuerto entró en el establo y examinó con interés la cabra.

-Este animal bien podría servir para pagar una flauta –dijo.

Yo sabía que mi madre lamentaba tener que deshacerse de la cabra, que tan buena había sido con nosotros, ya que sin su leche yo habría muerto, pues los pechos de mi madre se habían secado después de dar de mamar a mis voraces hermanos mayores.

Claro que mi madre, siempre tan sabia, pensó que la cabra ya había cumplido su misión y ahora lo que su hijo pequeño necesitaba no era leche, sino otra clase de alimento, de modo que aceptó el trato del trovador tuerto y le entregó la cabra a cambio de la flauta.

Cuando llegaron mi padre y mis seis hermanos encontraron la alacena vacía porque mi madre había gastado su tiempo y los pocos alimentos que le quedaban en dar de comer al trovador tuerto y comprar su flauta, en lugar de ir al mercado a hacer la compra.

Mi padre, furioso, decidió asar la cabra para que les sirviese de cena.

Al encontrar el establo vacío, su cólera se desbordó y azotó a mi madre con tal violencia que desde entonces ella casi no podía levantarse de la cama por la debilidad que arrastraba después de haber parido a tantos hijos.

Yo me sentí tan horrorizado al ver a mi padre transformado en un monstruo que pegaba a mi madre que salí corriendo y durante siete días vagué por los campos. Y con el sonido de mi flamante y recién adquirida flauta, que tan cara le había costado a mi madre, alegraba al sol, que brillaba más al escucharme, a las flores, que se engalanaban a mi paso, y a las mariposas, que aleteaban con más brío en mi presencia.

Así fue cómo yo, que hasta entonces ni siquiera tenía nombre, de lo insignificante que era, me transformé en el niño que tocaba la flauta y las gentes de mi pueblo empezaron a llamarme Flautín.

Cómo pesqué nueve peces en el río contaminado

Yo era feliz alimentándome de bellotas, bebiendo agua de los manantiales y tocando mi flauta por los campos, bajo el sol, entre las mariposas y las flores, pero al llegar la noche, cuando me cansaba de contestar al canto de los búhos con el sonido de mi flauta y me invadía el sueño, volvían las pesadillas, en las que me veía rodeado de toros que me perseguían con sus cuernos, sus bramidos y sus pezuñas que sacudían el suelo como un terremoto.

Al octavo día regresé junto a mi madre. Al encontrarla postrada en la cama, con los ojos vidriosos y el rostro amarillento, rompí a llorar, abrazándola. Mi madre y yo pasamos la noche hablando del trovador tuerto, la flauta, los leñadores, el bosque, las mariposas y las flores, los búhos, los toros, el sol y la luna, las pesadillas y los sueños.

Fue entonces cuando mi madre me dijo que podía transformar mi flauta en una pértiga para saltar por encima de los toros y hacer volteretas sobre sus cuernos sin que pudiesen alcanzarme, y yo la obedecí, como es natural, y desde ese momento no volví a tener pesadillas y soñar con los toros se transformó en un divertimento para mí, porque me encantaba hacer volteretas sobre sus cuernos, aupándome con la pértiga de mi flauta.

Al poco tiempo llegó la primera calamidad al pueblo, el hambre, y mi madre les dijo a mi padre y a mis hermanos mayores:

-Será mejor que no vayáis al bosque a talar árboles, porque luego tendréis más hambre y como no hay nada de comer os comeréis unos a otros por la violencia que anida en vuestros corazones.

Pero mi padre y mis hermanos mayores no sabían hacer otra cosa que ser leñadores, así que se marcharon al bosque a talar árboles para olvidarse del hambre.

Mi madre, que estaba a punto de morir porque el hambre le había quitado la poca vida que le quedaba, decidió darme un tercer consejo antes de abandonar este mundo:

-La flauta te sacó del establo para que pudieses contemplar las maravillas de este mundo y sentir que no eres menos que nadie. Luego la flauta te ha enseñado a ser fuerte en la adversidad, para que los toros no te aplasten.

Ahora ha llegado el momento de transformar tu flauta en una caña de pescar que te permita conseguir alimento para que te valgas por ti solo.

Y como yo nunca había puesto en duda las palabras de mi madre, me fui corriendo al río con mi flauta y me senté en la orilla. Pero en el río no había peces y la flauta seguía siendo una flauta en lugar de una caña de pescar, de modo que me puse a llorar porque mi madre nunca mentía y yo me sentía culpable creyéndome incapaz de realizar su consejo por mi insignificancia.

Entonces apareció una vieja tortuga que vivía en la ribera del río desde hacía trescientos años, según me dijo.

-En ese tiempo nunca he visto peces en este río, porque los habitantes del pueblo donde vives han envenenado sus aguas, pero en el fondo del río hay muchas piedras que antes eran peces. Imagínate que en vez de piedras son huevos y que de esos huevos vuelven a salir los peces.

Sonreí, esperanzado, al escuchar las alentadoras palabras de esa vieja tortuga que por alguna razón deseaba auxiliarme.

-Ya me lo he imaginado –repliqué al punto.

-Ya lo veo –dijo la vieja tortuga sonriendo a su vez, pues en la superficie del río no paraban de asomar las bocas de los peces.

No tuve ninguna dificultad en imaginarme que mi flauta era una caña de pescar y pesqué nueve hermosos peces para que pudiese comer toda la familia.

La vieja tortuga se transformó en águila y me dijo:

-Gracias a tu fe, que te hizo creer en mis palabras, y al poder de tu imaginación, que les dio forma, has anulado el hechizo que me hizo el Brujo del Aburrimiento hace trescientos años, cuando me transformó en tortuga, atándome a la ribera de este río contaminado hasta que alguien consiguiese que volvieran a él los peces.

El águila rompió a reír, alzando el vuelo.

-¡Malvado Brujo del Aburrimiento, considerabas imposible que volvieran los peces al río contaminado y ya ves, este niño lo ha conseguido y yo vuelvo a surcar el cielo como Águila de la Imaginación que soy para ayudar a que se cumplan los nuevos sueños!

En la otra orilla del río apareció el Brujo del Aburrimiento y miró horrorizado al Águila de la Imaginación porque ahora que ésta había encontrado a un niño con la imaginación lo bastante poderosa no sólo se había librado del hechizo, sino que podría seguir haciendo de las suyas, dejándolo a él mortalmente aburrido, sin mortales a quienes transformar en sus víctimas.

-¡No me rendiré tan fácilmente! –gritó el brujo con el puño en alto, pero nadie le prestó atención.

Entonces el Águila de la Imaginación desplegó en el cielo su majestuoso vuelo, escribiendo sobre las nubes con letras de fuego:

<<Gracias, Flautín. Llámame cuando me necesites para que haga realidad tus sueños>>.

Yo asentí, sintiéndome dichoso por primera vez.

-¡Lo haré! –repliqué, atando con el hilo de la caña de pescar los nueve peces mientras el Brujo del Aburrimiento, en la otra orilla del río, se retorció de rabia.

Luego me dirigí tan contento y campante a casa, con mis nueve soberbios peces colgando del hombro, bajo una fina lluvia que me envolvía como una caricia.

Cuando el sol brilló de nuevo con fuerza, se dibujó en el horizonte un espléndido Arco Iris. Al verme reflejado en los charcos que la lluvia dejó a su paso, comprobé que había crecido algunas pulgadas gracias a las bellotas que me procuraron alimento durante los siete días que estuve paseando por los campos con mi flauta. ¡Las bellotas me habían transmitido la fuerza del roble, el árbol más grande, recio y noble!

Entonces me puse a cantar alegremente:

¡Yo soy el pájaro Flautín!

*Cuando no tengas nombre
y seas tan pequeño
que en el establo te encierres
por miedo a que todos,
el sol, las mariposas y las flores,
se rían de ti,
sal a los campos a tocar la flauta
y come bellotas.*

*¡Te llamarán Flautín!
¡Y crecerás como un roble!
¡Y con pértiga maravillosa,
entre los cuernos de los toros,
harás volteretas!
¡Y será tu amiga el águila!*

*¡Y pescarás nueve peces
en el río contaminado!*

¡Yo soy el pájaro Flautín!

Ahora del río no paraban de salir cangrejos que me seguían como la cola de un vestido de novia y comentaban por lo bajo, divertidos:

-¡Este está tan loco como la cabra que lo amamantó!

Cómo mi madre se volvió cigüeña-estrella

Cuando llegué a casa me pareció que se había apoderado de ella una tormenta, de tantos gritos y golpes que se escuchaban, porque mi padre y mis seis hermanos se habían transformado en los toros que yo soñaba. Se daban cornadas, se pataleaban con las pezuñas y bramaban, mordiéndose unos a otros para comerse entre sí, como había predicho mi madre, porque el hambre los había enloquecido.

En cuanto entré con los nueve peces colgando del hombro se hizo el silencio. Mi padre y mis hermanos me miraron asombrados, sin poder creerse lo que veían, y acto seguido se abalanzaron sobre mí como rapaces buitres para arrebatarme los peces y devorarlos.

Debido a la voracidad de mi padre y mis hermanos sólo quedaron las espinas de los peces y eso fue lo único que pude ofrecerle a mi madre, así que ambos pasamos la noche royendo las espinas como ratones mientras hablábamos en susurros, para no despertar a los leñadores, del Águila de la Imaginación y el Brujo del Aburrimiento, sin advertir que el pueblo se había salvado del hambre porque la cola de novia de los cangrejos que me siguieron no había parado de crecer hasta formar una marea roja y a la mañana siguiente todos los habitantes se pusieron a comer cangrejo, aunque siguieron contaminando el río cuando recuperaron las fuerzas.

El amanecer de aquella jornada que los habitantes del pueblo recordarían como *el día de la marea roja de cangrejos*, murió mi madre.

La vi partir en un carro de fuego, en su apariencia de cigüeña, de un color entre verdoso pálido y amarillo, cubierta con un velo mágico trenzado con amapolas. Le acompañaba el sonido de trompetas y tambores. A los lados y por detrás, la custodiaban tres pájaros-serpiente, abría la marcha una serpiente del Arco Iris y por encima de ellos revoloteaba una bandada de murciélagos.

La vi atravesar un laberinto de nubes y ascender hasta la esfera celeste, donde se transformó en estrella, haciéndose un hueco entre la Estrella Polar y la Estrella de Venus.

-Adiós, madre –dije con la mano levantada y el rostro arrasado por el

llanto, sintiendo que la tierra cedía a mis pies.

Entonces el Águila de la Imaginación se posó en mi hombro y me dijo:

-No te despidas de ella porque siempre estará allí. Cuando levantes la mirada hacia la esfera celeste verás a tu madre en la cigüeña-estrella que hay entre la Estrella Polar y la Estrella de Venus.

Al oír aquellas alentadoras palabras me enjuagué las lágrimas que corrían por mis mejillas y sonreí.

-¡Es verdad! –repliqué, maravillado.

La pesadilla de la momia y los tigres

Al cabo de un tiempo, cuando los habitantes del pueblo se olvidaron del hambre que habían pasado hasta *el día de la marea roja de cangrejos*, llegó la segunda calamidad, la guerra, y todos los hijos en edad de empuñar la espada tuvieron que alistarse en el ejército.

Mis seis hermanos mayores, que eran los más grandes y fuertes del pueblo, fueron los primeros en alistarse. Como estaban acostumbrados a usar enormes hachas para talar los árboles del bosque, cuando empuñaron la espada de la guerra aprendieron enseguida a manejarla con tal destreza que causaban el asombro de todos.

Mi padre exclamó, lleno de orgullo:

-¡Cada uno de mis hijos cortará la cabeza a seis enemigos y traerá las cabelleras atadas al cinturón como prueba de su fuerza y valor!

Nadie puso en duda aquella afirmación, porque en el pueblo temían a *la familia de leñadores*.

Sin embargo cuando me tocó a mí empuñar la espada de la guerra fue otro cantar. Ni siquiera tuve fuerzas para levantarla, aunque gracias a las bellotas había crecido unas pulgadas, y el ejército me declaró no apto.

Mi padre y mis hermanos estallaron en carcajadas tan ruidosas que se propagaron por todo el pueblo, contagiando a todos los habitantes, que se desternillaron de risa a causa de mi debilidad física.

Como los habitantes del pueblo tenían mala memoria y ya habían olvidado que los cangrejos de mi fantasía los salvaron del hambre, a ninguno se le ocurrió salir en mi defensa.

Me sentí tan humillado por no poder levantar la espada de la guerra que salí corriendo por los campos, huyendo de las carcajadas de mi padre, mis hermanos mayores y los habitantes del pueblo, hasta que caí agotado al pie de un roble, me acurruqué contra el tronco y me quedé dormido.

Entonces soñé que era una momia y me perseguía una manada de tigres feroces en mitad de la noche. Yo intentaba quitarme las vendas de momia para poder esconderme, porque eran blancas y brillantes y destacaban en la oscuridad de la noche, pero las vendas nunca se terminaban y cada vez que me

quitaba una aparecía otra en su lugar.

Los rugidos de los tigres, sus garras y sus colmillos estaban por todas partes, rodeándome como una lluvia de piedras que me golpeaba sin parar.

<<Estoy perdido>>, pensé al comprender que las vendas blancas y brillantes de momia me delataban en la oscuridad y que al quitármelas estaba dejando a mi paso un rastro inconfundible, que cada vez atraía a más tigres.

En vano intentaron despertarme de la pesadilla la cigüeña-estrella y el Águila de la Imaginación, porque al huir de las carcajadas perdí la flauta y ahora volvía a ser el de antes, un niño que ni siquiera tenía nombre de lo insignificante que era y que vivía encerrado en el establo.

Me hallaba a merced del Brujo del Aburrimiento, que se había sentado a mi lado, con sus brazos de mono cruzados. Sonreía con su boca de sapo, su cuerpecillo de comadreja se estremecía de felicidad y sacudía su cola de rata y sus patas de ganso mientras metía en mi pesadilla más y más tigres, hasta que se dio por satisfecho, sabiendo que el hechizo se había realizado.

-Pobre criatura, cuando te despiertes el miedo lo habrá enterrado todo: el Águila de la Imaginación, la cigüeña-estrella y lo que es más importante: ¡tu maldita flauta! –dijo el Brujo del Aburrimiento.

Al rayar el alba me levanté sin recordar nada de las cosas buenas que me habían pasado. Sólo recordaba la pesadilla de la momia y los tigres y el eco de las risas que me había perseguido hasta que me quedé dormido.

Ahora sólo deseaba regresar al establo y encerrarme allí para siempre.

La visita del centauro y el esqueleto

Cuando llegué a casa me encontré a mi padre transformado en un cuervo negro que graznaba desapaciblemente y al verme repetía una y otra vez: <<cobarde... cobarde... cobarde>> porque estaba convencido de que yo no había querido levantar la espada de la guerra por falta de valor.

Aunque nunca me había atrevido a hablar a mi padre, tuve la tentación de hacerlo ahora, puesto que él ya no era un leñador gigante, sino un simple cuervo negro. Lo cierto es que llevaba guardada en el vientre la pregunta: <<¿por qué me odias, padre?>>

Pero estaba tan cansado que sólo tuve fuerzas para arrastrarme hasta el establo, cerrar la puerta, echar el tranco y tumbarme a dormir sobre la paja, intentando olvidarme del cuervo negro, que no cesaba de graznar, repitiendo: <<cobarde... cobarde... cobarde>>.

Al cabo de un tiempo, cuando llegó el invierno y las calles se cubrieron de nieve, apareció en el pueblo la bestia mágica llamada centauro, que era humana de cintura para arriba y el resto de caballo, y a todos los habitantes les asombró que sus poderosos cascos resonasen en la nieve como si galoparan sobre piedras.

En el centauro iba montado un esqueleto con capucha y capa, que llevaba al hombro un carcaj lleno de flechas y sostenía en la mano derecha un arco y en la izquierda un reloj de arena.

El esqueleto y el centauro fueron casa por casa para decir a los habitantes del pueblo que sus hijos habían muerto en la guerra. Al llegar a la casa de *los leñadores*, dejaron en la entrada una larga coleta, parecida a una cola de caballo, formada por las seis cabelleras, anudadas entre sí, de mis hermanos mayores.

Entonces mi padre, aun siendo cuervo negro recordó sus propias palabras, cuando predijo que sus hijos traerían atadas al cinturón las cabelleras de seis enemigos. Sintiendo burlado por el destino, rompió a graznar con furia y en el cielo aparecieron seis cabezas de dragón con los carrillos hinchados que soplaron un violento huracán durante tres días, arrasando todas las casas del pueblo, excepto la de *los leñadores*.

Entre las víctimas del hambre y la guerra y los habitantes que emigraron al ver arruinada su casa por el huracán, sólo quedaron en el pueblo trece habitantes, aparte de mi padre (yo nunca contaba en el censo de población): ocho hombres y cinco mujeres que se dedicaron a reconstruir sus casas durante el invierno.

Yo me pasaba el tiempo durmiendo en el establo y de vez en cuando buscaba un mendrugo de pan o algún resto de comida entre los escombros de las casas que había destruido la cólera de mi padre transformada en huracán, pero cada vez salía menos del establo para no ver al terrible cuervo negro, que había atado a la entrada de la casa la coleta con las seis cabelleras anudadas de mis hermanos mayores y vivía encaramado en ella, con las garras bien apretadas en los nudos.

Cuando yo salía del establo, el cuervo negro me miraba con odio y graznaba amargamente, repitiendo: <<cobarde... cobarde... cobarde>>.

El basilisco y los animales danzantes

Al final del invierno, cuando se había derretido la nieve y los trece habitantes supervivientes habían terminado de reconstruir sus casas, el pueblo fue azotado por la tercera calamidad, la peste, en forma de basilisco, la mágica serpiente venenosa que tenía alas y cresta de gallo y mataba con la mirada.

El basilisco iba casa por casa, se sentaba a once pasos de la entrada, esperaba con paciencia a que sus habitantes saliesen a la calle o se asomasen por la ventana y les lanzaba su mirada mortal.

Uno a uno fueron cayendo los trece habitantes supervivientes, porque antes o después se descuidaban o les traicionaba la impaciencia o la curiosidad y en cuanto recibían la mirada del basilisco, que estaba siempre atento, se transformaban en polvo que era arrastrado por el viento hasta el mar.

Por último, el basilisco se apostó delante de *la casa del leñador*, mi padre. El cuervo negro, aterrorizado, comenzó a graznar lastimeramente, suplicando perdón. Aunque tenía alas y habría podido escapar volando de la peste, la coleta con las seis cabelleras anudadas de mis hermanos mayores se había cubierto de telarañas durante el invierno y sus garras estaban pegadas a ella.

El cuervo negro se hizo polvo cuando el basilisco posó la mirada en él y fue barrido por el viento hasta el mar. Luego el basilisco se quedó esperando fuera de la casa, a once pasos de distancia, porque su agudo olfato le avisaba que había alguien en el establo.

Como, según la ley de la peste, el plazo máximo que el basilisco podía permanecer a la espera era de cuarenta días, yo debía quedarme encerrado en el establo todo ese tiempo, pero era imposible que sobreviviese sin agua ni comida, de modo que mi madre, la cigüeña-estrella, se las ingenió desde el firmamento para burlar la vigilancia del Brujo del Aburrimiento, que no se separaba de mí y seguía metiendo tigres en mi sueño para que no me acordase de mi flauta.

-Has de ayudar a mi hijo Flautín, porque está en peligro de muerte –le rogó la cigüeña-estrella al Águila de la Imaginación.

-¿Cómo puedo hacerlo, si el Brujo del Aburrimiento ha raptado su sueño y tu hijo ya no puede verme? –replicó el Águila de la Imaginación, apesadumbrada, porque deseaba recompensarme por haberla liberado del hechizo que durante trescientos años la había transformado en tortuga arrugada y vieja en la ribera del río contaminado.

-Hay una manera muy sencilla de que entretengas al Brujo del Aburrimiento haciendo que le traicione su propia naturaleza y a la vez impidas que el basilisco vea escapar a Flautín –insistió mi madre.

-¿Qué manera es ésa? –quiso saber el Águila de la Imaginación, sintiéndose mordida por la curiosidad, porque a la cigüeña-estrella se le había ocurrido algo que ni siquiera ella misma podía imaginarse.

-Haz que aparezcan diez sapos, diez monos, diez comadreja, diez ratas y diez gansos y que bailen alrededor del basilisco, formando un círculo. El Brujo del Aburrimiento, traicionado por su propia naturaleza, se romperá en pedazos. La cabeza de sapo irá con su gente, al igual que los brazos de mono, el tronco de comadreja, las patas de ganso y la cola de rata.

Así lo hizo el Águila de la Imaginación, admirada por la creatividad de la cigüeña-estrella. Cuando los sapos, los monos, las comadreas, los gansos y las ratas se pusieron a bailar alrededor del basilisco, formando un círculo, la serpiente con alas y cresta de gallo nada pudo hacer contra ellos, porque el poder de su mirada sólo tenía efecto con los humanos.

Entonces el Brujo del Aburrimiento se sintió atraído por el ventanuco del establo a través del cual yo contemplaba la luna cuando las pesadillas me despertaban en mitad de la noche, y se rompió en pedazos. La cabeza fue a reunirse con los sapos. Los brazos, con los monos. El tronco, con las comadreas. Las patas, con los gansos. Y la cola, con las ratas. Luego bailó en círculo alrededor del basilisco.

Al sentirme liberado del hechizo del Brujo del Aburrimiento, dejé de verme en el sueño como una momia a la que perseguían los tigres, me desperté y respiré aliviado, pensando que debía recuperar mi flauta.

Salí del establo y me marché corriendo a los campos sin que el basilisco lo advirtiese, porque el círculo de animales danzantes le tapaba la visión y lo tenía muy entretenido.

El desafío del guardabosque

El Águila de la Imaginación se posó en mi hombro izquierdo y me indicó el lugar donde había perdido la flauta. ¡Me sentía tan feliz por haber sobrevivido a las tres calamidades de mi pueblo y haber dejado atrás para siempre al cuervo negro y al Brujo del Aburrimiento que me puse a corretear por los campos mientras tocaba la flauta y cantaba:

¡Yo soy el pájaro Flautín!

*¡Cuando no tengas nombre
y seas tan pequeño
que en el establo te encierres
por miedo a que todos,
el sol, las mariposas y las flores,
se rían de ti,
sal a los campos a tocar la flauta
y come bellotas!*

*¡Te llamarán Flautín!
¡Y crecerás como un roble!
¡Y con pértiga maravillosa
entre los cuernos de los toros
harás volteretas!
¡Y será tu amiga el águila!
¡Y pescarás nueve peces
en el río contaminado!
¡Y podrás escapar del basilisco
y dejar atrás para siempre
al Brujo del Aburrimiento!*

¡Yo soy el pájaro Flautín!

Mis pasos me guiaron sin que me diese cuenta al bosque donde acudían

mi padre y mis seis hermanos.

De pronto sentí un violento tirón en la oreja izquierda y me vi izado a diez brazas del suelo.

-¿Adónde crees que vas? –dijo la voz de ogro del gigantesco guardabosque, de quien me había hablado mi madre, aunque era la primera vez que lo veía en persona.

Su tamaño era colosal y tenía una espesa barba dividida en doce mechones, seis de los cuales estaban anudados alrededor de sus enormes botas, con las que hacía retumbar el suelo del bosque, y los otros seis mechones estaban atados al grueso cinturón de cuero que utilizaba para castigar a los leñadores.

Mi madre me había contado que mi padre y mis hermanos tenían una habilidad especial para burlar la vigilancia del guardabosque y así poder talar a sus anchas cuantos árboles les pareciese bien.

El guardabosque, que me tenía bien agarrado de la oreja, me miró de arriba abajo, soltando estruendosas carcajadas.

-Yo te conozco. Tú eres el hijo pequeño de la familia de leñadores que ha talado todos los árboles del *Bosque Milenario de las Creencias* mientras los habitantes de tu pueblo maldito se dedicaban a contaminar el *Río de la Vida*. ¡Mira lo que han hecho tu padre y tus hermanos! –exclamó, furioso, mostrándome el páramo de árboles talados en el que se había transformado el bosque.

Como yo nunca había estado allí, porque temía encontrarme con mi padre y mis hermanos, me sorprendió que el bosque hubiese desaparecido por completo.

Claro que era injusto que el guardabosque me culpase a mí de aquel desastre.

-¿Qué culpa tengo yo? –protesté débilmente por el temor que me inspiraba el gigantesco guardabosque, que volvió a carcajearse, agitando sus pobladas barbas.

-¿Nadie te ha enseñado que los débiles deben pagar las culpas de los fuertes? Tu padre y tus hermanos eran demasiado rápidos para que pudiese alcanzarlos con mi cinturón y castigarlos, porque soy lento y torpe después de haber vivido miles de años en este bosque. Ahora que ellos han acabado con el bosque y ya no tengo nada que guardar sólo me queda esperar la muerte, pero antes me cobraré contigo las culpas de tus mayores y así compartirás mi destino *de destierro*.

Hice lo posible por sobreponerme al miedo que me embargaba.

-¿Qué puedo hacer para obtener tu perdón? –pregunté en un tono humilde, tratando de mostrarme razonable.

El guardabosque, de pronto pensativo, miró con tristeza el páramo de troncos talados en el que se había transformado el bosque.

-Sólo hay un modo de que pagues por las culpas de tus mayores, pero deberás superar tantas pruebas que es imposible que lo logres.

Dejó vagar la mirada en el horizonte, como si estuviese contemplando algo que se encontraba muy lejos.

-Tienes que conocerte a ti mismo y convertirte en el héroe de tu destino.

-¿Cómo?

El guardabosque me sostuvo la mirada. Sus ojos eran negros y profundos. Por debajo de su mirada triste advertí una bondad natural que me recordaba a la de mi madre.

-¿Tienes algún sueño, pequeño?

Sonreí, ilusionado.

-¡Claro, conquistar a mi princesa! –repliqué con entusiasmo.

El guardabosque cabeceó pesadamente.

-Bien, pues eso mismo es lo que has de hacer, muchacho, aunque en tu caso será un desafío que te exigirá a cambio lo mejor de ti mismo.

-¡Lo haré!

-Bueno, creo que si consigues encontrarte a ti mismo y conquistar a tu princesa, podrás conseguir que el bosque vuelva a florecer para iniciar un nuevo ciclo vital.

El guardabosque me soltó, dejándome adolorida la oreja izquierda, y acto seguido se arrancó un diente con una facilidad pasmosa y me lo entregó con aire solemne.

-Aquí tienes tu salvoconducto. ¡Suerte, pequeño!

Y dicho esto, el guardabosque se eclipsó.

El laberinto de piedra y la codorniz de oro

Abandoné el páramo de árboles talados sintiéndome desorientado, sin saber hacia dónde dirigirme, y al cabo de un tiempo acabé perdido en un laberinto de piedra.

Abatido y exhausto, me senté en el suelo.

<<Este laberinto es circular. Estoy dando vueltas alrededor del mismo punto>>, discurrí.

Entonces una codorniz de oro se posó a mis pies.

-¿Puedo ayudarte en algo, joven? –preguntó.

-Me estoy buscando a mí mismo para conquistar a la princesa de mis sueños –respondí con pesar.

La codorniz de oro resopló, como si aquella empresa se le antojase complicada.

-Para encontrarte a ti mismo debes localizar uno de los rayos solares invisibles sin el auxilio de una codorniz, estrechos túneles subterráneos a los que sólo se puede acceder a través de las puertas que nosotras custodiamos.

La codorniz de oro me miró de hito en hito, expectante, y añadió, viendo que yo no reaccionaba:

-Necesito que me entregues una prenda de crédito para que pueda ayudarte.

Me encogí de hombros, ignorando a qué se refería.

-¿Por ejemplo?

La codorniz de oro sonrió con malicia.

-Un diente de guardabosque podría servir.

Me sentí aliviado. ¡Ahora entendía a qué se refería el guardabosque al decir que ese diente era su salvoconducto!

La codorniz de oro tomó el diente como si fuese un manjar exquisito y se lo metió en el pico. Vi cómo el diente bajaba lentamente por su cuello.

-¡Mmm! ¡Delicioso! ¡Arándanos y fresas! Seguro que el guardabosque que te entregó este diente ha comido muchas bayas silvestres a lo largo de su vida. Una vez probé el diente de un guardabosque tan austero que sabía a agujas de pino.

Ni siquiera pestañeé de asombro, pues a pesar de mi juventud ya estaba acostumbrado a las cosas más extravagantes.

-Muy bien, joven. La puerta invisible de este laberinto se encuentra debajo de ti –dijo la codorniz de oro.

Entonces observé que me había sentado en un disco de jade de color verde azulado con un pequeño agujero en el centro. ¡Apenas se distinguía en el suelo de piedra del laberinto!

-Toma una pluma de mi cola, métela por el agujero y el disco se desplazará para que puedas pasar –añadió la codorniz de oro.

Así lo hice y en cuanto apareció el hueco que me permitía pasar me introduje por él.

-¡Buen *viaje interior*, joven! –oí que exclamaba en la superficie la codorniz de oro.

Cómo vencí al dragón de la perla

Eché a caminar por un túnel de marfil largo, estrecho y muy iluminado donde se escuchaba un rugido ininterrumpido.

Al levantar la mirada vi ante mí un dragón con el cuerpo cubierto de escamas que tenía cuernos de toro, alas de murciélago, garras de halcón y una cola de serpiente acabada en punta de flecha.

El dragón me miraba fijamente, inmóvil, exhalando fuego por la boca.

Ocupaba la anchura del túnel, de modo que me impedía el paso. Además el dragón podía quemarme con su fuego.

<<Tengo una idea. Dicen que la música amansa las fieras. ¿Por qué no toco mi flauta para que el dragón se duerma?>>, pensé.

En efecto, al oír la música de mi flauta el dragón se durmió, encogiéndose, y dejó a su lado un pequeño hueco por el que pude pasar, arrojándome a la pared.

Según avanzaba por el túnel subterráneo, que medía setenta mil pasos de largo, me encontré con otros cinco dragones y cada vez que dormía a uno de ellos con la música de mi flauta el túnel se acortaba diez mil pasos delante de mí.

Cuando llegué al séptimo dragón y lo dormí, vi que había llegado al final del túnel. Me hallaba ante una puerta de marfil, como el resto del túnel, con un disco de jade incrustado, de color verde azulado, que tenía un pequeño agujero en el centro.

Empujé el disco de jade y metí el dedo en su pequeño agujero, pero no veía la forma de abrir aquella puerta.

<<A lo mejor hay que esperar a que venga una codorniz de oro para meter una pluma de su cola por el agujero>>, me dije.

Entonces observé que el séptimo dragón tenía una perla en la boca.

<<Quizá deba quitarle la perla al dragón para meterla por el agujero>>, discurrí, por asociación de ideas, al recordar el diente del guardabosque que me había servido como salvoconducto para entrar en aquel túnel subterráneo.

Nuevamente hice caso a mi imaginación y cogí la perla, pero el dragón

volvió a despertarse y esta vez la música de la flauta no pudo dormirlo.

<<Tendrás que matarlo>>, me dije, pues el dragón no paraba de soplar fuego y me había arrinconado contra la puerta de marfil.

-¿Cómo puedo hacerlo, si no tengo armas? –me pregunté en voz alta.

Entonces acudió en mi auxilio el Águila de la Imaginación.

-Imagina que tu flauta es una espada –me susurró su voz.

Intenté imaginármelo, pero la flauta no se transformaba. Y lograrlo era cuestión de vida o muerte, porque el fuego del dragón se estaba acercando demasiado.

-No puedo –dije, recordando el día en que había intentado levantar la espada de la guerra y mi padre, mis hermanos y los habitantes del pueblo se rieron de mí.

-¡Sí que puedes! ¡Tu vida depende de ello!

Cuando estaba rodeado por el fuego y las enormes fauces del dragón se abrían para tragarme, vi la espada en mi mano, aún más larga y afilada que la espada de la guerra que no había podido levantar, y al hundirla en su pecho el dragón se transformó en agua, apagando las llamas que empezaban a prender mi cuerpo.

-¡Lo has conseguido! ¡Tu madre, la cigüeña-estrella, se sentirá orgullosa de ti, Flautín! –exclamó el Águila de la Imaginación y rompió a reír, dando tumbos contra la puerta de marfil como si se hubiese vuelto loca.

La escalera de caracol

De pronto me vi ante una interminable escalera de caracol que se perdía en las alturas. Al pisar el primer escalón comprendí la dificultad que entrañaba ascender por ella. Parecía hecha adrede para que nadie pudiese atravesarla.

Los escalones, formados por irregulares caracolas marinas, eran demasiado altos y estrechos. Tan sólo tenían un pequeño anillo a cada lado para unirlos a las inestables barandillas, formadas por un cordón de seda que trenzaba un nudo infinito.

Las barandillas se sostenían de una manera inexplicable, flotando, puesto que no estaban unidas a ningún soporte físico y ello provocaba que cualquier movimiento hiciese vibrar toda la escalera.

¡Lo más fácil era precipitarse al mar de agua hirviendo que había a los pies de la escalera!

Sentí un nudo en el estómago.

-¡Es imposible! ¡Ni en cien vidas podría conseguirlo! –exclamé en voz alta, derrotado.

El Águila de la Imaginación gruñó en mi hombro.

-Para ascender la escalera de caracol se debe mantener la concentración durante siete días y eso ni el más experto equilibrista puede hacerlo, pues antes o después lo asaltaría el cansancio y perdería la concentración, dando un paso fatal. Pero tú puedes acortar los plazos que impone el mundo físico y material, querido –me susurró en un tono cómplice y conspirador-. ¡Adelante, Flautín! ¡La escalera te espera!

Dicho esto desapareció y se hizo la oscuridad.

Sintiendo un frío que me hacía temblar de pies a cabeza, aferré la barandilla formada por el cordón de seda que trenzaba un nudo infinito y me puse de pie lentamente en el primer escalón.

Conforme ascendía, la oscuridad se fue aclarando. Ahora distinguía bien las formas de la escalera y a mis pies el burbujeante mar de agua hirviendo, que procuraba no mirar, temiendo perder el equilibrio y precipitarme en él.

Al tener la mirada fija en los escalones, para calcular las irregularidades de su superficie y no perder pie, descubrí que las caracolas de cada escalón dibujaban un sol. Tardaba un tiempo en distinguir ese sol oculto, porque las caracolas lo trazaban como si fuese un acertijo, disimulándolo entre los salientes y entrantes, pero al conseguirlo me invadía una sensación triunfal, pues cada sol arrojaba un soplo de luz que iluminaba progresivamente el espacio de la escalera, aunque la luz no procedía de los escalones, sino de la parte superior, de esas alturas que me imaginaba inalcanzables.

Al mismo tiempo las barandillas formadas por el cordón de seda que trenzaba un nudo infinito se iban calentando y caldeaban mi cuerpo, al apoyar yo en ellas las manos.

Me pareció que estaba trepando por una vela.

<<Cuanto más subo, más intensa se vuelve la llama, que va derritiendo la cera. De esa forma la vela se acorta, para que su cima no sea inalcanzable para mí, y me transmite el calor de la cera derretida para que el miedo no me venza>>.

Ese pensamiento me dio alas, a pesar del cansancio por el terrible esfuerzo de concentración, y no perdía pie aunque en algunos momentos los escalones y las barandillas se balanceaban tanto que parecía imposible continuar.

La tibia claridad que inundaba la escalera hizo que viese proyectadas a mi alrededor figuras extrañas y amenazantes, sombras misteriosas que ululaban, profiriendo risas metálicas que se enroscaban en la escalera como lenguas de viento.

Por momentos me sentía atrapado en aquellas aullantes espirales de risas y entonces recordaba al habitante de mi pueblo que vivía como un pordiosero, alimentándose de bayas silvestres, y hablaba con las vacas y dormía sobre balas de heno o entre espigas de trigo o girasoles, a quien los niños arrojaban piedras acusándole de haber matado a su mujer y sus tres hijos y luego prender fuego a la casa donde vivía.

<<¡Yo no me volveré loco!>>, exclamaba para mis adentros.

El segundo día de ascensión empecé a ver fantasmas con figura de general del ejército que llevaban tres galones de plata en el hombro y siete medallas de oro en el pecho.

-¡Ánimo, joven Flautín! –exclamaban, cuadrándose marcialmente al tiempo que me saludaban con la mano.

El tercer día los fantasmas con figura de general del ejército fueron

sustituídos por sacerdotes que llevaban un rosario en la mano izquierda y en la mano derecha un voluminoso libro abierto en cuya cubierta ponía *sagradas escrituras*.

Los sacerdotes se inclinaban respetuosamente y decían en susurros:

-Que la luz sea contigo, joven Flautín.

El cuarto día aparecieron ricos tronos fabricados con piedras preciosas en los que estaban sentados reyes ancianos de largas barbas, procedentes de diferentes naciones, que levantaban la mano y exclamaban, eufóricos:

-¡Salve, joven Flautín! ¡Que la fuerza te acompañe!

El quinto día el aire se llenó de figuras de rayos y antorchas llameantes entre las que había siete huellas de pisadas que parecían andar mágicamente.

El sexto día de ascensión sufrí alucinaciones en las que la escalera de caracol no cesaba de transformarse en un sólido pilar de piedra en el que yo me quedaba petrificado, y en un puente formado por filos de navaja que cortaban mi cuerpo hasta dejarlo dividido en siete espadas.

Por último hubo una descarga de ensordecedores truenos y el séptimo día surgió en el horizonte el arco iris. Sentí una alegría tan intensa que el trabajo de esa jornada me pareció increíblemente fácil comparado con las seis jornadas precedentes.

En los últimos siete escalones vi que las caracolas dibujaban sucesivamente una salamandra, un fénix, un ramo de romero y mirto, un cetro de diamantes, una nube descargando lluvia, un velo blanco y un león verde que mordía un enorme girasol.

Cuando levanté la cabeza y llené mis pulmones de vivificante aire, aliviado y satisfecho por haber superado tan difícil prueba, vi por encima de mí a una sonriente Águila de la Imaginación, cuya imperial figura me pareció más imponente que nunca.

-¡Bienvenido al mundo de los sueños, joven Flautín! –exclamó, jubilosa, recibíendome con las alas abiertas.

La vieja de paso

Acto seguido la imponente figura del águila fue sustituida por una vieja encogida como un ovillo y arrugada como una pasa, con unos vivaces ojos de color rojo, que llevaba una lechuza sobre la joroba.

-¿Quién eres tú? –pregunté, sorprendido.

La vieja esbozó una mueca de humildad.

-Yo sólo soy una vieja de paso.

-¿Qué haces aquí?

La vieja me regaló una espléndida sonrisa.

-¡Felicitarte por tu valor, joven Flautín! –dijo mientras extendía en el suelo un mantel, y añadió, guiñándome un ojo-: ¡Supongo que estarás hambriento después de haber pasado tantas pruebas!

Asentí. ¡Nunca había estado tan hambriento!

Maravillado, vi aparecer sobre el mantel fuentes de diferentes colores que contenían puré de patatas, higos, plátanos, tostadas con mantequilla y mermelada, figuras de mazapán y un gran vaso de leche.

-¡Anda, siéntate a comer! –dijo la vieja alegremente.

No me hice de rogar. La visión y el olor de tan sabrosos alimentos me habían enloquecido, de modo que comí de todo hasta hartarme mientras la vieja, sentada frente a mí, me miraba sonriente con sus vivaces ojos de color rojo.

-¡En mi vida había visto comer a nadie con tantas ganas! Será verdad lo que cuentan de ti...

-¿Qué cuentan de mí? –pregunté con curiosidad.

La vieja posó la mano en mi cabeza afectuosamente.

-Corre el rumor de que por fin ha nacido un verdadero héroe de corazón gentil, llamado a conquistar a la princesa de sus sueños, y que ese héroe eres tú.

-¿Quién lo dice?

La vieja hizo un gesto circular con su mano pequeña y rugosa.

-¡Todo el mundo! ¡No se habla de otra cosa! ¡Si supieses la cantidad de seres mágicos e invisibles que pueblan el mundo físico! Los hay de todas las

especies imaginables, desde los más hermosos hasta los más horribles. ¡Unos y otros comentan tus hazañas y corren en silencio a contemplarlas, aunque tú no los veas! ¡Les has devuelto la vida, joven Flautín! Y rezan en silencio para que superes las difíciles pruebas a las que debes enfrentarte para pagar las culpas de tus mayores. Algunos incluso consiguen materializarse para darte ánimos, como los que has visto durante tu ascensión por la escalera de caracol.

La vieja rompió a llorar.

-También yo me emociono al ver tus hazañas. Me haces recordar mis tiempos mozos, cuando conocí a grandes héroes como Perseo, Belofonte, Cadmo, Edipo, Teseo, Hércules y Orfeo.

-¿Qué hicieron esos héroes?

-Perseo venció a la medusa, un horrible monstruo marino con cara humana y la cabeza llena de serpientes que mata con la mirada, como el basilisco, porque sus ojos de fuego tienen el poder de transformar en piedra a quien ose mirarla.

-¿Cómo la venció Perseo?

-Le cortó la cabeza. Por eso desde entonces sólo se puede ver la cara de la medusa.

-¿Cómo era antes de que Perseo le cortase la cabeza?

-Tenía cuerpo de jabalí, manos de bronce y alas de oro.

-¿Cómo consiguió Perseo que la medusa no lo petrificase?

-Se acercó a ella caminando de espaldas y la miraba a través de un espejo mágico que le había entregado la Diosa de la sabiduría.

-¿Qué hizo Perseo con la cabeza de la medusa?

-Se la llevó consigo y gracias a ella pudo petrificar al rey de su país, que era un tirano que oprimía al pueblo, y liberar de un monstruo marino a la princesa con la que luego se casó.

-¿La cabeza de la medusa le dio poderes?

-¡Y tanto!

-¡Yo cazaré a una bestia mágica para conseguir sus poderes!

-Estoy segura de ello, joven Flautín.

Me quedé pensativo.

-¿Cómo era la princesa que se casó con Perseo?

-Una muchacha de increíble belleza, a quien su madrastra detestaba y por eso hizo que una bruja la encadenase a una roca solitaria para que la devorase el monstruo marino. Perseo la vio cuando regresaba volando en su

caballo alado y se enamoró de ella.

Me imaginé protagonizando la hazaña de Perseo. ¡Sería fantástico ir en un caballo alado a la roca solitaria donde me esperaba mi princesa, salvarla del monstruo marino y romper la cadena que la ataba a la roca!

-¡También yo liberaré a una princesa para casarme con ella!

La vieja soltó una risa juvenil.

-¡Desde luego que sí! ¡Y yo lo veré con estos ojos para contarlo!

La vieja y yo nos quedamos callados, mirando los restos de comida que había en el mantel.

-¿Qué hicieron los otros héroes?

-¡Ah, tantas cosas! Algún día te las contaré.

-¿Cuándo?

-Muy pronto.

-¿Entonces volveremos a vernos?

-¡Claro que sí! Las viejas de paso aparecemos una y otra vez. Ahora debes ponerte en marcha.

-¿Adónde debo ir? –pregunté, sintiendo pereza, porque la comilona me había adormecido.

-Ahora te toca conocer a la Diosa Madre Reina del Mundo.

-¿Quién es?

-Tiene muchas caras. Es la Bruja del Mar pero también es tu madre, la cigüeña-estrella, y es todas las madres, las hermanas, las hijas, las princesas, las brujas y las gitanas...

Miré asombrado a la vieja. ¿Cómo podía existir una mujer que fuese todas esas personas a la vez?

La vieja me acarició con ternura la mejilla.

-Debes conocerla para conocerte mejor a ti mismo. Y has de aceptarla tal como es para comprender mejor la vida y llegar a ser un verdadero héroe – dijo, sosteniéndome la mirada, y su mano se cerró como una garra sobre mi hombro, donde solía posarse el Águila de la Imaginación.

Luego se puso de pie y chasqueó los dedos, extendiendo el brazo izquierdo, y la lechuza se posó en él, a la espera de sus órdenes.

-Querida, has de guiar al joven Flautín hasta la Fuente de las Hadas para que beba el agua de sus tres caños. Luego condúcelo al castillo de la isla solitaria, donde lo aguarda la Diosa Madre Reina del Mundo.

La lechuza asintió con un cabeceo aprobador y desplegó sus hermosas alas, elevándose por el aire con un elegante vuelo.

-Sigue a la lechuza y confía en ella, querido.
La vieja tomó mi mano y la besó con ternura.
-¡Hasta pronto, joven Flautín!
Y dicho esto, se esfumó.

El vuelo de la lechuza

Al ver que la lechuza se alejaba en el horizonte, eché a correr, temiendo perderla. Llegado un momento me pareció que tenía alas en los pies que me permitían sobrevolar distancias de muchas leguas en apenas unos pasos. En todo momento alzaba la mirada para seguir la estela de la imponente silueta aérea de la lechuza, que surcaba los cielos de muchas naciones, atravesando cordilleras de nubes.

Aquella alocada carrera me hacía sentirme un pájaro.

Al cabo de un tiempo desaparecieron las alas de mis pies y volví a quedarme anclado en la tierra, sintiéndome pesado como una roca.

La lechuza se posó en mi hombro.

-Hemos llegado a la Fuente de las Hadas. Debes beber el agua de sus tres caños –me dijo.

Vi que nos habíamos detenido en lo alto de una montaña, en el centro de un jardín, delante de una fuente de piedra blanca bellamente tallada donde había tres caños, uno de oro, otro de plata y otro de bronce.

El agua de cada caño seguía su propio curso, formando el cauce de un río. El río de oro iba hacia el Norte, el de plata hacia el Sur y el de bronce hacia el Oeste.

Apuntando al Este había una cueva que contenía un huevo.

-¿Puedo beber sólo del caño de oro? –pregunté, pues aquel caño me tentaba tanto que deseaba saciar mi sed bebiendo de su agua.

-¡No lo hagas! –exclamó la lechuza, alarmada-. Has de probar primero el agua de bronce, a continuación la de plata y por último la de oro.

-¡Al final no tendré sed para saciarme con el agua de oro! –protesté.

-Así ocurre en el corazón de los jóvenes, Flautín, que queréis alcanzar el éxito saltándoos los pasos previos. El camino de la felicidad ha de ser una sucesión de contrastes, para que sepamos distinguirla, igual que la primavera sigue al invierno y el día a la noche y la vida a la muerte.

-Comprendo.

-Hoy vas a dar el primer paso hacia tu madurez. Conocerás el verdadero rostro de la Bruja del Mar. Para ello necesitas controlar el deseo

que te empuja hacia la quimera del oro y probar el óxido del bronce, que te sabrá a tierra, y la plata lunar, que te sabrá a oscuridad.

-De acuerdo –dije, al comprender que la lechuza decía la verdad, igual que la vieja de paso, el Águila de la Imaginación y mi madre.

Cuando bebí del caño de bronce me vi convertido en una estatua de sal que estaba sentada en el cráter de un volcán apagado.

-¡No puedo moverme! –grité, aterrorizado.

-¡Claro que puedes! –dijo la lechuza, riendo.

Entonces me moví y el volcán entró en erupción. Al salir la lava del cráter, me caí de espaldas en un valle y mi cubierta de sal se desintegró, aunque yo me imaginé transformado en una serpiente que mudaba de piel.

La lechuza aplaudió con las alas.

-¡Lo lograste!

Cuando bebí el agua del caño de plata me vi devorado por la boca de un terrible monstruo.

Me he muerto, pensé, cerrando los ojos.

-Cierto, pero ahora nacerás a una nueva vida –dijo la lechuza.

Al abrir los ojos me vi saliendo desnudo de la boca de un gran árbol en cuya copa estaba el disco de la luna.

-¡Bravo! –exclamó la lechuza batiendo las alas.

Luego bebí el agua del caño de oro y me vi sosteniendo un candelabro de siete brazos, ante un espejo que me reflejaba en la figura del héroe que llegaría a ser, grande y fuerte, vestido con ropas doradas y llevando una corona de laurel.

-¡Ahí lo tienes! –exclamó la lechuza, victoriosa-. Si tu camino no se tuerce, algún día serás como te has visto en el espejo.

La Fuente de las Hadas

De los tres caños ahora no cesaban de brotar hadas que formaron un círculo y se pusieron a bailar alrededor de mí mientras cantaban y tocaban diferentes instrumentos.

Me asaltó una alegría desconocida.

Las hadas danzaban sobre pétalos de rosas, en el centro de un bosque mágico, bajo un rocío de polen. Unas llevaban preciosas bomboneras o tarros de mermelada, otras bolsitas de encaje que contenían semillas. Tenían alas azul celeste, de color lila o con forma de campanilla.

El hada pelirroja estaba envuelta en tules, cintas de colores y flores secas. El hada rubia sostenía un farolillo de colores y estaba rodeada de luciérnagas. El hada morena llevaba una guirnalda de flores.

La sirena lucía pulseras de perlas, un collar de estrellas de mar y un sombrero con forma de arrecife de coral. Su cola era brillante por la espuma del mar y estaba adornada con algas. Y había un hada con el pelo verde, cuyos vistosos zapatos despedían un finísimo polvo mágico de color blanco.

Yo bailé con todas ellas desde el centro del corro. Acudían a mi encuentro una a una para que pudiese admirar de cerca su increíble belleza y maravillarme con la alegre compañía que me proporcionaban.

-¡Qué elegante eres! –exclamé cuando le tocó el turno a un hada que llevaba un precioso vestido de noche cosido con pétalos de rosa y calzaba zapatillas de baile con grandes lazos.

-¡Gracias! –replicó el hada ofreciéndome la mano para que la besase antes de iniciar el nuevo baile.

-¿Dónde están tus zapatos? –le pregunté a un hada que estaba descalza.

El hada estalló en una risa tan fina que daba cosquillas y replicó:

-¡Mis zapatos son invisibles, Flautín!

-¡Mira qué bonito es mi vestido! –dijo el hada de las gemas, que era muy presumida y había engarzado en su vestido todo tipo de piedras preciosas.

Entonces se acercó a mí un hada muy simpática que tenía el pelo de color naranja y no paraba de sonreír.

-¡Te he traído algunos presentes! -dijo abriendo su bolso de conchas

con asas de coral, y se puso a sacar cosas para entregármelas: un ramo de flores, una pulsera de ramitas trenzadas, una varita mágica, un tarro de polvos mágicos, una bufanda de lana, unos zapatos de cristal.

-¿Qué haré con todo esto?

El hada sonrió, tapándose la boca con timidez.

-¡Ser feliz, Flautín! –exclamó desde el corro el hada pastelera, que sostenía en una mano, haciendo equilibrios, la tarta de siete pisos que me había preparado siguiendo la receta de las hadas, fermentada con polvo de estrellas, que se conseguía machacando en un mortero mágico trozos de un cometa.

-¡Ser feliz! -corearon varias hadas que llevaban colgada del brazo una cesta que contenía todo lo necesario para organizar una merienda campestre.

-¡Viva Flautín! –saltaron tres hadas sobre las que sobrevolaba una nube de pajarillos.

-¡Hacedme sitio, que es mi turno! –dijo, cogiéndome de la mano, un hada rodeada de ardillas.

-¡Quiero bailar con Flautín! –dijo el hada de los bosques y las selvas, que era toda de color verde, hasta su varita.

-¡Espera tu turno, impaciente! –replicó el hada de los ríos y los lagos, que llevaba un vestido de escamas y de su espléndida melena azul asomaban sonrientes peces de grandes labios rojos.

La siguiente en saltar al centro del corro, un hada de caperuza roja, me invitó a una infusión aromática.

-Anda, sé bueno y cierra los ojos –me dijo otra hada que tenía cuatro alas de color amarillo.

Obedecí, como no podía ser de otra manera, y me imaginé que se me caían todos los dientes de leche y que las hadas me los cambiaban por monedas de chocolate y al comérmelas me crecían nuevos dientes, más blancos, grandes y fuertes.

Luego vi que el hada de las pompas de jabón había construido un arco iris encima de mí, a cuyos pies había una olla llena de monedas de chocolate.

-Esto es para cuando estés triste y quieras acordarte de nosotras, Flautín –me dijo, dándome un beso.

-¿Y yo? ¿Puedo volar como vosotras? –pregunté.

-¡Pues claro que sí! –respondió un hada que tenía alas de libélula.

Entonces un hada tejedora me cosió dos alas de mariposa de vivos colores, adornadas con flores y bayas.

-Son de hilo luminoso para que te alumbren de noche. Impúlsate con la parte superior de las alas y utiliza la parte inferior de timón –me dijo.

Y sin más dilación me puse a volar, haciendo tales acrobacias que el corro de hadas rompió a aplaudir.

Luego un hada costurera sacó agujas, hilos de seda y tijeras de su costurero, me hizo subir a un taburete giratorio para tomarme las medidas y me confeccionó un distinguido traje de vuelo, ajustado y elástico, inspirado en las abejas, con rayas horizontales amarillas y blancas, mientras un hada perfumista me entregaba un perfume elaborado con esencia de flor de limón y piel de mandarina que despertó la envidia del hada de las flores, pues presumía de emanar el aroma más dulce y delicado.

-¡Bueno, ya es suficiente por hoy! –dijo el hada de las nieves, que era blanca y transparente, batiendo palmas para poner orden, y aterricé en el suelo.

-Ha llegado la hora de despedirnos, Flautín –dijo el hada de las frutas entregándome un puñado de semillas de albaricoque, y me guiñó un ojo con picardía.

Luego todas las hadas desaparecieron, barridas por una lengua de viento, y me vi de nuevo sin las alas de mariposa ni el traje de vuelo, ajustado y elástico, inspirado en las abejas. Sin el perfume, la bufanda de lana, la varita mágica y los demás presentes que me habían entregado mis amigas.

-Se han ido –le dije con tristeza a la lechuza, que me miraba sonriente.

-Todo pasa de largo en la vida, ya deberías saberlo, Flautín. Tanto lo bueno como lo malo.

-Pero ha sido real, ¿verdad?

-¡Naturalmente que sí! ¿Cómo puedes dudarlo? Por eso conservarás para siempre su recuerdo. Las hadas te darán aliento cuando pienses en ellas y evoques los dones de su belleza y su alegría.

-¡He sido tan feliz mientras estaban aquí, conmigo!

La lechuza asintió con complicidad.

-Así es la Fuente de las Hadas. Ahora has de seguir tu camino. ¡Te espera la Diosa Madre Reina del Mundo! Ten valor y sube a tu montura.

-¿Qué montura?

La lechuza señaló la cueva que estaba orientada hacia el Este. El huevo que había en su interior se abrió y salió de él un caballo pequeño, descolorido y cubierto de pelo que miraba a su alrededor con timidez, a través del flequillo que le tapaba la cara.

-¡Ésa es tu montura!

Me sentí desilusionado. ¡Yo quería un caballo negro, alado y poderoso, tal como me imaginaba el de Perseo, que me permitiese surcar los cielos para ir hasta la roca solitaria donde me aguardaría mi princesa, encadenada frente al monstruo marino!

-¿Ese caballo enano? –dije, incrédulo.

La lechuza encogió las alas.

-Es lo único que puedes conseguir por ahora. ¡Piensa que no estás más que al principio de tu odisea!

Perseo había vencido a la medusa y en cambio yo todavía no había cazado a ninguna bestia mágica, me dije, pesaroso. Pero aquel caballo me parecía tan ridículo que tuve la tentación de echarme a reír.

La lechuza se sintió avergonzada por mi orgullo.

-¿Ya has olvidado lo pequeño que eras cuando tu padre y tus hermanos se burlaron de ti porque no podías levantar la espada de la guerra?

La lechuza tenía razón, era una estupidez juzgar a mi propia montura por su pequeñez, me dije acariciando el abundante pelo del caballo, que se frotó contra mí, buscando mi calor. ¡Se sentía aterido de frío tras salir del huevo de la cueva!

La lechuza sonrió, satisfecha.

-Ahora que ya tienes a tu montura, debemos separarnos, joven Flautín. Yo regreso al lado de mi ama, la vieja de paso, y tú debes acudir a la isla solitaria, donde te espera la Diosa Madre Reina del Mundo.

-¿Cómo sabré encontrar esa isla?

-Confía en tu caballo. ¡Él te llevará allí pasando sobre el río de fuego y el bosque envenenado! ¡Hasta pronto!

El salón de los monstruos

Cabalgué a través de infinidad de parajes a una velocidad asombrosa. Mi pequeño caballo descolorido y peludo poseía un cuerpo recio y musculoso y parecía disponer de alas, pues sobrevolaba sin dificultad lugares que sólo podían cruzarse por los aires.

Ir a lomos de mi veloz montura era aún más gratificante que seguir a la lechuza. Ahora para ser un verdadero héroe debía cazar una bestia que me diese poderes, como la medusa de Perseo.

Estaba enredado en estos pensamientos cuando llegamos a un río de fuego en el que morían abrasadas las aves que se quedaban atrapadas en él.

Mi caballo saltó a la otra orilla de un brioso impulso y allí encontramos un bosque envenenado donde morían todos los animales que tocaban sus árboles o el manto de hojas secas que cubría el suelo. Mi caballo remontó de un brioso impulso las copas de los árboles, sin siquiera rozarlas.

A la hora del crepúsculo divisamos la isla solitaria, que se veía tapizada de brillante hierba y estaba llena de árboles frutales. En el centro había una colina sobre la que se levantaba un imponente castillo rodeado por un foso profundo como un precipicio que se hundía en las entrañas de la tierra.

El castillo era de piedra blanca y estaba formado por tres torres y doce ventanas de forma circular, tan pequeñas que por ellas apenas cabía una persona.

-Voy a lanzarte a la ventana más alta de la torre central y luego desapareceré, pues mi misión ha terminado –dijo el caballo, hablando por primera vez.

-¡No puedes abandonarme! –repliqué, pues había cobrado afecto a mi pequeño caballo descolorido y peludo y no quería separarme de él.

-Así debe ser. Yo no existo en realidad. Soy una proyección de tu pensamiento. ¡Hasta siempre, amigo!

Y dicho esto, el caballo dobló el lomo como si fuese la cuerda de un arco, tensándolo, y me lanzó hacia la ventana más alta de la torre central. Luego se desintegró, quedando reducido a un puñado de chispas que revolotearon como luciérnagas antes de caer al vacío y perderse en el

profundo foso.

Así que me vi cruzando como una flecha el pequeño espacio de la ventana, que se transformó en un ojo de telaraña cuyo velo rasgué al precipitarme en el interior del castillo.

Al aterrizar me quité de encima la telaraña que se me había pegado y escudriñé a mi alrededor, desorientado, pues allí reinaba la penumbra y hacía un frío estremecedor.

Al cabo de un rato distinguí extrañas formas. Me encontraba en una estancia muy grande, tenuemente iluminada por la luz de una vela situada en la pared del fondo. Por todas partes había seres monstruosos, dormidos unos encima de otros, con los cuerpos retorcidos.

Había cabezas humanas que colgaban del techo y en lugar de orejas tenían alas de murciélago a las que se adherían peludas libélulas de afiladas garras. Y un hombre barbudo con una sola pierna cuyo pie era más grande que el resto del cuerpo y lo utilizaba de sombrilla.

Y tres enanos que dormían abrazados, con las orejas anudadas, un pez formado por el cuerpo de diez peces de diferentes colores que al roncar emitía unos desagradables ladridos, un gigantesco lobo negro que se había quedado dormido llevando en las fauces un esqueleto humano, un hombre burro con el cuerpo humano y la cabeza de asno que dormía plácidamente, con la espalda apoyada contra la pared, o un jabalí que llevaba una túnica negra confeccionada con pieles de gato y un sombrero de sabandijas que no paraban de retorcerse.

<<He de llegar a la luz de la vela>>, me dije venciendo la repulsión que me provocaban aquellas criaturas.

Como no había ningún espacio libre, pasé por encima de un grupo de animales mitad oveja mitad cerdo que gruñeron levemente al sentir mis pisadas, sin llegar a despertarse. Luego atravesé un pequeño bosque de hombres-espárrago que dormían de pie, con los brazos extendidos, al final del cual se erguía un gran árbol de tronco retorcido y nudoso junto al que dormitaban una serpiente-pezuña y un unicornio sin patas de cuya grupa salía una mujer medio desnuda que se abrazaba a él.

Más adelante encontré seis zorros blancos con alas negras que tenían las cuencas de los ojos vacías y de ellas salían gusanos. Y un corro de trece hombres que dormían sentados, con las piernas cruzadas, cubiertos con taparrabos. No tenían cabeza, pero su cara aparecía en el tronco, que era muy fuerte y musculoso. Los ojos, que estaban cerrados, se veían en el pecho. La

nariz, entre las costillas. Y la boca, en el vientre.

<<Yo no me volveré loco>>, pensé desviando la mirada, y seguí avanzando por colinas de mujeres con la cara cubierta de pelo que arrullaban en su regazo a niños con siete cabezas y patas de cabra que llevaban a la espalda un caparazón de tortuga.

Alrededor de la vela había un círculo de grandes perros con zarpas de león que dormían con las fauces abiertas y la lengua fuera. Pasé de puntillas entre ellos, procurando no despertarlos. Cuando llegué hasta la vela, no supe qué hacer, ya que la pared no parecía tener puertas.

Me di la vuelta y me quedé mirando aquel terrorífico salón de monstruos.

<<¿Qué pasaría si se despertasen? ¿Cómo reaccionarían al verme aquí, entre ellos, si soy la única persona normal?>>, me pregunté.

Entonces comprendí que también me verían como un monstruo, al ser diferente a ellos.

<<¡Puede que algunos me tuviesen más miedo del que les tengo yo a ellos!>>, me dije.

Entonces se me ocurrió apagar la vela de un soplido y apareció, completamente iluminada, una escalera de mármol blanco como las de los castillos de los cuentos de hadas.

La Diosa Madre Reina del Mundo

Tras ascender por un pasillo de luz, desemboqué en una habitación forrada de terciopelo rojo. En el centro había una cama con cuatro postes de madera de ébano cubiertos por delicados cortinajes de seda donde dormía la doncella más hermosa que había visto. Estaba desnuda y tenía el cuerpo ladeado, con las piernas flexionadas y la cabeza apoyada en el brazo izquierdo.

Tuve la tentación de tumbarme en la cama a descansar junto a ella, pero una voz me dijo que esa mujer no podía ser la Diosa Madre Reina del Mundo, de modo que pasé de largo.

Entré en doce habitaciones idénticas, pero en cada una de ellas había una doncella aún más hermosa que la anterior.

Una y otra vez la voz de mi interior me indicaba que pasase de largo, pues ninguna de las doce mujeres podía ser la Diosa Madre Reina del Mundo.

Al abrir la decimotercera puerta, intuí que por fin me encontraba en la habitación de la Diosa Madre Reina del Mundo. Había allí una cama de oro, circular, que daba vueltas sin cesar, a cuyos pies había una fuente de la que brotaba fuego.

En la cama estaba tumbada una mujer de tal belleza que hacía palidecer a las doce doncellas que me había encontrado por el camino.

Por fin estoy en casa, me dije tumbándome junto a la mujer, que me transmitió una serenidad desconocida, haciendo que me durmiese al momento.

Durante siete días y siete noches permanecí allí abrazado a la Diosa Madre Reina del Mundo, que a veces me parecía mi propia madre, la cigüeña-estrella.

Los pechos de aquella mujer eran lo más grande y generoso que podía existir sobre la faz de la tierra. ¡Y toda su leche era sólo para mí, puesto que allí no estaban mis hermanos para arrebatármela!

Entonces apareció el Águila de la Imaginación.

-Flautín, no puedes ser eternamente un niño –me advirtió-. ¡Debes separarte del pecho materno para ser el héroe de tu destino! Si te quedas aquí la Diosa Madre Reina del Mundo será para ti peor que los seres del salón de

los monstruos. ¡Acabarás volviéndote loco!

Sus palabras me atemorizaron, pero ahora no tenía voluntad suficiente para separarme de la Diosa Madre Reina del Mundo.

Entonces me caí de la cama, me quemé con el fuego y me vi en un bosque, junto a mi padre y mis seis hermanos.

Después de haberse pasado la mañana cazando liebres, mi padre y mis hermanos estaban tumbados en la hierba, a la sombra de un frondoso árbol para protegerse del sol, junto a los perros, que estaban ensangrentados por la cacería.

Me separé de ellos a hurtadillas y anduve hasta que llegué a un espeso valle poblado de pinos y cipreses y entré en él lleno de curiosidad.

Seguí andando entre los árboles, aunque ignoraba hacia dónde me dirigía. Al mediodía encontré una cueva en lo más profundo del valle. Junto a la cueva había una fuente de agua fresca y cristalina que manaba a borbotones, formando un arroyo que iba a parar a un precioso estanque rodeado de brillante hierba. En el estanque estaba la Diosa Madre Reina del Mundo, desnuda, y las doce doncellas la ayudaban a lavar su cuerpo y peinar su bella cabellera.

Contuve el aliento, impresionado por aquella visión. La Diosa Madre Reina del Mundo levantó la cabeza y me sostuvo la mirada, sorprendida. Luego se cubrió sus grandes pechos, avergonzada, y profirió un grito horrendo. Las doncellas se arremolinaron en torno a ella, intentando taparla, pero el mal ya estaba hecho, les dijo la Diosa Madre Reina del Mundo, pues los ojos del *joven curioso* se habían posado a traición en su desnudez.

La Diosa Madre Reina del Mundo se irguió, desafiante, en el centro del estanque, entre las doce doncellas, y me dijo, mirándome con furia:

-¡Ahora puedes presumir de haber visto desnuda a la Diosa Madre Reina del Mundo!

Como se había levantado de las aguas, vi que la Diosa Madre Reina del Mundo tenía cuatro brazos. Los dos de la parte derecha me tranquilizaron, pues la mano superior estaba levantada, indicándome que no la temiese, y la inferior sostenía un gran cuenco de leche. Pero conforme la observaba con más detenimiento, el terror se fue apoderando de mí. ¡La Diosa Madre Reina del Mundo tenía un collar de calaveras! ¡Y su falda la formaban brazos humanos!

Me puse a temblar. Deseaba apartar la mirada y huir corriendo, pero sentía una extraña fascinación por aquella figura monstruosa en la que se había transformado la Diosa Madre Reina del Mundo.

Al observar los dos brazos de la parte izquierda y ver que la mano superior empuñaba un sable ensangrentado y la inferior sujetaba por el pelo una cabeza cortada, no pude seguir soportando el terror que se había apoderado de mí y salí corriendo, hasta que el agotamiento me hizo detenerme a descansar en un prado, a la orilla de un río.

Entonces vi venir hacia mí, andando sobre las aguas, a una hermosa mujer embarazada que se sentó a mi lado para dar a luz y amamantar tiernamente a su criatura. Luego se transformó en una espantosa bruja con fauces de loba y se comió al niño.

Horrorizado, eché a correr de nuevo con una agilidad que me asombró. ¡Incluso podía dar grandes saltos sobre las rocas!

Cuando creí hallarme lo bastante lejos de la espantosa aparición, me detuve a saciar mi sed en una fuente de aguas cristalinas y al ver mi imagen reflejada en ellas me quedé petrificado por la sorpresa.

-¡Soy un ciervo! –resonó el eco de mi voz por encima de las montañas que rodeaban el valle.

Como respuesta a mis palabras, comenzaron a oírse furiosos ladridos de perro y vi que venía hacia mí la jauría que acompañaba a la partida de caza de mi padre y mis hermanos en el bosque. Al reconocer a los perros que antes también me servían a mí, abrí los brazos para recibirlos cariñosamente, pero entonces recordé que me había transformado en ciervo y quise huir.

Mas era demasiado tarde.

Mi renacimiento

Los perros se me echaron encima, azuzados por mi padre y mis hermanos, y me mordieron con saña.

-¡Te hemos atrapado, maldito ciervo! –exclamó mi padre entre carcajadas y ordenó a mis hermanos mayores que me rematasen con sus lanzas.

Al sentir la punta de las seis lanzas clavándose en mi cuerpo, cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, me encontré frente a la Diosa Madre Reina del Mundo, aunque sólo veía sus manos de la parte izquierda, la que empuñaba el sable ensangrentado y la que sujetaba del pelo una cabeza cortada.

El valle había desaparecido y estábamos rodeados por una muralla de piedra que se perdía en las alturas. Sólo podía escapar por una cueva situada frente al estanque, de modo que entré en ella y corrí en la oscuridad, sintiendo pasos que me perseguían mientras una voz cavernosa gritaba:

-¡Ahora puedes presumir de haber visto desnuda a la Diosa Madre Reina del Mundo!

Sentía un frío estremecedor que se intensificó al comprobar que la cueva no tenía salida y sus paredes se estrechaban progresivamente, formando un embudo.

Llegó un momento en que estaba rodeado por la fría piedra. Me bastaba extender los brazos para tocar las paredes y mi cabeza rozaba el techo. Pero no me detuve, puesto que los pasos seguían resonando a mi espalda, mientras la voz cavernosa repetía:

-¡Ahora puedes presumir de haber visto desnuda a la Diosa Madre Reina del Mundo!

<<Es el final. Me voy a morir>>, pensé, agachándome para encajar mi cuerpo en el ángulo del embudo conforme avanzaba, hasta que me vi bloqueado dentro de la piedra y por más que empujase no lograba avanzar más, pues mi cuerpo se había encogido todo lo posible. Tenía la cabeza incrustada en el ángulo del embudo y el cuerpo hecho un ovillo.

Los pasos se detuvieron detrás de mí. Cerré los ojos, pensando que la Diosa Madre Reina del Mundo iba a cortarme la cabeza con su sable.

-Ya es la hora –dijo la dulce voz de mi madre, la cigüeña-estrella.

Al reconocerla, rompí a llorar. Entonces el ángulo del embudo se abrió un poco, lo suficiente para que pudiese pasar, con un esfuerzo increíble, arrastrándome, al otro lado de la cueva.

Mi cuerpo tembloroso fue arrojado a la playa de una isla de arenas doradas bañadas por un mar de aguamiel, donde dormía profundamente el Leviatán con sus siete cabezas recostadas en el regazo.

En ese momento me sentí terriblemente solo y débil.

-¿Qué me ha pasado? –pregunté en voz alta.

-Has vuelto a nacer, Flautín –me dijo el Águila de la Imaginación brotando de las arenas doradas de la playa-. Has nacido a un nuevo conocimiento. Antes sólo veías a tu madre como modelo de belleza y bondad. Ella era la meta de tus deseos, una promesa de felicidad, porque alimentó tu fantasía, ayudándote a encontrarte a ti mismo a través de la flauta.

-¡Pero luego desapareció de mi vida! –dije sintiendo un inesperado brote de rencor.

-¡Te sentiste abandonado!

Evoqué su compañía.

-Me encantaba reunirme con ella en su habitación para que pasásemos horas hablando y me diese consejos y me leyese cuentos de hadas.

-Una parte de ti la deseaba como mujer, no como madre. ¡Querías ocupar el lugar de tu padre!

Me sentí avergonzado al comprender la verdad de aquellas palabras.

-Ella no podía satisfacer ese deseo tuyo porque era tu madre, no tu mujer, y tú te sentías rechazado.

Asentí, estremeciéndome.

-Había otros sentimientos negativos en ti. Le reprochabas haber gastado su leche en tus hermanos y que no le quedase nada para ti cuando tú naciste.

-¡Yo la adoraba!

-Es cierto. Y tu adoración te hace proyectarla en todas las mujeres, pero el hombre maduro necesita ver a la mujer como mujer y madre de sus hijos, no como su propia madre.

Me embargaba la melancolía al pensar que nunca volvería a sentir la felicidad que ella me daba.

-Pero puedes conquistar otra felicidad, la de tu realización como héroe para conquistar a la princesa de tus sueños, una felicidad más intensa y completa, que nacerá de ti, del árbol de tu voluntad. Es ley de vida que la

madre muera, como también morirás tú algún día. Has de asumirlo, Flautín.

-¿Por qué he visto a la Diosa Madre Reina del Mundo con un sable ensangrentado y una cabeza cortada?

-Porque hay una cara oscura en toda madre, que provoca sufrimiento al hijo, la cara de la pérdida. El primer gran dolor que experimentamos en la vida, después de nacer, es la pérdida de nuestra madre.

-Hay dos caras en todo –filosofé.

-Tú lo has dicho. Ni siquiera la madre, que es lo más importante que tenemos en la primera etapa de la vida, está libre de esa regla. Por eso la madre también castiga y se equivoca en sus órdenes, impidiendo al hijo ser independiente, y a veces le prohíbe las actividades que necesita para desarrollarse, al querer apoderarse de él como si fuese un juguete.

El Águila de la Imaginación y yo guardamos silencio mientras nuestras miradas vagaban por la arena dorada de la playa y se posaban en el Leviatán, que dormía profundamente en el mar de aguamiel que rodeaba la isla, con sus siete cabezas recostadas en el regazo.

-La madre es como la tierra. Es el vientre y la tumba. Por eso no podemos adorarla ni tampoco odiarla, sino quererla desde el conocimiento, con madurez, aceptando sus dos caras.

En el fondo de mi ser se abría paso una pena profunda por perder al niño que había sido en el pasado.

-Siempre lo serás. El verdadero héroe lleva a un niño en su corazón. Pero hay que ver antes la luz del conocimiento para regresar plenamente a la magia infantil y ser el protagonista de las fantasías que proyecta en la realidad. El verdadero héroe es niño, padre y rey, igual que la Diosa Madre Reina del Mundo es niña, madre y reina.

-¿Por qué se llama Diosa?

-Llamamos Dios al sentimiento más elevado y puro que hay en nosotros. Y ese sentimiento sólo se manifiesta en los que han abrazado el conocimiento y vuelven a ser niños.

Cerré los ojos para concentrarme en aquellas palabras y cuando volví a abrirlos me encontré de vuelta en el bosque donde había estado cazando con mi padre y mis hermanos.

Al oír los ladridos de los perros temí ser atacado por ellos y que mi padre volviese a ordenar a mis hermanos que me clavasen sus lanzas, pero mi reflejado en la fuente de agua cristalina me mostró que había recobrado mi apariencia normal y aguardé tranquilamente el encuentro con la partida de caza

de mi familia.

Esta vez los perros me lamieron las pantorrillas, al reconocirme, y mis hermanos clavaron las lanzas en el suelo, formando un círculo en torno a los seis ciervos que habían cazado.

La canción del corazón gentil

-El día toca a su fin –dijo mi padre señalando el crepúsculo que se abría paso en el horizonte-, así que nuestra jornada de caza ha finalizado, pero no tendremos fuerzas para regresar a casa si antes no bebemos agua para aplacar nuestra sed, de modo que uno de vosotros debe ir a la fuente a llenar las cantimploras mientras los demás nos quedamos aquí vigilando las piezas de caza que hoy nos hemos cobrado para que los depredadores del bosque no vengan a arrebatárnoslas.

-¡Iré yo! –exclamó el mayor de mis hermanos, llevándose consigo su lanza.

Cuando regresó, desconsolado, sin su lanza y con las cantimploras vacías, mi padre montó en cólera.

-¿Se puede saber qué te ha pasado?

-Al llegar a la fuente, la encontré seca.

-¡Eso es imposible! ¡Desde que el mundo existe esa fuente no ha dejado de tener agua fresca y cristalina! ¿Por qué iba a faltar ahora que has ido tú a buscarla?

Mi hermano mayor tuvo que reconocer, avergonzado, que no había podido sacar agua de la fuente porque había una bruja vigilándola.

-¿Por qué no le pediste que te diese agua? –insistió mi padre.

-¡Era increíblemente fea y desagradable!

-¡Ninguna bruja puede ser lo bastante fea y desagradable para impedirte tomar agua de la fuente! –reprendió mi padre a mi hermano mayor, que trató de justificarse describiendo al detalle la fealdad de la bruja.

-¡Tendrías que haberla visto! Era negra como el carbón. Sus pelos parecían las púas de un erizo. Llevaba clavada una hoz en la cabeza. Sólo tenía un diente, un colmillo largo y afilado como un cuerno. De su nariz ganchuda salía humo. Sus pechos le colgaban, secos. Su enorme barriga estaba llena de gusanos y tenía garras en lugar de uñas.

-¿Qué le dijiste a esa pobre mujer?

-Le pedí que hiciese brotar agua de la fuente para que yo pudiese llenar las cantimploras.

-¿Qué te contestó ella?

-Me dijo que lo haría si antes le daba un beso.

-¿Y por qué no se lo diste, insensato?

-¡No pude, padre! ¡Su fealdad era superior a mis fuerzas! Me enfurecí e intenté matarla, pero al clavar la lanza en su barriga vi cómo la lanza se transformaba en un gusano de los que ella tenía allí metidos.

El padre estalló en carcajadas y los otros hermanos lo imitaron, salvo yo, que me sentí entristecido y exclamé:

-¡Yo iré a la fuente a por agua!

Entonces la risa del padre se transformó en ira.

-¡Tú eres demasiado pequeño e insignificante! ¿Cómo puedes tener la presunción de ser mejor que tus hermanos? –dijo, y mandó al siguiente de mis hermanos mayores a la fuente, añadiendo-: Dos consejos te doy: supera tus escrúpulos para besar a la bruja y no te dejes llevar por la furia que ha dominado a tu hermano, de lo contrario también tú perderás la lanza y no podrás defenderte de las hienas que vengán a apoderarse de nuestra caza.

Al poco tiempo regresó el segundo hermano, con la misma expresión de derrota y sin su lanza.

-Lo siento, padre –se disculpó-. La fealdad de la bruja era superior a mis fuerzas y me poseyó la furia al comprender que sólo dándole un beso conseguiría sacar agua del pozo.

Volvieron a repetirse las carcajadas del padre, secundadas por los otros hermanos, incluso el primero, salvo yo, que me ofrecí para ir a la fuente, lo cual enojó a mi padre, que nuevamente me humilló diciéndome que era demasiado pequeño e insignificante para compararme a mis hermanos.

Uno a uno los demás hermanos mayores fueron a probar suerte a la fuente y regresaban con expresión de derrota y sin la lanza, alegando las mismas razones para justificar su fracaso.

Entonces mi padre, desolado, no pudo seguir oponiéndose a que yo acudiese a la fuente y ni siquiera replicó, limitándose a mirar, incrédulo, los brazos desarmados de mis seis hermanos mayores, que eran tan grandes y fuertes como él.

No tardé en llegar a la fuente, pues conocía bien el camino por haber estado allí anteriormente. Al ver a la bruja fea y deforme, le sonreí.

-Vengo a sacar agua de la fuente, si tú me das permiso –dije.

-Nada deseo más que complacerte, pequeño, pero antes debes darme un beso –dijo ella.

No sólo besé a la bruja, sino que además la abracé, sin reparar en su fealdad, y mientras lo hacía comprobé, maravillado, que en realidad tenía entre mis brazos a la mujer más hermosa, con grandes pechos como frutos maduros, que vestía una túnica fina y transparente de color escarlata y llevaba un precioso collar de perlas.

¡Qué feliz me sentía de haber encontrado por fin a la Diosa Madre Reina del Mundo!

-¡Has conquistado el Poder Real, Flautín, demostrando que aun siendo pequeño de cuerpo, tu espíritu y tu pensamiento son grandes y recios como robles y alcanzas lo que les está vedado a quienes cifran su felicidad en el mundo material! –me felicitó la mujer, abrazándome y besándome.

Como ahora el agua de la fuente manaba a borbotones, fresca y cristalina, pude saciar mi sed y llenar las cantimploras que llevaba conmigo.

-De ahora en adelante tendrás a tus pies la fuerza del Poder Real, joven Flautín –dijo, llorando de alegría, la Diosa Madre Reina del Mundo-. Al principio me has visto fea y deforme y ahora me ves como la más bella mujer porque el Poder Real no se conquista sin padecimientos y duras batallas y tan sólo se lo merece quien sabe mostrarse gentil después de la victoria, como has hecho tú.

Rompí a llorar de la emoción.

-Así es la ley de la vida, Flautín, y tú te has ganado el don del amor, que es la fuente donde nace. ¡Los juglares y trovadores anunciarán a las naciones del orbe el nacimiento de un nuevo héroe, que ocupará un lugar destacado entre los héroes mitológicos que lo han precedido, como Belofonte, Perseo, Hércules o Teseo! ¡Un héroe que posee valor, fuerza y un corazón gentil!

No me lo podía creer. ¡Qué lejano me parecía el tiempo en que no había podido levantar la espada de la guerra y era el ser más pequeño e insignificante de mi pueblo!

La Diosa Madre Reina del Mundo interrumpió mis pensamientos entonando la canción del corazón gentil:

*¡Oh, corazón gentil,
nido de amor,
ave de primavera,
bosque verde de espesura,
fuente de vida,*

alma generosa!

*¡En ti brota natura,
y el astro del día
prende el sol en tus llamas,
en tu luz esplendorosa,
en tu calor y en tu fuego
que dicen: te quiero!*

El templo de la Diosa del Amor

Se oía una misteriosa voz femenina que cantaba:

*Soy la primera y la última.
Soy la honrada y la despreciada.
Soy la prostituta y la santa.
Soy la esposa y la virgen.
Soy la madre y la hija.
Soy el silencio incomprensible.
Soy la idea de recuerdo frecuente.
Soy la voz de sonido múltiple.
Soy la palabra de apariencias diversas.
Soy la expresión de mi nombre.
¡Soy la Diosa perfecta!*

-¿Dónde estoy? –pregunté, desorientado, al verme rodeado de ruinas milenarias que no habían perdido del todo la grandiosidad de la época en que sus construcciones fueron erigidas.

-En el viejo santuario de la Diosa –dijo el Águila de la Imaginación.

-¿Por qué está en ruinas?

-Hace mucho tiempo que los hombres y mujeres no cuidan de él y los pocos que vienen hasta aquí para adorar a la Diosa no consiguen arrancarla del abandono en que se encuentra.

Caminé entristecido entre las ruinas, aspirando el olor de su polvo milenario. Acaricié la fría superficie de sus piedras. En la atmósfera de sus cámaras medio derruidas se respiraba un silencio de duelo.

Por los intrincados senderos de grava blanca deambulaban espectros de hombres sin rostro, ataviados con ropas de diferentes épocas, que entonaban con voz apagada lúgubres rezos cuyo eco serpenteaba por las paredes de las ruinas como un viento de otoño, barriendo a su paso las hojas secas de los árboles que antaño formaban el espléndido jardín del templo.

-¿Quiénes son? –pregunté tratando en vano de tocar a los espectros,

que pasaban a través de mí.

-Los extranjeros que a lo largo del tiempo han venido hasta aquí desde todos los rincones del mundo para rendir tributo a la Diosa. Al fracasar en su amor, se quedaron atrapados entre estas ruinas, anhelando recuperar el gozo que en el pasado sintieron.

-¿Por qué fracasaron en su amor, si estuvieron aquí y conocieron a la Diosa?

-El amor es como una planta. No basta con sembrar la semilla. Ha de regarse para que no se marchite.

Asentí.

<<Hay que tener paciencia para todo>>, me dije.

Me sentía intranquilo. Las ruinas y los espectros de los extranjeros me desalentaban.

-¿Dónde está mi princesa? –protesté, levantando la voz, pues se suponía que debía encontrarla allí, aguardándome en el templo de la Diosa.

El águila se rió y el eco de su risa se propagó por las piedras milenarias que ocupaban aquel lugar, esparciendo la capa de polvo que las cubría.

-¡La tienes delante y no eres capaz de verla! –respondió.

Dirigí la mirada hacia una amplia estancia situada en el corazón de aquellas ruinas, donde había una silueta danzando de un lugar a otro con movimientos insinuantes y de tal elegancia que no parecían reales.

Me aproximé a ella. Al detenerme en el umbral, vi que la estancia estaba en penumbra, aunque había un pequeño fuego de llamas parpadeantes que proyectaba su tibia claridad sobre la silueta danzante, descubriendo sus hermosas formas femeninas.

Era la princesa. Llevaba pulseras de plata en las muñecas y los tobillos, un collar de rubíes y pendientes de lapislázuli, y estaba vestida con una túnica transparente, de color azafrán, que acentuaba, junto a la cálida luz del fuego, la belleza perfecta de su cuerpo.

El enlace creador

Había siete gnomos dando vueltas en fila alrededor de la estancia al tiempo que tocaban la flauta, las campanillas y el tamboril. La princesa emanaba un aroma dulce de almizcle procedente de los frascos de alabastro que ella rociaba sobre su piel y su rubia cabellera.

Contemplé su danza insinuante. ¡Qué bellas eran las formas en movimiento de su cuerpo!, me dije, dejándome llevar por el sonido incitante de los instrumentos que tocaban los gnomos.

Entonces me puse a temblar por el deseo que se había apoderado de mí.

-¡No puedo más! ¡Necesito tocarte! -exclamé, extendiendo las manos hacia ella.

La princesa se detuvo ante mí y me tomó de las manos, sonriendo, al tiempo que sus ojos y los míos, encendidos por la pasión, parecían quemarse como leña devorada por el fuego.

-¡Por fin nos hemos encontrado! –dijimos a la par, llorando de felicidad, bajo la atenta mirada de la estatua de alabastro que representaba a la Diosa del Amor, entre cascadas de agua, brillantes abalorios y flores de vivos colores.

La Diosa del Amor era una joven bellísima, con alas de mariposa y una melena rubia alborotada por el viento. Sus brazos eran pálidos y estaba desnuda aunque de su cuello colgaba una espléndida capa de piel de cabra. Lucía una corona de rayos en la cabeza, en el pecho una luna de plata en cuarto creciente, pulseras de perlas en las muñecas y pequeñas conchas de nácar alrededor de los tobillos.

Sujetaba una copa llena de flores blancas en la mano izquierda y en la derecha un jarro elegantemente cincelado del que sobresalía un racimo de uvas. A sus pies yacían tres palomas con las alas desplegadas, una sobre un globo terráqueo, otra sobre espigas de trigo y otra sobre un cuerno de la abundancia.

Posó en nosotros sus hermosos ojos de un color esmeralda encendido por la pasión del fuego. Su mirada fue una señal para la princesa, que me

condujo hasta una bañera llena de agua tibia aromatizada con esencias de algas marinas, donde me bañó, frotando mi cuerpo con bálsamo de rosas.

Luego me entregó una bandeja llena de dátiles y nueces y puso a mi lado una lámpara que encendió con aceites perfumados.

Mientras comía, sintiéndome satisfecho y relajado, la princesa se puso a bailar con movimientos sinuosos a la vez que cantaba alegres tonadas y hablaba de los poderes de la Diosa, que desde el principio de los tiempos había prendido la llama del amor entre hombres y mujeres para que uniesen sus cuerpos y sus espíritus al pie de su altar, como una ofrenda eterna.

Contemplé las formas perfectas del cuerpo de la princesa, realzadas por la túnica transparente de color azafrán, la tibia luz de la lámpara y los movimientos cadenciosos del baile, hasta que me poseyó un deseo que me cortaba la respiración.

-¡No puedo más! ¡Necesito tocarte! -exclamé, extendiendo las manos hacia ella.

Entonces la princesa se detuvo y me sonrió con complicidad al tiempo que nuestras miradas, encendidas por la pasión, se reconocían mutuamente.

-Ven –dijo ella, tomándole la mano, y me condujo hasta el lecho, donde una nube de diligentes hadas aéreas había tendido sábanas de lino y fragantes hojas de mirto.

Me tumbé en el lecho y observé cómo la princesa se quitaba la túnica de color azafrán y frotaba su cuerpo con bálsamo de tomillo salvaje, de un olor dulce y penetrante.

-¡No te duermas ahora! Hazlo luego, cuando estés en mi seno y los dos seamos uno –me dijo, abrazándome para raptarme del sueño que había empezado a apoderarse de mí.

Al percibir el tacto suave y cálido del cuerpo de la princesa, me olvidé de mí mismo.

<<¡Sólo quiero estar contigo!>>, pensé al fundirme con ella de tal forma que no sabía cuál de los dos cuerpos me pertenecía a mí, qué emociones eran mías o de ella, porque no había pensamientos, no había noche ni día, sólo había un corazón que respiraba al ritmo de la naturaleza, con la serenidad de un río cuyas aguas bajan desde la cima de la montaña hasta el vasto mar.

Nos entregamos al juego del amor, reconociéndonos en el cuerpo del otro, durante tres noches. Un corro de hadas danzarinas nos traía bandejas con dátiles, nueces, frutas, rebanadas de pan con miel y copas de plata llenas de vino dulce.

Y los gnomos tocaban alegres melodías.

La partida de los amantes

Al amanecer del cuarto día el fuego de la lámpara de aceite se apagó y la alcoba se llenó de granos de maíz que llegaron hasta el borde del lecho donde yacíamos.

La princesa se levantó de un salto y danzó alegremente sobre los granos de maíz, que se habían endurecido hasta formar un suelo en el que estaba enterrado el lecho.

Luego se frotó con leche y crema todo el cuerpo, untó su boca con ámbar, pintó una orla negra alrededor de sus ojos, se puso una elegante túnica de color turquesa y me despertó, cantando.

Al ver que me demoraba en el lecho, me apremió:

-¿A qué esperas? ¡Ha llegado la hora! ¡No podemos pasarnos la vida tumbados en la cama disfrutando el uno de la otra, pues entonces hasta la miel más dulce llegaría a sabernos amarga! No olvides que en la vida hay una hora para cada cosa. La fragancia contenida en cualquiera de ellas puede atufar hasta la muerte a la hora que le sigue, si le impide tomar el relevo del tiempo que por ley le pertenece. Y con cada hora que matamos muere también nuestro amor.

Forcejeé con la pereza que se había apoderado de mí, aunque me dolía renunciar al maravilloso ensueño vivido durante esos tres días.

-¿Adónde hay que ir? –dije, bostezando.

La princesa puso los brazos en jarras, indignada.

-¡No puedes comportarte como un niño, aunque en el fondo de tu corazón siempre lo seas! Me has invitado a entrar en ti y yo he aceptado para que ambos podamos llegar al final del camino, no para entretenernos haciendo del otro un pasatiempo que satisfaga nuestro deseo infantil. Si te quedas varado, el ancla de tu impotencia me lastrará a mí también.

-De acuerdo –repliqué, sorprendido de ver que el nido de amor donde habíamos compartido los tres días más maravillosos de nuestras vidas estaba enterrado en un suelo de maíz endurecido.

Luego traté de recordar quién era y en qué consistía mi destino heroico, pero en mi pensamiento sólo aparecía el deseo de permanecer junto a

la princesa.

-Yo sólo quiero pensar en ti, verte, olerte, tocarte, saber que estás viva y me amas tanto como yo a ti -dije, derrotado.

La princesa me acarició con ternura la cabeza. Luego descorrió las pesadas cortinas de terciopelo que tapaban la ventana de la alcoba. Aun sintiéndome deslumbrado por la luz, aferré la mano que me ofrecía mi amante.

-¡Vamos donde tú quieras, princesa!

El destierro de la Diosa

Me desperté sobresaltado.

-¿Has tenido una pesadilla? –me preguntó la princesa.

-He soñado que estábamos abrazados al pie del bosque que taló mi familia.

-¿Qué sentías?

-Miedo. Temía que el bosque nos separase.

Nos sostuvimos la mirada.

Se hizo el silencio. Sólo se oía el repicar acompasado de nuestros corazones.

-¿En qué piensas? –pregunté.

-Pienso en la Diosa del Amor porque ella lo es todo, Flautín. Señora de todas las esencias, llena de luz. Mujer vestida con el resplandor de la bondad, a quien aman los cielos y la tierra. Cuando se enoja es como un dragón, llena la tierra con veneno, como un rayo la arrasa y ruge como el trueno. No habías oído hablar de ella porque los hombres y mujeres la han abandonado hace mucho tiempo y los árboles y las plantas se van cayendo por su ausencia.

-Es verdad, no está con las gentes –convine, recordando la vida triste que llevaban mi familia y los vecinos del pueblo en el tiempo en que padecieron las tres calamidades.

La princesa se levantó de la campiña donde nos habíamos tumbado a descansar, comer higos, beber agua del arroyo y tocar la flauta mientras el sol se ocultaba en el horizonte.

-¡Ven, te lo mostraré! –dijo ofreciéndome su mano, y nos arrastró una ola de viento que nos llevó a visitar diferentes pueblos.

Nos deteníamos ante las casas, cuyos ocupantes ya se habían acostado, rendidos por los quehaceres cotidianos, y observábamos durante un rato a través de las ventanas.

-Me da pena ver así a las mujeres, tan descorazonadas. Ya no están desnudas ante sus maridos para revelarles sus íntimos tesoros y por la noche no hacen el amor con ellos porque creen que no lo necesitan y no lo desean –

se lamentó la princesa-. Sólo saben vivir entregadas a sus labores. Por la noche duermen un sueño violento, trenzado de cansancio, porque no sueñan, y durante el día no hablan de amor con las otras mujeres, sino de dinero y presunción, porque quieren mostrarse engalanadas y ricas aunque no haya deseo de amor en sus corazones.

Evoqué enternecido la estatua de alabastro de la Diosa, sus cascadas de agua, sus brillantes abalorios y sus flores de vivos colores.

-¡Vayamos a visitarla! –propuso la princesa, ilusionada.

Asimos las manos para formar un círculo y volamos empujados por el viento hasta la cara oculta de la luna. Allí encontramos a la Diosa, en medio de un paisaje volcánico, rodeada de leprosos que se desplazaban lentamente arrastrando pesadas cadenas.

-¡Qué bella y joven es! –exclamé al reparar en sus alas de mariposa y su rubia melena alborotada por el viento.

Era igual que la estatua de mi sueño. Sus brazos eran pálidos y estaba desnuda. La espléndida capa de piel de cabra se le había descolgado del cuello y los leprosos la usaban para limpiarse las manos. La corona de rayos se le había caído de la cabeza y los leprosos la pateaban, indiferentes.

La luna de plata en cuarto creciente que llevaba en el pecho se había oxidado. Las pulseras de perlas estaban llenas de lombrices, al igual que las de los tobillos, donde las lombrices habían anidado en las pequeñas conchas de nácar.

La copa que sostenía en la mano izquierda ya no estaba llena de flores blancas, sino de lombrices que no cesaban de brotar. Y el jarro elegantemente cincelado que empuñaba en la mano derecha, del que sobresalía un racimo de uvas, se había transformado en una colmena de lombrices que se comían unas a otras.

A los pies de la Diosa habían desaparecido las tres palomas con las alas desplegadas. El globo terráqueo, las espigas de trigo y el cuerno de la abundancia estaban tan cubiertos de lombrices que apenas se distinguían.

La Diosa posó en nosotros sus hermosos ojos de color esmeralda, aún encendidos por la pasión del fuego, y nos invadió tal tristeza al ver aquella pasión colonizada por las lombrices que se nos encogió el corazón.

-¿Qué te han hecho? –exhaló, conmovida, la princesa.

La Diosa sonrió, quitándose las lombrices que colgaban de sus labios.

-Ya ves, pequeña, mi más dulce prenda, ahora estoy aquí, desterrada en la cara oculta de la luna con los leprosos, ya que no puedo vivir en el corazón

de las gentes. Las sombras se ciernen sobre el día y la luz es oscura en la faz de la tierra.

La Diosa quiso seguir hablando, pero las palabras se trabaron en sus labios, porque las lombrices se habían encaramado de nuevo a ellos.

-Diosa mía querida, me duele en el alma ver que tu boca dulce de miel está tan confusa y tu hermosura así de sucia.

La princesa levantó el puño, odiando a las gentes del mundo por haber dejado a la Diosa en ese estado tan lastimoso.

-¿Qué puedo hacer yo, si se niegan al placer y la alegría del amor, pequeña?

-¡Yo lograré que vuelvan a adorarte como antaño! –exclamó la princesa agitando el puño en el aire.

-¿Harías eso por mí, dulce prenda?

-¡Sí!

-¿Cómo, si puede saberse?

-¡Ahora mismo lo verás!

La princesa, con el rostro encendido por una determinación ciega, se volvió hacia mí y me susurró al oído:

-¿Querrás ayudarme?

-¡Haré lo que me pidas! –respondí sintiendo mía la voluntad de mi amada-. ¡Juntos volveremos el hierro incienso! ¡El llanto lo trocaremos en risa! ¡Cambiaremos el hielo por fuego! Y mudando así el mundo de color, cumplirás tú mi destino y cumpliré yo el tuyo. ¡Y vestiremos nuestro amor con la flor de loto!

La verdad de la Diosa

Nos arrodillamos al pie del altar con una imagen de la Diosa que habíamos encontrado en mitad del camino y rezamos:

*¡Oh, Diosa, tú que todo lo puedes,
da alegría a nuestros corazones!
Cuando entras en el establo,
hasta las heces se regocijan contigo
y se vuelven estiércol que fertiliza la tierra.
Embelleces a la mujer para el hombre.
Al hombre, que antes era salvaje y peludo,
lo arrancas del pozo de agua donde beben los animales
y lo dejas a las puertas del templo que lo aguarda
para reavivar la chispa divina en su interior.
Al hombre inmaduro lo transformas en emisario tuyo,
para que descubra el amor.
Porque la carne y el espíritu han de ser uno.*

Luego fuimos a tumbarnos junto a un arroyo en cuya orilla encontramos un zurrón lleno de galletas con forma de luna creciente. Hicimos el amor y nos comimos las galletas.

-La Diosa está aquí otra vez –dijo, sonriente, la princesa-. No será necesario buscarla en los sueños, pues ya no hay leyes humanas que se interpongan entre nosotros, separando el cuerpo del espíritu. Su luz se ha derramado en el mundo, porque las mujeres le han devuelto el trono y ahora las gentes viven de nuevo enamoradas, se sienten radiantes, creativas, hermosas. Corren a bailar desnudas a los campos y emprenden arriesgadas aventuras para alentar su amor. Al levantarse ríen y al acostarse ríen, hacen el amor, vuelven a reír y después duermen. El tiempo se ha vuelto una eterna primavera de hombres y mujeres que brotan cada día renovados como flores porque han germinado las semillas que durante milenios durmieron en el erial de las leyes, las guerras y el dinero.

Asentí tras escuchar atentamente sus palabras.

-¿Por qué las leyes de los hombres expulsaron a la Diosa?

-¡Porque ella es libre! Se rige por la ley de la naturaleza.

-¿También es destructiva?

-Lo es, en su fase menguante, como la luna, porque la naturaleza se rige por ciclos de nacimiento y muerte. ¡Ésa es la verdadera ley de la vida, que la Diosa porta en su seno y anida en el cuerpo de la mujer, en su capacidad de seducir al hombre, de germinar la vida en su interior y ayudarla a crecer!

>>Las mujeres que llevan dentro a la Diosa no pueden dejarse dominar y rechazan la razón del hombre. El templo donde la mujer verdadera reza a la Diosa está en su cuerpo. Sus oraciones no han sido escritas en los libros. Son el lenguaje corporal por el que la Diosa se manifiesta a través de la menstruación, la coquetería, los cambios anímicos y la manera en que percibe el mundo exterior.

>>La mujer que adora a la Diosa sólo escucha la voz de la verdad que lleva dentro. Ama por igual sus fases crecientes y sus fases menguantes, así como el día y la noche se suceden sin romper la armonía del tiempo. El hombre debe morir y renacer a través de ella, una y otra vez. No puede aferrarse al pasado. La mujer necesita arrastrar al hombre a la noche de su fase menguante para completar con él el ciclo de la naturaleza.

-Pero en el pasado el hombre se rebeló.

-Como el niño que se resiste a madurar. Pretendió conservar para siempre su identidad infantil, bajo el amparo maternal de la mujer en su fase creciente. El hombre tomó las armas, se inventó leyes, creó el dinero para comprar el corazón de las mujeres e instauró el patriarcado, expulsando a la Diosa de la faz de la tierra.

-¿Por qué tiene que morir el hombre?

-Ha de morir como muere el día en la noche para renacer después, como muere la luna en su fase menguante para ser nueva y volver a crecer. La mujer conoce los ciclos de la naturaleza, pero el hombre vive a ciegas y necesita morir simbólicamente gracias al cordón umbilical del amor que lo conecta con la mujer.

-Yo me dejaré guiar por ti. Seguiré tus fases de luna creciente y luna menguante. Cambiaré con las estaciones, a la vez que lo haces tú. Te amaré de noche y a la luz del día. ¡Emprenderé mil aventuras si tú me lo pides! Rajaré las piedras con mi aliento y me arrojaré por los barrancos.

La princesa me besó con ternura.

-Y seré yo la inspiración que florezca en tu alma. Seré para ti sirena encantada y tormenta que te haga naufragar cuando se acerque el tiempo de luna nueva. Y a cada paso te enterraré para que aprendas a olvidar y te llevaré al cielo para que descubras de nuevo el universo.

Nos miramos a los ojos, sonriendo, dichosos.

Al sentirnos raptados por la pasión, nos entregamos al juego del amor, reconociéndonos a nosotros mismos en el cuerpo del otro. Mientras acariciaba a la princesa, sentí que nacía el hombre que anidaba en mi interior.

Entonces apareció detrás de nosotros la Diosa y dejó a nuestro lado un cuenco dividido en dos mitades: un sol y una luna, llenas de miel.

Una princesa que menstrúa

-Nunca te había visto tan alterada –protesté.

-¿Quieres escucharme? ¡He soñado que nos dormíamos a los pies de un árbol y durante la noche el bosque nos devoraba!

Sintiéndome desairado, fui a sentarme solo en una piedra. Estaba harto de discutir. Lloré amargamente durante toda la tarde. Al llegar el crepúsculo comprendí que le había pasado algo a mi princesa. Me acerqué al lecho de hierba donde ella reposaba, me tendí junto a ella y apoyé la cabeza en su vientre desnudo.

-Perdóname por no haber comprendido que estás en tu fase menguante –susurré cariñosamente.

-Y tú perdóname por haberte ofendido –replicó ella.

Guardamos silencio para escuchar los latidos acompasados de nuestros corazones.

-¿Sabes, princesa? Cuando discutimos y luego nos reconciamos es como si volviera a descubrirte.

Ella sonrió.

-¿Crees que el más avaro de los hombres valoraría igual el bien material si todo lo que tocase se convirtiese en oro? Necesitamos perder el amor para recibirlo cada día como un regalo.

-Cuando discutimos tengo que volver a conquistarte.

Palpé el sexo de la princesa y miré con gratitud la amapola de sangre que se había impregnado en mi mano.

-He empezado a menstruar esta noche...

-Cuando soñaste que el bosque nos devoraba mientras dormíamos...

Quise preguntarle qué sentía, pero la princesa se quedó dormida en mis brazos.

Cuando se despertó me miró maravillada y dijo:

-He soñado que tú eras carne y yo viento y nos separábamos –dijo con tristeza, volviendo el rostro para ocultar la pena que le embargaba-. Guardaremos luto por la muerte de nuestro amor, que quedará enterrado para siempre en el mundo de los sueños, puesto que tú eres mortal y yo soy eterna.

Rompí a llorar.

-No te aflijas, Flautín, porque gracias a este amor que tenemos en el mundo de los sueños algún día podrás encontrar otro de carne y hueso, tan bello como el nuestro –dijo la princesa estrechándome entre sus brazos.

El estanque del dolor

Cuando me desperté supe que la princesa me había abandonado para siempre y sentí un terrible dolor en el corazón.

<<Estoy solo otra vez>>, me dije asomándome a un estanque para ver mi imagen reflejada en las aguas.

Durante tres días permanecí inmóvil tratando de enterrar el amor que ella me había regalado. Llegó un momento en que me pareció que mi cuerpo se había vuelto de piedra y que era incapaz de seguir viviendo.

Al amanecer del cuarto día apareció un gigante y de una patada me arrancó de mi parálisis en el borde del estanque. Rodé como un bloque entre la tierra y el agua, atrapado en mi propio deseo, que me impedía levantarme, puesto que el sueño de la princesa había muerto y cuanto más me afanaba en recuperarlo más rígido se volvía mi cuerpo.

Si hubiese querido vivir podría haberme aferrado a la tierra para detener la caída provocada por el gigante y enfrentarme a él, pero sólo deseaba desandar el camino para recuperar lo que había perdido.

Transformado en estatua, me precipité al fondo del estanque y allí me quedé pensando, al no poder respirar, que me había llegado la hora de la muerte.

Mi cuerpo y mi espíritu sólo tenían ojos para ver el terrible agujero negro que la princesa había dejado en mi corazón al marcharse.

Anclado en el fondo del estanque por el pétreo peso de mi cuerpo, vi cómo los restos de mi vida subían a la superficie en forma de burbujas. Me imaginé que dentro de cada burbuja estábamos la princesa y yo, alejándonos de mi propia conciencia, abrazados, tan juntos que formábamos un solo ser.

Cuando mi pecho exhaló el último soplo de aire, contemplé, vencido, mi cuerpo y el de la princesa atrapados en la burbuja que se llevaba definitivamente mi vida hacia la superficie del estanque.

Y me dispuse a cerrar los ojos para siempre.

El rescate del héroe

En el borde del estanque, donde me había pasado tres días contemplando mi propia imagen reflejada en las aguas, apareció un joven apuesto, descalzo, alto, con una espléndida mata de cabello negro, de cuerpo fuerte y musculoso, que llevaba un taparrabos de color rojo intenso y una enorme espada al cinto.

Ante la mirada curiosa del gigante, el joven metió el brazo en las aguas y me sacó de ellas. Yo estaba inconsciente, en posición fetal, durmiendo un sueño de muerte que se había transformado en nacimiento.

El gigante, debido a su simpleza, creyó que yo era un succulento pescado, así como antes le había parecido una piedra, y quiso devorarme.

El joven, que me protegía en su regazo, rodeándome con el brazo izquierdo, empuñó su espada con la mano diestra, hizo que describiese un arco cuando el gigante caía sobre mí y le cortó la cabeza, que rodó por la orilla que separaba la tierra del agua y se zambulló en el estanque, deteniéndose en el lugar que había estado a punto de servirme como sepulcro.

-Una vida por otra –dijo el joven, sonriente-. Allí donde estaba ese gigante estúpido y cruel ahora estás tú, Flautín, de regreso al mundo, porque has resucitado de entre los muertos y el amor que perdiste ya no puede nada contra ti.

Al oír sus palabras rompí a llorar como un recién nacido, salté del regazo del joven al tiempo que empuñaba la flauta transformada en espada y exclamé, puesto que acababa de reconocer la identidad de mi salvador:

-¡Salve, Perseo!

-¡Salve, Flautín! –replicó él blandiendo su espada para entrechocarla con la mía.

Luego nos fuimos a correr aventuras junto a nueve doncellas, las Musas -entre uvas doradas, espigas, rosas, lirios, vasijas llenas de semillas, estilos de hueso, tablillas de cera, globos, conchas, ramas de cerezo y gemas-, ataviadas con túnicas de diferentes colores, suaves y transparentes, que marcaban las formas torneadas de sus cuerpos mientras ellas cantaban con voces cálidas y armoniosas.

El combate con los monstruos femeninos

Perseo y yo llegamos a la Región de las Tinieblas al amanecer del séptimo día y allí nos encontramos a los tres monstruos femeninos, que eran grandes, de aspecto desagradable, y en sus cabezas deformes destacaban su ojo y su diente.

-¿Cómo voy a defenderme de los tres a la vez? –se lamentó Perseo empuñando la hoz muy afilada que le había entregado el Dios mensajero.

Como deseaba ayudarle, blandí mi espada cuando los tres monstruos femeninos se abalanzaron sobre nosotros dando grandes alaridos.

-¡Arranquémosles el ojo! –dijo Perseo y de un certero tajo cortó el ojo, que sobresalía mucho de la órbita, a uno de los monstruos femeninos.

Aunque ya manejaba con destreza mi pequeña espada, necesité dos tajos para arrancar el ojo a mi monstruo femenino y en la lucha recibí un zarpazo en el pecho.

Por su parte Perseo, empleando la hoz muy afilada del Dios mensajero consiguió segar el ojo del tercer monstruo femenino, recibiendo a cambio dos zarpazos en el pecho.

Miré con preocupación a mi compañero de fatigas.

-¡No desfallezcas, pues aunque no nos vean aún pueden devorarnos! ¡Hay que arrancarles el diente! –me dijo Perseo al tiempo que arrebatava el diente de un certero espadazo al primer monstruo femenino.

Yo hice lo propio al tercer intento, cuando me parecía imposible escapar al abrazo mortal del segundo monstruo femenino, cuyo diente conseguí desencajar descargando un violento golpe con la empuñadura de mi espada.

Ahora Perseo mantenía alejado al tercer monstruo femenino haciendo girar rápidamente la hoz muy afilada del Dios mensajero.

El monstruo, enfurecido, saltó sobre él y lo habría descuartizado de un zarpazo si no se lo hubiese impedido la hoz muy afilada del Dios mensajero, que se interpuso entre ambos, provocando que el monstruo se la clavase en el cuello y comenzase a proferir unos aullidos demenciales.

El monstruo se quedó sentado en el suelo, hipando, como si estuviese embriagado.

-Va a morirse –dije, pensando que ahora los monstruos no querrían revelarnos el secreto que Perseo necesitaba para realizar su heroico destino.

El milagro de la compasión

Al final conseguimos arrinconar a los otros dos monstruos, que también hipaban y parecían embriagados, junto al monstruo que estaba sentado y se llevaba la mano al cuello con perplejidad.

-¡Desembuchad, ahora que no tenéis vuestro diente y vuestro ojo! –les dijo Perseo-. Buscamos a unas sirenas del País de las Hadas que deben entregarnos ciertos objetos milagrosos.

Los monstruos intentaron protestar, farfullando en una lengua extraña, pero el que había recibido la herida en el cuello, que ya empezaba a cerrarse, los acalló levantando la mano y replicó con voz alta y clara:

-Para llegar al País de las Hadas basta con utilizar el peine que ellas usan.

Luego guardó silencio, como si considerase lo dicho más que suficiente.

-¿Eso es todo? –preguntó, airado, Perseo.

El monstruo dudó, examinando de reojo a sus compañeros, aunque no podía verlos.

-Es el secreto que atesoramos –respondió.

-¡Valiente secreto! ¿Y cómo es ese peine?

El monstruo que llevaba la voz cantante, tras consultar con los otros, que denegaban ostensiblemente con la cabeza, dijo a su pesar:

-El peine de las hadas es de lapislázuli y tiene siete púas.

-¿Dónde podemos encontrarlo?

El monstruo se encogió de hombros.

-No estamos obligadas a deciros más. Aunque nos habéis arrebatado nuestra ferocidad, al quitarnos nuestro único ojo y nuestro único diente, deberíais saber que somos seres inferiores, al haber nacido deformes por un extravío de la naturaleza. El mundo nos rechaza y nuestro corazón se ha llenado de rencor. Sería una pretensión estúpida que os ayudemos. ¡A vosotros, precisamente, que sois héroes, salta a la vista, y por lo tanto el mundo os adora!

>>En cambio a nosotras nos detestan y por eso vivimos recluidas en

esta región de tinieblas, alimentándonos de bayas silvestres y entregándonos a juegos vanos para olvidar nuestro terrible destino. ¡No existimos! ¡Estamos más allá de toda dimensión conocida, más allá del cielo de dioses y espíritus, la tierra de los mortales, el País de las Hadas y el Inframundo!

-Tiene razón. No hay más que hablar y por la fuerza nada se puede hacer. Ya se sabe que la hierba mala nunca muere –renegó Perseo.

-Espera un momento –dije, intuyendo que aquellos seres no eran tan monstruosos como aparentaban.

Quizá sólo deseaban respeto, que no los tratasen como monstruos, sino como criaturas con alma. ¡Estaban hambrientos de afecto!

Ante el asombro de Perseo, me senté en el regazo del monstruo femenino que llevaba la voz cantante, posé con delicadeza la mano en su cuello herido y examiné el agujero donde antes estaba el ojo.

-¿No me tienes miedo? –preguntó con incredulidad el monstruo.

-Ahora no –dije, sonriendo.

-¿Y no te doy asco? –insistió el monstruo, pasmado, ya que ni en sus más osados sueños había podido imaginarse que algún día un joven héroe del mundo de los afortunados viniese a sentarse en su regazo.

-No me das asco –repliqué sin dejar de sonreír, y era sincero, pues en ese momento mis sentidos sólo percibían el alma del monstruo, que me causaba alegría, de modo que su mal olor y su aspecto desagradable se habían esfumado de mi pensamiento.

-¿Por qué te has sentado en mi regazo?

-Quería mirarte de cerca para preguntarte algo.

El monstruo dudó, examinando de reojo a sus compañeros, aunque no pudiese verlos, pero los otros estaban tan admirados como él. Entonces el monstruo sonrió por primera vez en su larga vida, pues le resultaba encantador que un joven héroe del mundo de los afortunados no le tuviese asco ni miedo, y replicó, suavizando la voz:

-¿Cómo te llamas?

-Flautín.

El monstruo volvió a sonreír, como si mi nombre le hiciese gracia.

-Puedes preguntarme lo que quieras, Flautín.

-¿Por qué os han confiado a vosotras el secreto del País de las Hadas?

El monstruo suspiró, levantando la garra con la intención de posarla en mi cabeza, pero se detuvo, temiendo asustarme.

Al reparar en su recelo, posé con delicadeza la garra del monstruo en

mi pecho y repetí la pregunta:

-¿Por qué os han confiado a vosotras el secreto del País de las Hadas?

El monstruo no pudo seguir soportando tanta emoción y rompió a llorar, también por primera vez en su vida, que ya duraba muchos milenios.

El origen de la monstruosidad

-Es una larga historia, Flautín –dijo el monstruo femenino sorbiéndose las lágrimas ruidosamente-, que empezó, como todas las historias importantes, al principio de los tiempos.

>>Las mujeres y los hombres no eran lo que ahora son. Había un puñado de seres primitivos en los que se entremezclaban tres identidades. Los hombres eran a la vez monstruos, hombres y héroes. Y las mujeres eran a la vez monstruos, mujeres y hadas.

>>Las identidades chocaban entre sí y la convivencia resultaba imposible. La personalidad de cada ser era un caos, ya que nadie sabía qué era en realidad. Las mujeres tan pronto mostraban su faceta de hadas como la monstruosa. Y los hombres pasaban de héroes a monstruos de la noche a la mañana.

>>De modo que Júpiter nos separó. A los hombres y las mujeres les dijo: creced y multiplicaos hasta que logréis la perfección de las hadas y los héroes. Y a los demás nos descartó.

>>Las dos terceras partes de los seres consideraron justa esa separación, porque les beneficiaba: hombres, mujeres, hadas y héroes podían valerse por sí mismos y buscarse la vida, pero los monstruos fuimos relegados al Inframundo para que ellos, los afortunados, no se sintiesen ofendidos al recordar el tiempo en que todos estuvimos unidos en un solo ser.

-¿Por qué vosotras no estáis en el Inframundo, con los demás monstruos? –pregunté.

-Nosotras vivimos en la Región de las Tinieblas porque nos arrebataron el alma el día del descarte debido a las faltas que había cometido el propio Júpiter.

El monstruo femenino guardó silencio y volvió a llorar y a sorberse ruidosamente las lágrimas, aunque sin apartar la mano de mi pecho.

-Ésa es nuestra historia, Flautín. Por eso las hadas, antes de retirarse a su país de ensueño, nos confiaron su secreto. ¡Se sentían en deuda, al haber sido sangre de nuestra sangre!

-¿Qué ganáis conociendo su secreto?

El monstruo hipó, atragantándose al sorber sus lágrimas.

-Sólo consuelo. A veces esta soledad terrible nos recuerda el corazón que ya no tenemos y entonces podemos peinarnos con el peine de lapislázuli y siete púas para viajar al País de las Hadas y verlas felices, danzando en corro.

-¿Las hadas también revelaron su secreto a los monstruos masculinos del Inframundo?

El monstruo femenino se sobresaltó.

-¡No! ¡Eso sería espantoso! ¡Ellos tienen alma e irían allí a devorarlas!

<<En el interior de cada hombre hay un monstruo y un héroe. Y en el interior de cada mujer hay un hada y un monstruo>>, pensé, sintiéndome entristecido por aquella verdad que me parecía una condena.

Luego me asaltó una emoción que nunca había experimentado.

Compasión.

Mi cuerpo y mi espíritu me dolieron, pues me había salido de mí mismo para ponerme en el lugar del monstruo.

Rompí a llorar. Me sentía tan enfermo que el estómago se me encogió y vomité sangre. El monstruo, que no había apartado la mano de mi pecho y era consciente de lo que acababa de sucederme, recogió con sus garras la sangre, vorazmente, y se frotó con ella la boca y el agujero del ojo al tiempo que los otros dos monstruos, enloquecidos por el olor de la sangre, la arañaban con las garras para frotarse la boca y el agujero del ojo.

Al advertir el cambio de actitud de los monstruos, me aparté de ellos.

-¿Qué has hecho, insensato? ¡Con la sangre de tu compasión les has devuelto la ferocidad! –me reprochó Perseo-. ¿Qué te proponías? ¿No ves que están condenados por su naturaleza? ¡Nada bueno obtienes dándoles un cariño que no se merecen! ¡Son mala hierba! ¡Errores de la naturaleza!

-Pero en un tiempo formaban parte de nosotros mismos –traté de justificarme.

-¡Olvida lo que te ha contado ese monstruo o llegará un día en que te enamores hasta de las piedras!

Comprobé, desolado, que la sangre de mi compasión había devuelto la vida al diente único y el ojo único de los monstruos. ¡Habían brotado gracias al inesperado alimento que mi compasión había proporcionado a los monstruos!

-Será mejor que nos marchemos –dijo Perseo blandiendo la hoz muy afilada del Dios mensajero para mantener alejados a los monstruos, que se disponían a saltar sobre nosotros ahora que habían recuperado su ferocidad.

El peine de las hadas

Al huir nos adentramos por un bosque.

Cuando dejamos de oír los bufidos de nuestros perseguidores, nos detuvimos, pues no sabíamos hacia dónde dirigirnos para conseguir el peine de las hadas.

-¿Se puede saber qué te pasa? –me preguntó Perseo al verme derrotado y triste.

Me encogí de hombros.

-No me puedo creer que me haya engañado. ¡Había sentimiento en el monstruo!

-¡En mi vida había escuchado semejante insensatez! –exclamó Perseo, fuera de sí.

Entonces empezaron a sonar pasos que atravesaban el bosque, dirigiéndose hacia el lugar donde nos encontrábamos, y vimos aparecer entre los árboles al monstruo femenino en cuyo regazo me había sentado yo, que nos miró temeroso al tiempo que se arañaba el pecho con las garras, como si estuviese luchando consigo mismo.

-Flautín... -silabeó tímidamente, ladeando el cuerpo.

Me sorprendió que no se mostrase feroz, aun teniendo el ojo y el diente. ¿Quizá se debía a que no estaba acompañado de sus compañeros?

Desoyendo las airadas protestas de Perseo, me acerqué a él y le tendí la mano.

-Flautín... -repitió el monstruo mirándome de reojo, con las garras clavadas en el pecho.

Me sentí enternecido por su actitud sumisa:

-¿Qué has venido a decirme?

-Quiero agradecerte tu confianza, Flautín –dijo el monstruo, pronunciando mi nombre enfáticamente, como si le gustase la vibración que provocaba en su pecho.

-¿Cómo quieres agradecermelo?

El monstruo sonrió, doblegando a su naturaleza, que le animaba a atacarme, aunque para ello tuviese que desollarse el pecho.

-¡Con una adivinanza! –exclamó adoptando un tono infantil.

Me sentí intrigado. ¡Era maravilloso que un feroz monstruo de la Región de las Tinieblas quisiese jugar conmigo a las adivinanzas!

He conseguido cambiar algo en su interior, me dije.

No me había equivocado, después de todo, aunque Perseo insistiese en lo contrario.

¡El monstruo tenía un corazón... que había despertado!

-¿Qué adivinanza? –pregunté, mordido por la curiosidad.

El monstruo soltó una risa de regocijo.

-¿De veras quieres conocerla? –dijo tímidamente.

-¡Pues claro que sí! –repliqué saltando a los brazos del monstruo, que dejó de arañarse el pecho para sostenerme en vilo.

Perseo echó mano a la espada, acercándose a nosotros, pero se detuvo cuando el monstruo, sosteniéndome delicadamente con la mano izquierda, levantó la mano derecha en señal amistosa, dándole a entender que no tenía por qué preocuparse.

-¡La adivinanza! –dije, satisfecho con la complicidad entre el monstruo y yo.

-Es toda tuya –replicó el monstruo sonriente, y añadió canturreando:

*¡Ahí va el peine de las hadas!
¡El lapislázuli en el vientre!
¡Las siete púas en el corazón!
¿Lo ves bien? ¿O no lo ves?
¡Mira el vientre que preñaste!
¡Mira el corazón que haces latir!
¡Ahí va, míralo bien, Flautín!
¡El peine de las hadas está aquí!*

El monstruo hipó, balanceándose sobre una pierna, con la cabeza agachada.

Lo observé fijamente.

-¡Lo tienes tú! ¡Te lo has tragado!

El monstruo se sonrojó.

-Tuyo es mi peine. Consérvalo siempre. Te recordará a mí. Y te recordaré yo a ti a través de él –balbució.

Luego encogió el vientre, tuvo una arcada y de su enorme boca salió

suavemente la lengua, sosteniendo en la punta un precioso peine de lapislázuli y siete púas.

Tomé el peine y me lo arrimé al pecho.

-Gracias –dije con lágrimas en los ojos.

El monstruo femenino me depositó con ternura en el suelo y se alejó arrastrando los pies hasta desaparecer en la espesura del bosque.

Cuando ya ni siquiera se escuchaba el eco de los pasos, su voz desgarró el silencio del alba:

-¡Te quiero, Flautín!

El País de las Hadas

Para acceder al País de las Hadas tan sólo tuvimos que peinarnos con el peine de lapislázuli y siete púas que me había regalado el monstruo femenino.

-¡Qué lugar maravilloso! –exclamó Perseo señalando a las diminutas hadas ataviadas con un vestido azul y alas moradas de mariposa recostadas con aire soñador en las gotas de lluvia que habían empezado a caer.

Había hadas por todas partes, incluso dentro de las grutas excavadas en las rocas y en el interior de los árboles.

-¡Bienvenidos, viajeros del otro mundo! –nos saludó un hada desnuda con alas de mariposa que parecían de agua, sentada sobre tres hojas de castaño, con las manos cruzadas sobre el regazo, que llevaba sobre la cabeza una diadema roja.

-Mira, no somos los únicos viajeros del otro mundo –dije señalando a una abuela con gafas, gorro de dormir y cofia sentada en un butacón junto a sus siete nietos, a los que leía los cuentos de hadas contenidos en un enorme libro apoyado sobre sus piernas.

En el respaldo del butacón, por detrás de la abuela, asomaba el mayor de los hermanos, con el mentón sobre los brazos, pensativo. En el regazo de la abuela, entre ella y el enorme libro, había una niña preciosa de trenzas rubias que se rascaba el mentón abriendo los ojos como platos, por la impresión que le causaba lo que estaba escuchando.

A la izquierda de la abuela había otras dos niñas rubias y con el pelo largo, una sonriendo a la abuela, maravillada, y la otra mirando el libro, abstraída. A los pies de la abuela había una niña regordeta, de carrillos redondos, que escrutaba, ida, hacia lo alto, al tiempo que pasaba un brazo por los hombros de un hermanito que atendía embelesado a la abuela, con un dedo de su manita izquierda metido en la boca de un enorme payaso de madera y trapo tumbado junto a él.

Y a la derecha de la abuela había niño guapo, de pie, muy firme, con los ojos clavados en el gran libro, como si se asomase a un estanque encantado donde no quería dejar de verse reflejado ni por un instante.

-¡Cuidado o nos atropellarán! –exclamó Perseo cuando pasaba a nuestro lado una furiosa manada de ovejas y cabras sobre las que cabalgaban, muertas de risa, traviesas hadas infantiles adornadas con coronas de mirto y violetas silvestres que llevaban en una mano un vaso lleno de leche y en la otra una hogaza de pan.

Por el camino no parábamos de encontrarnos hadas de todas clases, algunas tan hermosas que nos deteníamos a contemplarlas hasta que ellas, avergonzadas, se esfumaban en una explosión de color, derramando una nube de polvo plateado sobre la hierba, las flores y las ramas que tapizaban el suelo.

Atravesamos un poblado de cabañas formadas por cuatro tipos de árboles: espino blanco, saúco, serbal y roble, todos con rostro, cuyos troncos componían sorprendentes formas llenas de columnas, bóvedas, dólmenes y menhires.

En el aire revoloteaban graciosamente hadas aéreas de pelo rojo, con alas de libélula, observadas por una anciana jorobada y verrugosa sentada en una piedra.

Un hada recolectora nos ofreció las setas de color carmesí que llevaba en un gran cesto colgado del brazo, pero Perseo no permitió que las probase, alegando que podían ser alucinógenas o estar envenenadas.

Tras franquear un arco accedimos a un callejón transformado en biblioteca, de estanterías hasta el techo atestadas de libros que de pronto echaban a volar, provistos de sedosas alas blancas.

Al salir del callejón vimos a una preciosa adolescente vestida con camión y tocada con una diadema de flores que dormía profundamente, recostada en el suelo, con el cuerpo ladeado, las piernas encogidas y la cabeza apoyada en el brazo izquierdo.

-Ella también ha venido de nuestro mundo -comenté.

-No es la única –dijo Perseo señalando a otra adolescente vestida con ropa de cama que estaba en el interior de una flor cuyos pétalos encarnados rodeaban su cintura.

-Seguramente está atrapada en un sueño de amor.

-Deben de ser muy comunes los sueños de amor entre las adolescentes que vienen al País de las Hadas. Mira, en ese prado hay otra que se está desperezando dentro de un tulipán amarillo.

Perseo y yo no dábamos tregua a nuestra sensual curiosidad.

Un hada muy hermosa, desnuda, con grandes alas de mariposa de las

que colgaban hilos, abrazada a un árbol en cuyo tronco se habían enredado sus propias raíces, nos dirigió un gesto invitador, asomándose con timidez detrás del tronco.

-Este lugar está lleno de tentaciones. Deberíamos conseguir un amuleto fabricado con ámbar, hilo rojo y bayas de serbal, que ahuyenta a las brujas – rezongó Perseo.

Un hada cocinera nos ofreció ricas rebanadas de pan de centeno cubiertas de manteca de hadas, una crema elaborada con pasta de setas y miel, pero Perseo se negó a que las probásemos, alegando que podían ser alucinógenas o estar envenenadas.

Vimos un grupo de hadas danzando entre alegres cánticos, en un campo de flores. Eran increíblemente delicadas, de rasgados ojos verdes y cuerpos casi translúcidos, unos semejantes al topacio y otros al ópalo. Aquellas hadas danzarinas irradiaban una belleza luminosa y estaban rodeadas por un halo dorado.

-Todas las hadas tienen aura –comentó, admirado, Perseo.

-Son seres de luz –dije yo-. En ellas no pueden posarse las sombras que enturbian el alma de los mortales. ¡Qué piel tan clara tienen! ¡Y siempre están riendo!

-Sólo pueden ser felices. De lo contrario se mueren.

Un hada tejedora nos ofreció una capucha de duende y un gorro de elfo que acababa de confeccionar con tejido de setas, pero Perseo, muy enojado, me prohibió que los tocara, alegando que podían estar encantados.

Suspiré, molesto con las supersticiones de mi heroico compañero de viaje y aventuras, a quien tanto había admirado antaño.

Pero en seguida olvidé mi contrariedad y seguí mirando embelesado a las hadas.

-No temen a nada ni a nadie, ¿no es cierto? –dije.

-Son invulnerables al sufrimiento, por eso miran con desdén los asuntos de este mundo.

Seguimos caminando por el País de las Hadas para preguntar por el paradero de las sirenas de las que nos había hablado la Diosa de la sabiduría, pero las hadas que se cruzaban en nuestro camino no podían ayudarnos, aunque nos trataban con simpatía, dedicándonos cumplidos y animándonos a participar en sus fiestas.

¡Había allí tantos lugares inspiradores!

Una playa de arena rojiza llena de esferas de reloj medio enterradas en

las que sus manecillas se habían parado a las siete y tres minutos. Un hogar al aire libre donde todos los muebles: mesas, bancos, camas, armarios o escabeles eran setas de diferentes tamaños. Un estanque de agua helada habitado por focas a las que las hadas adiestraban para que se transformasen en fresas. Un campo de calabazas gigantes que unas brujas acumulaban en montones.

Un jardín poblado de plantas colosales y de un verde intenso entre las que reposaban, abstraídas y sonrientes, doce mujeres embarazadas desnudas, con los pechos colgando y los prominentes vientres al aire, a quienes amenizaba con su música una elegante hada violinista ataviada con ropas de concertista, al tiempo que un niño de aire travieso jugaba al ajedrez con un sapo gigante, flotando en el aire, por encima de las cabezas de las embarazadas.

Un manantial lleno de grandes ranas que no cesaban de croar, ante el cual había una cola de trescientas personas venidas de todos los rincones del mundo con cántaros cargados de camaleones que huían saltando cuando el agua del manantial empezaba a caer en el cántaro.

Un paraje aromático y sedoso en el interior de enormes flores en cuyas mullidas paredes dormitaban infinidad de adolescentes preciosas con camisones de diferentes colores, junto a una enorme araña que representaba la realidad que las adolescentes dejaban fuera de sí al ser raptadas por el sueño de las hadas.

-¡Cuántos lugares de ensueño! –exclamó, muy excitado, Perseo.

Perdidos entre hadas

-¿Sabes dónde podemos encontrar a las sirenas que esperan a mi amigo Perseo? –le pregunté a una niña que estaba dando de comer una torta a un perro más grande que ella.

-No lo sé –dijo la niña encogiéndose de hombros-. Si quieres le digo a mi perro que juegue contigo.

-¿Dónde vives, criatura?

-En el número tres, séptimo piso, de la calle Ilusión.

-¿Y eso dónde está?

La niña resopló.

-¡Uff, muy lejos, en la ciudad de Menta!

-¿Por qué estás aquí?

-Vengo siempre que puedo porque mi perro sólo quiere comer las tortas que hacen las hadas.

-¿Cómo viajas al País de las Hadas?

-Es muy fácil. Sólo tengo que comerme una manzana del árbol que planté en mi jardín.

La niña sacó una manzana amarilla del cesto que llevaba colgado del brazo.

-¿Quieres probar una? ¡Están muy ricas!

Le di un mordisco rápidamente, para que no me viese Perseo, que observaba a una mujer atrapada en una rosa roja.

-¡Deliciosa! –exclamé.

Entonces surgió ante mí, como si la hubiese atraído la manzana de la niña, un hada con aspecto de princesa y alas semejantes a hojas secas que se peinaba su espléndida melena sentada en un columpio, entre un gato verde y otro rojo.

-Las sirenas vendrán a vosotros cuando llegue el momento, porque ningún hada puede ser encontrada si ella no lo desea –me dijo, guiñándome un ojo con picardía.

Me encogí de hombros y continuamos avanzando para explorar el País de las Hadas.

-Me gustaría quedarme aquí para siempre –dijo Perseo deteniéndose para contemplar a un hada desnuda, de brillantes alas azules y cara muy bella, que estaba de cuclillas sobre un gran tablero de ajedrez, llevándose la mano a la cabeza, pensativa, entre un caballo blanco y otro negro.

-Y a mí –convine.

-Mira a esta mujer. ¿No es acaso la más hermosa del mundo?

-No tardaremos en ver otra que nos parezca aún más hermosa.

-¡De buena gana lo abandonaría todo y saldría corriendo detrás de ella! ¡Necesito estar a su lado! ¡Quiero poseer su belleza!

-¡Ah, sí, Perseo, sería maravilloso pasarse la vida junto a su belleza inmortal!

-¡Por Júpiter, cuánto lo deseo!

Cruzamos una pradera tapizada de pensamientos tricolores donde retozaban diminutas hadas rodeadas de abejas, arrancando pétalos para machacarlos con agua de rocío y preparar unguento.

Al llegar a un bosque de serbales con el suelo tapizado de enredaderas de campanillas, Perseo, receloso, hizo que lo rodeásemos, alegando que se trataba de un lugar muy peligroso donde las hadas malévolas tramaban hechizos y encantamientos.

-¿Por qué es peligroso?

-¡A través de la campanilla repica el viento de la muerte y si tienes la desgracia de escucharla estás condenado sin remedio!

Esbocé un gesto de incredulidad.

Más adelante encontramos un campo de primulas y Perseo me advirtió que no las tocara si no deseaba volverme invisible.

<<¡Cuántas supersticiones tiene Perseo!>>, murmuré para mí, contrariado.

Entonces se nos acercó un hada anciana arrastrando unas trenzas que triplicaban la longitud de su cuerpo y nos ofreció una tisana preparada con esencia de primulas y agua de azahar.

Perseo, furioso, volcó el cuenco que contenía la tisana y la anciana se transformó en una bruja alta y delgada, vestida de negro, que tenía alas de cuervo y andaba sin pisar el suelo.

-¡Ahí tienes la demostración! ¡Vivimos rodeados de amenazas! – exclamó Perseo, triunfal-. ¡El País de las Hadas es un lugar muy peligroso!

Luego visitamos a las hermosas doncellas de los lagos, que lucían vestidos de fiesta y vistosas joyas confeccionadas con raspas de pescado.

Vivían acompañadas de espléndidos cisnes y serpientes que se les enroscaban en la cintura mientras ellas tocaban el arpa y cantaban.

-¡Es increíble! –exclamó Perseo al ver siete hadas medio desnudas que estaban lavando la ropa en un lago.

-¡Y tanto! –convine, cautivado por aquella sugerente imagen, pero teníamos que reemprender la marcha.

-¿Dónde están esas malditas sirenas? –rezongó Perseo.

Al cabo de un rato llegamos a un lugar apenas iluminado por la llama de una vela, se oyeron pasos de pies descalzos que corrían, se hizo el silencio y sopló un viento frío que apagó la vela.

Perseo se tropezó con una estrella de mar, yo con un caballito de mar y ambos nos golpeamos la cabeza con sendas sirenitas de bronce que alguien había esculpido en el suelo.

Los árboles animados

Nos despertamos en el sótano de una extraña casa. El viento golpeaba puertas y ventanas, hacía tintinear platos y cubiertos y desplazaba los muebles entre estridentes chirridos de goznes.

Apareció una amable anciana, jorobada, deforme y con el rostro cubierto de verrugas, que nos entregó una bandeja con queso, leche y pan recién horneado.

-¿Qué nos ha pasado? –pregunté.

-Habéis caído en un corro de hadas bajo la luz de la luna –dijo la anciana, sonriendo satisfecha al vernos comer con apetito.

Entonces el sótano se llenó de gatos, pájaros y liebres que nos obligaron a salir de la casa. Nos adentramos por un sendero marcado por dos filas de sables entretejidos con ramas de muérdago y collares de bellotas. A nuestro paso se abrían las puertas y ventanas de las casas de las hadas y salían al galope hermosos caballos negros de cuerpo musculoso seguidos por dos pequeños corderos blancos.

Por alguna razón me sentía culpable.

-Creo que hemos extraviado el camino –dijo Perseo.

Entonces nos vimos envueltos en la alegre danza de un grupo de árboles animados: cerezos de cara aniñada, almendros ataviados con largas faldas de colores, chopos risueños, saúcos cantarines, robles flautistas, castaños con expresión de pilluelo, espinos de rubios rizos y palmeras agitanadas, mientras un anciano abedul removía la sopa de un enorme caldero del que no paraban de salir, entre emanaciones de luna y polvo de estrellas, objetos extraños: un candelabro roto y oxidado, una copa con agujeros, un perro transparente, un hacha de hojas verdes, bayas azules, una llave intermitente, lirios cantarines, un papagayo ladrador, una espada torcida, un cuerno de ojos, un bastón de mermelada, una lanza amarilla, bellotas rojas, una cabalgata de hadas diminutas, un cisne con la cola de caballo o un hombrecillo verde.

Perseo y yo bailamos con los árboles hasta caer rendidos y tomamos la sopa del anciano abedul, que nos supo deliciosa.

¡Nos sentíamos de improviso tan felices!
Luego nos invadió un profundo sueño.

El hada de las pisadas sin fin

Nos despertamos en una playa desierta donde había pisadas de delicados pies femeninos que parecían invitarnos a seguir su rastro.

-¡Mira qué espectáculo! –dije señalando a las preciosas doncellas de las olas que se encaramaban en las rocas, entre nubes de espuma, cuando el furioso mar golpeaba contra el rompiente del acantilado.

Perseo estaba absorto en las pisadas, que se alejaban de la playa, y había empezado a seguirlas tratando de imaginarse al hada que las había marcado en la arena.

-¿Adónde vas? –le pregunté.

-¡Estoy seguro de que estas huellas son de un hada más impresionante que todas las que hemos visto hasta ahora!

-Siempre encontrarás una que te corte el aliento más que las otras, ¿no lo entiendes? ¡El deseo nos engaña!

-¡Lo que veo con mis ojos no puede ser fruto de una ilusión! –exclamó Perseo con obstinación, sin dejar de avanzar detrás de las pisadas.

-¡Sí que lo es! –insistí-. Cada nueva hada te parece más bella porque no la posees, pero si la tuvieses a tu alcance la encontrarías menos deseable que otra que de pronto te sorprendiese, aunque en realidad fuese menos bella. ¡Nos seduce lo que no tenemos! ¡El que todo lo desea al final se queda solo con su deseo, que termina por devorarlo!

Perseo ya había abandonado la playa, siguiendo las pisadas de la mujer de sus sueños, y no pudo oírme, de modo que me vi forzado a ir detrás de mi amigo y de la vana quimera que buscaba.

Las pisadas atravesaban una manada de focas, una cueva llena de salamandras, un bosque de dólmenes y calaveras, una luna dentro de la cual había una cabra encaramada en un risco, un estanque de grandes nenúfares donde dormitaban bellísimas hadas blancas, una tormenta de algodón, un castillo de collares, un diamante gigantesco, un campo de hadas tumbadas en hamacas y una niebla de hadas estilizadas cuya sombra se reflejaba en un canal de agua helada.

Perseo se agitaba, acelerando el paso, al tomar conciencia de la

dificultad que entrañaba encontrar al hada de las pisadas sin fin, y esa dificultad aumentaba el halo misterioso de la desconocida, haciendo que la desease más.

-¡Esto es una locura! ¡Debemos regresar! –exclamaba yo en vano, corriendo detrás de él para no perderlo de vista.

Desembocamos en un desierto donde había una fila interminable de hadas enormes, rubias, de ojos verdes, quietas como estatuas, tapadas tan sólo con una hoja que cubría su sexo. Tenían un cuerpo de escultura, tan perfecto que no parecía real. Estaban de puntillas, levantando graciosamente la mano izquierda, donde sostenían una varita mágica que despedía chispas.

Perseo, maravillado, corrió hacia la primera hada de la fila. Cuando llegó hasta ella, jadeando, con el corazón martilleándole el pecho, comprobó, desolado, que en realidad era un molino de viento.

-¡Es imposible! ¿Qué burla cruel es ésta? –dijo y su desolación se transformó en ira.

-¡Estás persiguiendo un espejismo que proyecta tu propio deseo! –le dije, pero Perseo no atendía a razones, cegado por la necesidad de encontrar al hada de las misteriosas pisadas sin fin.

Aunque intentase retenerlo, se zafaba de mí para correr detrás de las pisadas, que se encaminaban desde el molino de viento hacia la siguiente hada de la fila interminable que se extendía por el desierto.

<<De nada vale retenerlo por la fuerza>>, pensé, derrotado, diciéndome que el propio Perseo debía comprender su error, ya que estaba pasando por una prueba de iniciación como héroe.

<<Entre tantas hadas que hay en este país quizá encuentre alguna que pueda ayudar al enloquecido Perseo>>, me dije al comprobar que la siguiente hada escultural de la fila se transformaba en un molino de viento y aún así mi amigo no se daba por vencido y continuaba adelante, esta vez sin lamentarse, en pos de las misteriosas pisadas sin fin.

La partida de ajedrez

Abandoné el desierto, adentrándome por un paraje boscoso donde encontré a un hada rubia y delicada, con una diadema de flores en el pelo y los pechos al aire, que sonreía dulcemente al loro posado en su mano, arrimando la nariz, juguetona, al pico.

Le pregunté si había oído hablar de pisadas que llevaban a un desierto de hadas esculturales que se transformaban en molinos de viento.

-¡Pues claro, qué tontería! –contestó desdeñosa el hada, sin apartar la nariz del pico del loro-. Es el pasatiempo más común de las hadas cuando llega a nuestro país un visitante necio.

-¿En qué consiste?

-¡En jugar con su deseo! El hombre que sólo desea poseer la belleza no quiere detenerse a pagar el tributo que la belleza le reclama. Para enloquecerlo basta con alimentar su deseo.

-¿Cómo se puede superar el juego?

-Pagando el tributo.

-¿La belleza se vende?

-¡Qué absurdidad! Ya veo que sería bien fácil hacerte caer en el juego del deseo. Has de saber, joven, que el deseo del hombre es siervo de la belleza de la mujer y a las que tienen el corazón débil les resulta fácil obtener de ellos, jugando, cuantos bienes deseen.

>>Pero la belleza de la mujer es sierva del amor, porque no se creó para ser admirada como una estatua, sino para conmover al hombre y despertar su corazón.

<<¡El tributo es el amor!>>, exclamé para mí, pensando de qué manera podía mi amigo dejar de ver una estatua de belleza en cada hada y detenerse en una de ellas para pagar el tributo que le demandaba.

<<¡Tengo que encontrar un hada de la que pueda enamorarse Perseo!>>, me dije, echándome a andar resueltamente por el País de las Hadas.

Al cabo de muchas vueltas me vi de nuevo en la playa donde me había despertado con Perseo. En la cresta de las olas seguían danzando entre nubes

de espuma las damas de las olas que me habían llamado la atención anteriormente. Las miré mientras saltaban graciosamente, empujadas por el furioso mar, el rompiente del acantilado.

Luego me quedé paralizado al ver que en la arena de la playa se habían marcado infinidad de líneas perfectas, en paralelo, de tal manera que parecía imposible que las hubiesen creado las olas o el viento.

Pero aún más increíble era que toda la playa estuviese salpicada de espinos, entre los que caminaban con asombrosa precisión, sin hacerse el menor rasguño, los pies de mujer más bellos y delicados que yo había contemplado.

Una espesa niebla ocultaba a la poseedora de esos pies, tapando su cuerpo hasta los tobillos...

Y una serpiente verdinegra serpenteaba con aire amenazador entre los espinos, sin tocarlos, por delante de los pies, como si fuese ella quien guiaba sus pasos.

-¡El hada que anda buscando Perseo! –exclamé, sorprendido.

¡Ella había marcado en la playa aquellas líneas perfectas, guiada por la serpiente, que se abría paso entre los espinos, altiva, con la cabeza erguida, deslizándose sinuosa por la arena!

Pero la serpiente no dejaba el menor rastro, al contrario que los preciosos pies del hada cuya identidad ocultaba la niebla.

-No entiendo nada –dije, volviendo el rostro hacia el lugar por el que había venido.

Entonces vi a una muchacha desnuda que corría por un prado de un verde muy intenso, con un vistoso collar de flores y su melena dorada ondeando al viento, que me sonrió maliciosamente al tiempo que saltaba, extendiendo el brazo izquierdo hacia delante y el derecho hacia atrás.

Luego la muchacha desapareció en una explosión de estrellas blancas que se desperdigaron sobre rosas amarillas y rojas.

Se me ocurrió pensar que aquella muchacha era el espíritu del hada cuyas pisadas perseguía Perseo, enloquecido, en el desierto donde había una fila interminable, semejante a las líneas perfectas de la playa, de hadas esculturales como estatuas que se transformaban en molinos de viento al mirarlas de cerca.

-No entiendo nada –repetí, sintiéndome frustrado, y eché a andar por el País de las Hadas para buscar a un hada de la que pudiese enamorarse Perseo.

Al ver un castillo en lo alto de una colina, subí hasta él y entré en una

amplia sala, muy luminosa, que era un gigantesco tablero de ajedrez cuyas piezas, más altas que yo, formaban un corro en la parte central, en torno a un trono donde estaba sentada un hada de edad indefinible y rasgos poco femeninos.

El hada entronizada era calva y extremadamente delgada, de manos largas y afiladas que sobresalían de una extraña túnica con capucha, de bocamangas muy anchas, anudada al talle mediante cuatro pares de botones, cuya falda acampanada le cubría hasta los pies.

Sus brillantes ojos verde esmeralda eran pequeños, rasgados, de mirada penetrante, y los rasgos del rostro estaban apenas perfilados, como si los hubiese dibujado un niño.

-¿Qué deseas, Flautín? –preguntó, sonriendo, como si me conociese.

Me encogí de hombros, desorientado.

-Antes buscaba al hada de las pisadas sin fin, pero ahora que la he encontrado no sé realmente lo que busco.

El hada entronizada me sostuvo la mirada mientras las piezas de ajedrez se movían en diferentes jugadas hasta que empezaron a comerse unas otras. Las piezas comidas se quedaron tumbadas en el tablero. Llegó un momento en que sólo estaban de pie el rey negro y las dos piezas blancas que habían logrado arrinconarlo: la dama y un peón.

El hada entronizada miró risueña al rey negro y me dirigió un guiño de complicidad.

-¿Le hacemos jaque mate?

Asentí, pues era consciente del desafío que entre ambos habíamos afrontado a lo largo de la partida, y moví con el pensamiento al peón blanco para cubrir el ataque de la dama. Luego el hada entronizada desplazó la dama a la casilla que dejaba al rey negro en jaque mate.

El rey negro se cayó con estrépito sobre el tablero, transformándose en un cuervo del que manó un chorro de sangre cuyo reguero llegó hasta mis pies.

El peón blanco se transformó en un paje que llevaba la hoz muy afilada y el espejo que le habían entregado a Perseo el Dios mensajero y la Diosa de la sabiduría para cazar a la medusa.

Y la dama blanca se transformó en la muchacha desnuda que yo había visto corriendo alegremente por el prado de un verde muy intenso, con un vistoso collar de flores y su melena dorada ondeando al viento.

La muchacha me miró con simpatía y el paje puso a mis pies la hoz muy afilada y el espejo.

-¡Dilema resuelto! –exclamó el hada entronizada riendo, batiendo palmas y dando brincos en el trono como si hubiese perdido el juicio.

-¿Quién eres? –pregunté, mordido por la curiosidad, pues me había encantado compartir con ella las piezas blancas en aquella fantástica partida de ajedrez que ambos habíamos jugado con el pensamiento.

El hada entronizada se sosegó súbitamente, adoptando una compostura regia.

-¡Yo soy el Espíritu de las Hadas, Flautín! ¿Todavía no me reconoces? ¡Nos hemos encontrado varias veces en tu odisea del amor!

Sí, cierto, aquella hada que no era hombre ni mujer me resultaba familiar.

¡Por eso había sido tan fácil jugar con ella esa partida de ajedrez que desnudaba la realidad!

La verdad de la Belleza

Miré pensativo la hoz muy afilada y el espejo que el paje había dejado a mis pies.

-Debo devolver a Perseo las armas que le han entregado los dioses y para ello he de rescatarlo del desierto donde está la fila interminable de hadas esculturales que se transforman en molinos de viento -dije.

-¿Qué busca tu amigo? –preguntó, guiñando sus ojos rasgados, el hada entronizada.

-¡La belleza!

-¿Sabes tú qué es la belleza, Flautín?

Me encogí de hombros. No podía definirla, pero ahora, al mirar a la muchacha desnuda que había visto corriendo alegremente por el prado de un verde muy intenso, con un vistoso collar de flores y su melena dorada ondeando al viento, me parecía que la belleza era ella.

Aunque no me atreví a decirlo.

El hada entronizada aplaudió.

-¡Bravo! ¡La Belleza es ella! ¡La tienes delante de ti!

La muchacha del prado posó en mí sus profundos ojos verdes y me sonrió con malicia, haciéndome sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

Luego se acercó a mí, tendiéndome la mano, pero al intentar asirla comprobé asombrado que no podía. ¡El cuerpo de la muchacha se desvanecía al tocarlo!

El hada entronizada soltó una carcajada.

-¿Ves de qué sustancia está hecha la belleza? ¡Aire! No es más que una forma aérea que ningún cuerpo sólido puede retener. Eso anda buscando tu amigo, como tantos otros que viven cegados. Es un necio más que mata el tiempo corriendo detrás de una ilusión que se desvanece entre las manos al pretender retenerla.

-Entonces ella...

-¡Es un espíritu, igual que yo! ¡Somos etéreas, Flautín! –exclamó el hada entronizada extendiendo una de sus manos afiladas para ofrecérmela.

Cuando quise tocarla, comprobé que se desvanecía.

¡Era una forma sin cuerpo!

-Es increíble...

-Somos aliento. Existimos a través de los demás. Por eso aparecemos y desaparecemos, vamos y venimos, nos posamos durante un tiempo en quien nos place y a continuación nos esfumamos. ¡Somos inspiración y viento! Sólo eso...

Caí de rodillas al comprender la verdad.

Luego se desvanecieron el castillo y todas las formas que había en su interior, salvo la hoz muy afilada del Dios mensajero y el espejo de la Diosa de la sabiduría.

El chantaje de la Belleza

Vi a un hada cubierta con un manto blanco, a la cabecera de una cama donde yacía dormido un guerrero ataviado con su armadura. A los pies de la cama había otra hada aún más bella con una túnica de color granate que tocaba lánguidamente un arpa.

-Se ha muerto –dijo el hada de la túnica granate.

-¿Quién? –pregunté.

-Sólo duerme y ahora se despertará –dijo el hada del manto blanco.

Reparé en el guerrero que yacía en el lecho. Al observar que tenía el rostro de Perseo, quise acercarme a él para tocarlo, pero la imagen del guerrero, las hadas y el lecho se desvaneció como los espíritus del castillo y en su lugar apareció la muchacha del prado verde, que me sonrió con malicia, tendiéndome un gran frasco de oro que contenía un líquido dorado.

-Toma, Flautín –me dijo en un tono cautivador.

-¿Qué es?

-¡El elixir que hace renacer el Bosque Milenario de las Creencias! ¡Aquí lo tienes, a tu disposición! Si vienes conmigo te lo entregaré y podremos ir juntos al bosque que talaron tu padre y tus hermanos. ¡Le devolveremos la vida para que saldes la injusta deuda que has contraído con el guardabosque!

Sentí que me poseía un deseo descontrolado. Tenía al alcance de la mano el elixir de la vida. ¡Cuántos esfuerzos me evitaría!

Pero si algo había aprendido en el camino que llevaba recorrido era que no había nada gratuito en la vida. ¿Qué me pediría a cambio la Belleza?

La muchacha me traspasó con sus ojos verdes y profundos.

-Sólo te pido a ti, Flautín. Has de consagrarme tu vida. ¡Permanecerás a mi lado hasta la muerte!

Miré asombrado a la muchacha. ¡Pasarme la vida junto a la Belleza, lo que ansiaban enloquecidos Perseo y tantos otros en vano al estrellarse contra molinos de viento, parecía el mayor premio al que pudiese aspirar un hombre!

Alargué la mano con la intención de tomar el gran frasco de oro lleno de líquido dorado que ella me tendía sonriendo con malicia, pero me detuve al recordar la verdad que me había revelado el Espíritu de las Hadas.

¡La Belleza era viento! ¿Cómo sería vivir esclavizado por una forma sin cuerpo?, me pregunté, sintiendo vértigo. Y me imaginé dominado por el deseo de poseer esa forma sin cuerpo que sólo podía contemplarse.

-¿Qué importa que no puedas tocarme, si todos los hombres envidiarán tu posesión como el más preciado tesoro, inalcanzable para cualquiera salvo para ti? –dijo la muchacha atravesándome con la mirada.

Entonces evoqué los momentos que había compartido en la intimidad con la princesa. ¡Qué felicidad tan intensa sentí en sus brazos, cuando nos entregábamos al juego del amor, reconociéndonos en el cuerpo del otro mediante esa unión física y espiritual que nos hacía uno!

¡Si aceptaba el ofrecimiento de la Belleza nunca más podría encontrar el amor!

Rompí a llorar al comprender que no era capaz de hacer ese sacrificio para ahorrarme las fatigas de mi odisea.

-No... –balbucí, retirando la mano.

La muchacha me dedicó una sonrisa que era al tiempo de desaire y comprensión. Y volvió a arrimarse al pecho el frasco de elixir eterno.

-Es tu decisión –dijo, encogiéndose de hombros, y fue a recostarse en la luna, que estaba en creciente, para que pudiera admirar su belleza quien quisiese.

La ceguera de la princesa

Sentí que me acariciaban suavemente en la frente y la voz cálida del Águila de la Imaginación me dijo:

-¿Por qué te da miedo ser tú mismo? ¡Ten confianza, levántate y ve a tomar la mano de la princesa que te corresponde!

Entonces me desperté ante un rico palacio a cuya puerta llamé, decidido. Salió a recibirme un criado con la cabeza de perro y una cobra enroscada en el cuello.

-Vengo a pedir la mano de la princesa –le dije.

-En ese caso debes cumplir la condición que ha impuesto el rey al pretendiente que desee casarse con ella –replicó el criado.

-¿Qué condición?

-Es la más sencilla y la más difícil también, pues en ella naufragan pretendientes venidos de todos los rincones del mundo.

-¿De qué se trata? –dije, lleno de curiosidad, preguntándome qué prueba podía ser la más sencilla y al tiempo la más difícil, hasta el punto que ningún pretendiente la consiguiese superar.

-La princesa no conoce la felicidad, aun siendo la joven más bella del reino, por un mal que le impide ver su propia imagen, y el rey ha prometido su mano a quien le entregue un espejo donde ella pueda ver reflejada su belleza.

Pensé que se trataba de una prueba muy curiosa.

-¿Se ha asomado la princesa a los estanques?

-¡Pues claro! ¡Se ha pasado sus tiernos años de vida asomándose a toda clase de superficies que tienen la propiedad de reflejar la imagen de lo creado: fuentes, lagos, espejos, metales, en vano! Un pescador la llevó al mar en su barco, un alfarero hizo que se asomase al agua contenida en sus cántaros, un herrero probó con planchas de metales y un cristalero fabricó hasta cuarenta espejos con cristales de diferentes colores.

>>En ningún caso pudo la princesa contemplar su propia belleza y aunque todo el mundo no para de repetirle que es la joven más hermosa del reino, ella no lo cree y vive envuelta en la tristeza.

El criado me observó, expectante.

-¿No vas a entrar? –dijo, abriéndome la puerta del palacio.

-No puedo, por el momento. He de buscar el espejo en el que la princesa se vea reflejada.

-¿Sabes ya dónde puedes encontrarlo?

-Intuyo que sólo hay un espejo en el mundo que pueda servir a ese propósito, al igual que en el amor sólo hay un alma gemela que sirve para avivar el fuego del corazón de cada uno de nosotros.

-Pregonas sabias palabras por tu boca, joven –aprobó el criado haciendo una profunda reverencia mientras yo me alejaba de palacio decidido a encontrar el espejo que mostrase a la princesa su belleza.

Al doblar la esquina divisé a un anciano a quien todas las gentes del reino rehuían, pues tenía el cuerpo lleno de gusanos que lo iban devorando poco a poco, dejándolo cubierto de llagas.

El anciano se alegró al verme, me llamó haciendo señas con su nudoso bastón y me dijo:

-Disculpa, joven. Vivo rodeado de fatigas y pesares y deseo cruzar el río para reunirme con la muerte, que ya desde hace tiempo me espera, pero soy un hombre demasiado viejo y enfermo para poder hacerlo solo y no encuentro a nadie que quiera ayudarme. ¿Podrías llevarme en brazos hasta la otra orilla?

Observé que en el río que separaba aquel reino del mundo de las tinieblas había un vado de piedras que permitía acceder de una orilla a otra, por el que podía andar llevando al anciano en brazos si tenía la fuerza suficiente para hacerlo.

Pensando que valía la pena intentarlo, pues lo haría feliz, tomé en brazos al anciano, venciendo el rechazo que me provocaban los gusanos y las llagas de su cuerpo, y crucé el río por el vado de piedras, asombrado de mi seguridad al apoyarme en las piedras del vado sin resbalar, aunque algunas eran tan pequeñas que apenas podía posar en ellas la punta del pie.

-¡Gracias, me has hecho el hombre más feliz del mundo! –exclamó él.

Me dije que mi único esfuerzo había consistido en superar el rechazo que me provocaba su desagradable apariencia y a cambio le había hecho un servicio inapreciable, a juzgar por su expresión de alegría.

Dándome por satisfecho, le deseé un feliz encuentro con la muerte y comencé a alejarme. Entonces el anciano me llamó a gritos, con un vigor impropio de su lastimoso estado.

-¡Un momento! ¿Acaso no esperas nada por tu buena obra?

Me encogí de hombros.

-Me siento bien pagado con tu felicidad –dije.

-Eres afortunado por saber compartir el bien ajeno, pero quiero compensarte concediéndote un deseo. ¿Crees que un viejo cubierto de gusanos como yo podría serte de algún provecho?

Observé al anciano pensando que un hombre como él, que había vivido tanto que hasta los gusanos se le habían echado encima, quizá me pudiese decir dónde buscar el espejo de la princesa.

El anciano escuchó sonriente mi petición.

-¡Te mostraré gustoso el camino hacia el espejo de la princesa antes de que estos gusanos me coman para siempre! –exclamó-. Pero debo recobrar la apariencia que tuve antaño, cuando el tiempo aún no había aplastado mi naturaleza juvenil con sus pedradas que reducen a polvo el mundo físico.

-¿Qué eras de joven?

El anciano sonrió tímidamente.

-¡No te lo vas a creer! Era un precioso unicornio blanco de ojos azules y poseía un hermoso cuerno que me brotaba de la frente. Mi voz tenía el sonido de las campanas y llegué a vivir mil años antes de que mi cuerno se cayese a pedazos y mi fornido cuerpo cobrase forma humana.

>>Si consigo ser de nuevo un unicornio puedo serte de mucha ayuda, pues otro unicornio impide que los pretendientes a la mano de la princesa encuentren su espejo y un unicornio sólo puede ser sometido por el cuerno de otro unicornio.

-¿Por qué oculta el espejo de la princesa?

-Porque hasta ahora sus pretendientes eran cazadores que sólo deseaban su belleza y el poder y la fortuna que heredarían al ascender al trono, y ella aspira al amor verdadero.

>>Los unicornios son los guardianes del Amor desde el principio de los tiempos y se muestran implacables con los cazadores que pretenden aprovecharse de las doncellas inocentes. ¡Ven y te lo demostraré!

El anciano se adentró en las tinieblas con una agilidad sorprendente y yo lo seguí, mordido por la curiosidad. Por el camino me encontraba a centenares de pretendientes de la princesa que no eran dignos de ella porque deseaban tan sólo belleza, poder y fortuna.

El unicornio les había arrancado los ojos con el cuerno, los dos de la visión y el del pensamiento, por lo que tenían un profundo picotazo en la frente. Los cazadores vagaban como espectros, perdidos en el bosque de tinieblas, ajenos a lo que había a su alrededor, sin percibirse siquiera a sí

mismos. Cuando dos de ellos se encontraban, extendían los brazos sobre los hombros del otro, como si se reconociesen y por un instante recordasen su terrible destino, y entrechocaban las cabezas con violencia, hasta que la vida los abandonaba y se quedaban tendidos en el camino, transformados en cantos rodados.

-¡Qué triste espectáculo! –proferí, impresionado.

-Toda doncella deseosa de amar y ser correspondida tiene su unicornio, el guardián de su corazón, que se encarga de cribar el grano de la paja para que ella pueda encontrar en el pajar del amor la aguja del hombre que le ha sido predestinado.

>>El unicornio que custodia el espejo de la princesa es especialmente implacable, porque conoce bien el tesoro que guarda su corazón y lo débil que ella se ha vuelto al ignorar su propia belleza, tanto que cualquier embaucador podría engañarla haciéndole tomar por amor verdadero la lujuria y la ambición.

>>La princesa está ciega a su propia imagen porque no encuentra al hombre digno de ella. El espejo simboliza la proyección de su corazón y sólo podrá entregárselo su alma gemela, el amante que le ha sido predestinado, porque los hombres y mujeres nacidos para el amor únicamente son conscientes de sí mismos cuando se ven reflejados en el corazón de su amante.

Mi unicornio

-¿Cómo conseguiré vencer al unicornio? –pregunté.

-Debes convencerlo, pues el unicornio es invencible –dijo el anciano-. Si comprende que amas de verdad a la princesa, se transformará en paloma blanca y te guiará por las tinieblas hasta su espejo.

-¿Cómo podré convencerlo?

-Gracias a tu unicornio.

Miré al anciano con simpatía.

-¡Entonces eres tú quien debe hacerlo!

-Nuestros cuernos han de chocar y si el mío es más fuerte el unicornio de la princesa se transformará en paloma blanca para guiarte hasta el espejo.

El anciano miró hacia el horizonte.

-No hay tiempo que perder. ¡Vayamos a la tierra de los unicornios!

Nos pusimos en camino. Bajo un sol ardiente atravesamos una pradera con la tierra de azufre ocupada por mansos cachorros de león que apenas se movieron al vernos pasar. Bajo la luna llena cruzamos un valle con la tierra de mercurio poblado de frondosos árboles que en lugar de tronco tenían un cuerno de unicornio. Y por último desembocamos en un lago de leche.

-¡Ya siento en mi interior la fuerza del león y la dureza del unicornio! – exclamó el anciano agitando los brazos como un niño-. ¡Estoy cerca de encontrarme!

>>El unicornio es un animal solitario. ¡Tu fe ha despertado la llama que me poseyó en mi juventud! ¡Es una bendición que el destino me haya elegido a mí, un anciano devorado por los gusanos, para ser el espejo de tu corazón!

>>¿Quién me lo iba a decir después de tantos años deseando cruzar el río de la vida para encontrarme con la muerte en el mundo de las tinieblas?

Nos habíamos metido en el lago de leche, que nos llegaba hasta la cintura. Mientras el anciano hablaba le creció una cola de león. Luego desaparecieron los gusanos, su cuerpo se hinchó, temblando con violentas sacudidas, y aparecieron la cabeza y el tronco de caballo, las patas y los cascos de ciervo y un cuerno retorcido de oro brillante.

Me sentí invadido por una profunda emoción al percibir que aquel poderoso animal mágico formaba parte de mí. ¡Me reconocía en ese unicornio salido del cuerpo moribundo del anciano devorado por los gusanos!

<<Por fortuna supe aceptarlo cuando vino a mi encuentro y no lo juzgué por su apariencia engañosa>>, pensé, feliz de verme proyectado en el unicornio.

En un impulso de júbilo, salté a su lomo, aferrando el cuerno con las dos manos.

-¡Llévame hasta el unicornio de la princesa! –proferí con entusiasmo.

La doncella que anida en mí

-¡Cuidado, que el unicornio, aun siendo una proyección de ti mismo, posee una naturaleza indomable, como todos los animales de su especie! – exclamó el Águila de la Imaginación.

El unicornio me arrojó con violencia al lago de leche y se quedó mirándome fijamente, desafiante. Resoplé, enojado, mientras el unicornio corcovaba sin parar, chapoteando en la leche.

Al cabo de un rato el unicornio de pronto se volvió de color azul y ahora aguardaba quieto, con las espesas crines plateadas ondeando al viento y los ojos clavados en mí.

-¿Qué le pasa a mi unicornio? ¿Por qué no me permite que lo monte?

-Los unicornios sólo se dejan someter por las doncellas vírgenes. No se conoce a ningún hombre que haya conseguido domar a un unicornio – respondió el Águila de la Imaginación aleteando alegremente entorno a mí.

-¡Pero es mi propio unicornio!

-Aunque él te reconozca y quiera tu bien no puede luchar contra su propia naturaleza.

-¿Qué puedo hacer?

El Águila de la Imaginación se apoyó cariñosamente en mi cabeza.

-Transfórmate en doncella virgen.

-¡Eso es imposible!

-No hay nada imposible. Piensa que todo doncel tiene en su interior a una doncella, al igual que en toda doncella anida un doncel. La naturaleza del doncel no es por entero masculina, ni femenina en su totalidad la naturaleza de la doncella, de lo contrario sería imposible que se sintiesen atraídos y pudieran comprenderse, formando una unidad al casarse.

Traté de imaginarme cómo era la doncella que había en mi interior.

-¿Estás segura de lo que dices?

El Águila de la Imaginación estalló en carcajadas, batiendo el pico ruidosamente.

-¡Y tanto! ¡Saca a relucir el encanto femenino y virginal que posees y el unicornio, deseando defender tu virtud, se dejará montar por ti! ¡Cuando

tengas las propiedades mágicas de su cuerno no habrá nada que se te resista!

>>Hay hombres poderosos y malvados que utilizan de cebo a doncellas ingenuas para capturar a un unicornio y arrancarle el cuerno. ¡Si supieses cuántos reyes ascendieron al trono utilizando como cetro el cuerno de un unicornio! Claro que el alma del unicornio permanece en su cuerno y con el tiempo castiga al impostor y a la doncella, a él por su osadía y a ella por su vanidosa debilidad. A él lo ahoga en su propio desenfreno y a ella le cierra el corazón al amor para siempre.

>>El unicornio es el único animal capaz de sacrificar su vida para salvar a una doncella, como haría un hombre verdaderamente enamorado, pero si la doncella le traiciona, responde con una brutalidad equivalente al amor que ella ha desdeñado.

>>No puede tomarse a juego el poderoso magnetismo del unicornio, cuyo instinto animal se manifiesta con la misma dureza para construir o destruir si se infringen sus leyes.

Mientras el Águila de la Imaginación hablaba, no aparté la mirada, sugestionado, de mi unicornio, que respiraba afanosamente, entre bufidos.

Entonces de mi pecho brotó una figura plateada y transparente, apenas definida, cobrando forma lentamente al tiempo que absorbía partículas físicas de mi cuerpo. Conforme crecía la nueva forma, volviéndose densa y definida, mi cuerpo se desdibujaba, mostrándose translúcido, hasta completar la transmisión de partículas físicas.

Frente al lugar que yo ocupaba, ahora vacío, se materializó una doncella virgen, de bucles cobrizos, mirada triste y una piel blanca y suave como la porcelana.

El viaje de la doncella

Al verme transformado en doncella, el unicornio agachó la cabeza con humildad, se acercó a mí tímidamente, olfateando el aire, como si me estuviese reconociendo, y se detuvo a mi lado.

-¡Lo conseguiste! –exclamó el Águila de la Imaginación batiendo las alas-. Te has transformado en tu identidad femenina. ¡Qué dulce y delicada se te ve! Observa la impresión que has causado al unicornio. ¡Anda, no seas vergonzosa y acaricia sus crines!

Apoyé suavemente la mano en el lomo del unicornio y me recorrió un estremecimiento al sentir el mágico magnetismo del animal.

-¿Por qué no dices nada? ¿Te has quedado sin voz? –preguntó el Águila de la Imaginación.

Asentí con la cabeza, sonrojándome.

-¡No me sorprende! El peso de tu identidad masculina ha raptado la voz a la doncella que hay en ti. Incluso dudo que recuerdes quién eres y qué haces aquí, ahora que has perdido tu parte masculina y la memoria de su historia.

>>Ya es asombroso que hayas sido capaz de desdoblarte de esa manera. Ahora te encuentras en una situación muy peligrosa, Flautín. Si no estuviese yo aquí para guiar tus pasos te quedarías reducido a tu esencia femenina, tan desorientado e inconsciente que cualquier espíritu malvado podría hacer de ti lo que quisiese.

Yo, es decir, la doncella, parecía insensible como un muñeco de trapo y apenas reaccionaba al entusiasmo y la admiración que provocaba al unicornio, que no cesaba de restregar su cuerno reluciente contra mí, doblando las patas para animarme a que saltase a su lomo.

-¿No recuerdas quién eres? –dijo el Águila de la Imaginación aleteando delante de mí para llamar mi atención, pues yo me limitaba a contemplar abstraído al unicornio, como si el animal me hubiese hechizado-. ¿A qué esperas? ¡Sube a tu unicornio! Te llevará hasta el unicornio de la princesa. Seguro que no has visto nada comparable al entrechocar de dos cuernos de unicornio. ¡Es un espectáculo singular! La naturaleza entera se

conmueve ante el prodigio del amor, pues de eso se trata, ¡el amor brotando del manantial de la vida!

>>El encuentro entre dos almas predestinadas a amarse representa la unión de los contrarios, el sol y la luna se funden en un abrazo germinal que atraviesa el espejo de los engaños y alcanza el mar inmortal de donde procede nuestro mundo físico, que es su pálido reflejo.

Guiado por un impulso de mi naturaleza femenina, no porque hubiese entendido al Águila de la Imaginación, me subí a lomos del unicornio, sonriendo por la felicidad que sentía al estar en contacto con aquel fabuloso animal que parecía dispuesto a complacerme en todo lo que yo desease.

El unicornio relinchó, satisfecho con su liviana carga, y emprendió una galopada furiosa, a una velocidad que ninguna otra criatura mágica terrestre podía igualar. Yo aferraba firmemente las crines para no caerme, con naturalidad, como si hubiese vivido mucho tiempo a lomos del unicornio.

¡Rompí a reír al ver pasar el mundo a mis pies!

Todas las regiones se fundían en un río de aguas azules y caudalosas. Y en cada cruce de caminos la izquierda y la derecha se unificaban en una sola senda luminosa, salpicada de flores y vegetación exuberante y verde. Luego me pareció que la tierra era una espiral ocupada por menhires y dólmenes milenarios de piedra blanca y que nos dirigíamos hacia su centro, donde había una colosal rosa de piedra, roja, que despedía una fragancia embriagadora.

El unicornio se zambulló en un abismo incandescente. Conforme avanzaba, de su cola se iban desprendiendo cadenas de hierro que se disolvían lentamente, entre bocanadas de humo negro, al fundirse el metal.

Habíamos partido al alba para recorrer el mundo de Este a Oeste y al llegar el ocaso iniciamos de Oeste a Este el viaje nocturno por el mar, donde había seres sobrenaturales de figura indefinida dentro de un cofre, amenazados por serpientes marinas que intentaban meterse por el ojo de la cerradura.

Cuando estábamos a punto de tocar fondo, apareció una ballena y nos tragó de un rápido bocado. Sintiendo frío en el vientre de la ballena, me apeé del unicornio y golpeé dos piedras negras de las muchas que allí había para encender fuego.

Luego, al sentir hambre, corté un trozo al corazón de la ballena con una de las muchas piedras negras que allí había, me senté tranquilamente a comer acompañado del unicornio y me dormí acunado por su cuerno.

Duelo de unicornios

Al alba, cuando la ballena salió de las aguas y se quedó tendida en una playa de fina arena blanca, me desperté.

Observé que al haberme dormido cerca del fuego se me habían quemado las ropas de doncella y la espléndida cabellera cobriza, se habían secado los pechos y las formas redondeadas y femeninas de mi cuerpo y volvía a ser yo, el de siempre, Flautín.

-¡Salve, héroe, tú que has renacido en el vientre de la ballena! – exclamó el Águila de la Imaginación, que me había acompañado apoyada silenciosamente en mi hombro.

Entonces fue evidente que el unicornio seguía viendo en mí a la doncella y al no sentir rechazo permanecía a mi lado como mi más fiel servidor.

-Ya es tiempo de regresar al mundo –dije, consciente de cuanto me había sucedido, y corté la piel de la ballena con una de las muchas piedras negras que allí había.

Una vez que estuve en la playa de fina arena blanca, a solas con mi unicornio, lo monté de un salto, empuñando las crines, y me despedí de la ballena, que ahora se zambullía en las aguas.

-Ha llegado el momento de la verdad –dijo el Águila de la Imaginación.

En el otro extremo de la playa había surgido otro unicornio, algo más pequeño, con el pelaje plateado como la luna. Sus pezuñas eran de cabra y su cola de perlas. Tenía plumas de cisne en lugar de crines y una serpiente enrollada en el cuerno.

-¡El unicornio de la princesa! –exclamé, maravillado.

-Al saber de tu llegada te estaba esperando. Toma carrerilla y lánzate contra él con todas tus fuerzas, como si te fuera en ello la vida, pues si no logras vencerlo su cuerno puede causarte daños irreparables –dijo el Águila de la Imaginación.

El sol, rojo, se había levantado en el horizonte, tiñendo de color grana las nubes del cielo, y una bandada de gaviotas sobrevolaba la playa,

graznando con inquietud ante el inminente duelo de unicornios.

En el borde de la playa, allí donde las olas del mar no alcanzaban a lamer la arena, apareció un gato enorme, con la mitad superior de marfil y la inferior de ébano, que se sentó con aire solemne para observar a los contendientes.

A lo lejos, en dirección a Oriente, alguien hacía señales de humo para comunicar al palacio de la princesa lo que estaba a punto de suceder. Entonces sonó un gong procedente de las alturas.

Reconociendo la señal de salida, me incliné sobre mi unicornio para empuñar el cuerno y le clavé los talones en el vientre al tiempo que gritaba con furia:

-¡A por ella hasta la muerte!

-Que la fuerza te acompañe, amigo –oí que susurraba el Águila de la Imaginación desde mi hombro.

El unicornio de la princesa también había iniciado una furiosa carrera. Uno desde el extremo situado en naciente y el otro desde el extremo de poniente, los unicornios atravesaron la playa con una galopada que hacía estremecer la tierra, levantando a su alrededor una nube de polvo.

En ese momento se desató una tormenta y el cielo se oscureció, cubriéndose con una red de centelleante rayos. Las gaviotas huyeron despavoridas hacia el centro de la playa, donde había brotado del suelo un pilar que ascendía hasta el cielo, atrayendo hacia sí los rayos, y cayó una lluvia de plumas.

La playa quedó envuelta en un tapiz blanco y mullido cuando los dos unicornios alcanzaron el pilar y pude entrever, a través de la cortina de plumas, a la princesa montada en el otro unicornio, con su rostro dulce y sereno, que no parecía real, y su belleza perfecta que no podía ser de este mundo.

¡Era igual que las princesas de los cuentos de hadas que me contaba mi madre!

-¡Eres tú! –dije, aturdido, antes del colosal impacto de los unicornios, que provocó una explosión idéntica al estallido inicial de la vida que dio origen al universo entero.

El laberinto de espejos

Sentí que me precipitaba a una velocidad de vértigo por un cuerno en espiral, al tiempo que oía un sonido de campanadas cuyo eco retumbaba contra las paredes del cuerno por las que me deslizaba como si fuesen un tobogán.

Luego hubo una solemne descarga de trompetas, justo en el momento en que aterrizaba en el interior de una enorme colmena poblada por abejas gigantes que me vistieron con una túnica de miel, zumbando entorno a mí, y me calzaron unos zapatos confeccionados con polvo de estrellas.

-Nosotras, que nunca dormimos, somos las mensajeras del otro lado del espejo –dijo la abeja reina, olfateándome con curiosidad, y añadió riendo, gozosa-: ¡Ha nacido un nuevo héroe! ¿Qué nuevas nos traes?

Abrí la boca, pero fui incapaz de contestar.

-¡Ha nacido un nuevo héroe! –corearon todas las abejas, haciendo vibrar las paredes, al tiempo que se oían truenos a lo lejos y se filtraban hojas de roble por las rendijas de la colmena.

Emocionado, rompí a llorar. Entonces la abeja reina me picó en el pecho, en el lado del corazón, y de la picadura brotó una flor de loto. Me arranqué el tallo del pecho y al aspirar el aroma de la flor de loto oí que el Águila de la Imaginación me decía:

-¡Despierta, Flautín, que has vencido al unicornio de la princesa!

Al abrir los ojos vi la lengua de mi propio unicornio lamiéndome la mejilla y por encima de nosotros sonaba un suave batir de alas.

-Te están esperando –dijo el Águila de la Imaginación.

Reparé en una preciosa paloma blanca que me miraba con el pico abierto.

-Debes darle de beber antes de emprender el camino –añadió el Águila de la Imaginación.

Formé un cuenco con mis manos, fui a llenarlo de agua a la fuente que había allí cerca y lo levanté para ofrecérselo a la paloma, que descendió aleteando con rapidez y bebió hasta saciar su sed.

Luego la paloma se encaramó en el olivo que había junto a la fuente, arrancó con el pico una ramita y se elevó hacia el cielo trazando un elegante

vuelo.

-Ha llegado el momento de partir –dijo el Águila de la Imaginación señalando a la paloma blanca, que mordía la ramita de olivo aleteando con impaciencia en las alturas.

Monté de un salto en mi unicornio, empuñando con firmeza las crines.

-¡Vayamos a por el espejo que muestre a la princesa su belleza! – exclamé poseído por un vigor guerrero.

Al ver que me ponía en movimiento, la paloma emprendió la marcha, volando con suaves y elegantes aleteos, y yo la seguí en mi unicornio. Nos alejamos de la playa para adentrarnos en un sendero bordeado por flores de loto de mil pétalos que se abrían a nuestro paso.

-¡Qué flor tan maravillosa! –alabé, aspirando su fragancia.

Al finalizar el sendero bordeado por flores de loto de mil pétalos desembocamos en un laberinto de espejos en cuyo umbral se posó la paloma, dejando caer al suelo la ramita de olivo.

-Hemos llegado –dijo el Águila de la Imaginación-. El espejo de la princesa está allí dentro.

La espera mágica

La paloma pió tres veces y se alejó con su elegante vuelo hacia Oriente.

Entonces a mi unicornio se le desprendió el cuerno y su cuerpo se cubrió de gusanos hasta que apareció nuevamente el anciano de aspecto desagradable al que todos rehuían en el reino de la princesa.

-He llegado al final de mi camino –dijo, posando las manos afectuosamente en mis hombros-. No puedo entrar contigo en ese laberinto, pues sólo tú tienes acceso a él.

>>Te estaré eternamente agradecido por haberme dado la oportunidad de vencer al unicornio de la princesa. Ahora me puedo morir contento.

El anciano se transformó en paloma blanca y voló siguiendo la estela de la paloma de la princesa.

Contemplé su elegante vuelo, melancólico, hasta que la paloma se perdió en el horizonte, en dirección a Oriente.

-¡Ha llegado la hora de la verdad! –exclamó el Águila de la Imaginación-. Ahora debes entrar tú solo en el laberinto de espejos para encontrar el de la princesa y te aseguro que esa tarea será tan difícil como distinguir una gota de aceite en el mar.

Me eché a reír.

-¡Lo conseguiré sin tu ayuda! –repliqué, confiado.

-¿Cómo lo harás?

Me encogí de hombros.

-He aprendido a esperar cuando buscas algo. ¡Ningún laberinto tiene salida! Lo importante es que tu corazón se merezca lo que anhelas.

-¿Insinúas que no vas a entrar en el laberinto?

-Sería absurdo buscar una gota de aceite en el mar, ¿no crees? Lo único que puedo hacer es sentarme aquí para llamar con mi flauta a esa gota solitaria que según parece me está predestinada. Si no me equivoco, ella querrá tanto como yo que nos encontremos y le será más fácil verme aquí, en un lugar expuesto, que en el interior del laberinto.

El Águila de la Imaginación asintió, asombrada por mi razonamiento.

-Te observaré para comprobar si estás en lo cierto. ¡Buena suerte!

El Águila de la Imaginación levantó el vuelo y se alejó hacia Oriente.

Entonces me senté a la entrada del laberinto y me puse a tocar la flauta.

Al medio día tuve sed, me fui a beber agua a un arroyo que pasaba por allí cerca y regresé a la entrada del laberinto para tocar la flauta. Al atardecer tuve hambre, me fui a un manzano que había allí cerca, me comí tres manzanas y regresé a la entrada del laberinto para tocar la flauta. Y al anochecer tuve sueño pero no abandoné la entrada del laberinto y toqué la flauta hasta que me quedé dormido.

Durante siete días seguí la misma rutina, sin impacientarme. Entonces apareció una simpática oca, atraída por el sonido de mi flauta.

-¿Qué haces aquí, joven, sentado a la entrada del laberinto de espejos, tocando la flauta? –me preguntó.

-Intento atraer la atención de un espejo –respondí, contento de hablar con la oca para amenizar mi espera.

-¡Los espejos no son seres vivos que puedan moverse y acudir a una cita! –replicó la oca, extrañada.

Reflexioné.

-Eso es verdad, a menos que el espejo esté en un ser vivo. En ese caso el ser vivo podría acudir a la cita llevándolo consigo. ¿Conoces algún ser vivo que tenga un espejo?

La oca hizo memoria al tiempo que giraba en círculos, dando graciosos saltos.

-Hace mucho tiempo oí hablar de un ser vivo de esa clase –dijo al fin.

-¿Qué clase de ser vivo?

-Decían que era uno bastante desagradable. Un búfalo verde que tenía espejos en los ojos y se dedicaba a arrasar los cultivos de los campesinos y matar los rebaños de los pastores.

Di un salto de alegría.

-¡Seguro que los ojos de ese búfalo verde son el espejo de la princesa! –exclamé bailando alrededor de la oca.

-¿Por qué lo crees?

-¡Porque has venido tú aquí a hablarme de él!

-Tal vez pretendo engañarte.

Me dije que podía haber otro pretendiente que utilizase a la simpática oca para alejarme del laberinto e impedir que encontrase el espejo de la princesa, pero mi corazón me decía que no era así. Parecía lógico que el

espejo de la princesa estuviese en los ojos de una bestia destructiva y por tal motivo ningún pretendiente lo hubiese podido conseguir.

-¡Llévame hasta ese búfalo verde, te lo ruego!

La oca encogió las alas con preocupación.

-¡Nunca lo he visto!

-Pero has oído hablar de él.

La oca agachó la cabeza, pensando.

-Creo que sé quién podría llevarte hasta el búfalo verde –dijo, tras mucho cavilar, dando vueltas en torno a sí, al tiempo que agitaba las alas.

-¿Quién? –repliqué palmeando con entusiasmo el lomo de la oca.

-Sólo el ave Fénix ve todo lo que ocurre en este mundo. Es un ave fabulosa. Tiene la cabeza de gallo, el lomo de golondrina, las alas de viento, la cola de flores y ramas de árbol y las patas de tierra. Vive quinientos años. Cumplido ese tiempo se arroja al fuego, permanece muerta durante tres lunas y al tercer día resucita, ya que de la médula de sus huesos nace otro Fénix.

-¡Fantástico!

-Las ocas adoramos al Fénix. Es el ave más delicada que existe. Aunque su cuerpo es grande, fuerte y regio, cuando se posa en ti ni siquiera notas su peso. Además no daña la naturaleza y los animales para sobrevivir, pues se alimenta de rocío.

-No puedo imaginarme un ave tan especial.

-El Fénix supera lo que puede alcanzar la imaginación. Hace mucho tiempo mi madre, antes de morir, me enseñó la fórmula para convocar al ave Fénix si necesitaba su ayuda. Hasta ahora no he tenido la oportunidad de hacerlo, porque en la vida de una modesta oca como yo no hay grandes apuros, pero presiento que tú no eres un joven cualquiera y por alguna razón importante necesitas la ayuda del ave Fénix.

-¡Te agradezco tu generosidad! –exclamé, besando a la oca en el pico.

-Cualquier oca haría lo mismo por ti si te conociese –dijo ella, pues era humilde y servicial, como todas las de su especie.

La danza de las ocas

La oca, ajetreándose mucho, porque era muy hacendosa, reunió con el pico siete ramas secas, las dispuso como los radios de una rueda, colocando como eje cuatro plumas de su cola clavadas en la tierra, apuntando hacia los cuatro puntos cardinales, y me dijo que encendiese fuego entrechocando dos piedras mientras ella se iba a buscar pétalos de rosa roja.

-Ocúpate de avivar el fuego con fuertes soplidos –dijo cuando regresó con doce pétalos de rosa roja, que depositó en el suelo, y volvió a alejarse enseguida.

-¿Adónde vas ahora? –pregunté, lleno de curiosidad.

-¡Necesitamos gotas de rocío! –gritó la oca antes de desaparecer detrás de un seto.

Al cabo de un largo rato, cuando empezaba a temer que le hubiese pasado algo, la oca volvió llevando en el pico un puñado de musgo empapado de rocío que dejó caer junto a los doce pétalos de rosa roja.

-He tenido que ir hasta un bosque umbrío para encontrar este musgo que absorbe el rocío como una esponja –explicó, disculpándose por su tardanza-. Aunque aquí hay mucho más rocío del que necesitamos, pues tenemos suficiente con tres gotas.

-¿Hace falta algo más? –pregunté, sonriendo, divertido, por la cara de solemnidad de la oca, que parecía realizar la ceremonia más importante del mundo.

-¡No pares de soplar el fuego! ¡Si no hay viento, no vendrá el ave Fénix! –dijo la oca ajetreándose de un lado a otro para reunir maderas y resinas aromáticas con las que confeccionó un espléndido nido, lo bastante grande para que cupiese un águila.

Luego examinó el nido, sonriendo, aprobadora, y salió corriendo mientras agitaba las alas.

-¿Adónde vas ahora? –pregunté, cansado de lanzar fuertes soplidos al fuego.

-¡No pares! ¡Demuestra a los cuatro vientos lo fuerte que es el fuelle de tu pecho! –gritó la oca batiendo el pico alegremente, pues se sentía eufórica

haciendo sus tareas, y añadió antes de desaparecer detrás del seto-: ¡Voy a por mi familia! ¡Hay que hacer un campo de fuerza con doce ocas para convocar al ave Fénix!

Me encogí de hombros, suspirando, y seguí soplando el fuego con todas mis fuerzas. <<¡Voy a demostrar a los cuatro vientos lo fuerte que es el fuelle de mi pecho!>>, pensé, repitiendo sin darme cuenta las palabras de la oca.

Al cabo de un largo rato, cuando nuevamente empezaba a temer que le hubiese pasado algo, la vi saltar por encima del seto y detrás de ella aparecieron otras once ocas, de diferentes tamaños, unas más viejas y otras más jóvenes, todas en alegre compañía, canturreando y batiendo a ritmo el pico, ya que para ellas convocar al Fénix, el ave al que adoraban, era el acontecimiento más importante de sus vidas.

-¡Ya estamos aquí! ¡Veo que has avivado el fuego en mi ausencia! –dijo la oca echando una ojeada a las llamas.

Entonces me pidió que me sentase en el nido fabricado con maderas y resinas aromáticas, dispuso a los miembros de su familia alrededor del fuego, arrojó a las llamas los doce pétalos de rosa roja y escurrió con cuidado el musgo sobre el fuego para que cayesen sobre él tres gotas de rocío. Luego se unió al corro que formaban los miembros de su familia y las doce ocas se pusieron a bailar alrededor del fuego mientras agitaban las alas, batían el pico y canturreaban tonadas en la lengua de las ocas, que yo no podía entender.

Permanecimos así toda la noche: las ocas dando vueltas en círculo, sin desfallecer ni un momento, y yo, que no tardé en dormirme, acurrucado en mi cálido nido de maderas y resinas aromáticas.

El nacimiento del ave Fénix

Con el primer canto del gallo se extinguió el fuego. Cuando el gallo cantó por segunda vez, una poderosa ola de viento barrió a las doce ocas y las llevó de regreso a sus hogares transformadas en ocas de oro. Con el tercer canto del gallo brotó de las cenizas un espléndido Fénix que se acercó al nido de maderas y resinas aromáticas y se puso a picotear el borde como un pájaro carpintero.

Me desperté sobresaltado y al ver al Fénix salté fuera del nido.

-No debes asustarte de mí, joven, pues nada malo puedo hacerte –dijo el Fénix con su melodiosa voz-. Mírame bien. Estoy compuesta por los cinco colores, que representan las cinco virtudes.

Entonces el lugar se pobló con todas las ocas del mundo, que al saber de la llegada del Fénix, porque las doce ocas de oro habían corrido la voz, acudían presurosas. Conforme iban apareciendo pugnaban por abrirse paso entre sus congéneres para contemplar de cerca al ave Fénix. Cuando estuvieron reunidas a su alrededor, unas encima de otras, hasta diez alturas, se hizo un silencio solemne y la oca de más edad, que conocía los antiguos rituales, entonó la siguiente plegaria:

*¡Oh, ave Fénix,
veloz como el rayo,
fuerte y noble como el roble,
y tan retraída a la vista de los hombres
que verte es un milagro!
¡Te alabamos!
¡Por tu color, que es deleite para los ojos!
¡Por tu cresta, que indica rectitud!
¡Por tu lengua, que expresa sinceridad!
¡Por tu voz, origen de todas las músicas y melodías!
¡Por tu oído, que sólo oye de las palabras su bien!
¡Por tu corazón, donde sólo anida amor!
¡Y por tu pecho, que contiene los incalculables tesoros de los sueños!*

El ave Fénix desplegó sus alas de viento como si abrazase a todas las ocas del mundo, agradeciendo su presencia, y luego las devolvió a sus hogares desatando un huracán cubierto de pétalos de rosa roja, su flor preferida, al tiempo que les dejaba como prenda de su bendición tres plumas de oro en la cola.

Miré maravillado al Fénix, percibiendo su mágica y poderosa energía.

-¿Es verdad que tú lo ves todo? –pregunté con la voz ahogada por la emoción que me transmitía.

-Sólo lo esencial, por eso te vi venir por el camino del loto y envié a la oca cuando escogiste la elección acertada, pues si hubieses entrado en el laberinto me habría sido imposible ayudarte.

Sonreí, felicitándome de haber escuchado la voz de mi intuición cuando todo parecía animarme a buscar el espejo de la princesa en el interior del laberinto.

-¿Sabes dónde está el búfalo verde?

El ave Fénix asintió, inclinando la cabeza con gravedad.

-Y tú también lo sabes. En verdad el búfalo verde no existía hasta que tú lo creaste en tu imaginación gracias a las palabras de la oca.

-No te entiendo.

-¿No quieres ver lo que has empollado durante la noche?

Me asomé al nido de maderas y resinas aromáticas y vi que había un huevo bastante grande, con la cáscara moteada. <<Parece un huevo de dinosaurio>>, pensé, sacándolo del nido, ilusionado.

Entonces la cáscara del huevo se quebró y asomó la cabeza de un animal diminuto, que me miró sonriente.

-¡Ahí tienes a tu búfalo verde! –exclamó el ave Fénix aplaudiendo con sus alas de viento.

Me asombraban los extraños caminos que debía seguir para conquistar a la princesa de mis sueños.

-¡Qué cerca de mí estaba! –dije sonriendo al cachorro de búfalo verde, que había salido del cascarón y saltaba entre mis manos.

-¡Y tanto! El viaje del verdadero héroe es siempre interior. Los falsos héroes buscan fuera lo que llevan dentro de sí mismos y acaban perdiéndose en laberintos sin salida. No tienen valor para volver los ojos hacia dentro y enfrentarse a sus propios fantasmas, empuñando la flor de loto que todos llevamos en el corazón desde nuestro nacimiento.

-Es increíble, la respuesta a las preguntas está en el camino en apariencia más sencillo, aunque resulta el más difícil.

El ave Fénix apoyó una de sus alas de viento en mí.

-Así es. Me alegra que tú, aun siendo tan joven, lo hayas comprendido. Ahora que has encontrado la materia de su espejo, debes darle la forma adecuada para que la princesa pueda verse reflejada en él.

>>El búfalo verde es un animal salvaje y destructivo y su naturaleza le empujará a malograr las cosechas de los campesinos y matar los rebaños de los pastores, de modo que necesitas domar sus instintos, haciendo valer la autoridad del loto que pones de manifiesto cuando tocas la flauta.

Asentí con solemnidad.

-¡Haré como tú dices!

-Estoy segura de ello. Cuando consideres que tu búfalo verde está domesticado, porque te haya dado pruebas de fidelidad, llévalo hasta la princesa. ¡Sus ojos serán el espejo donde ella podrá por fin ver reflejada su belleza!

Estreché contra mi pecho al cachorro de búfalo verde y dirigí al ave Fénix una mirada de reconocimiento y gratitud.

-Gracias por ser tan maravillosa y mágica –le dije, llorando de alegría.

-¡Y a ti gracias por amar y ser fuerte! ¡Hasta siempre, Flautín!

El ave Fénix se elevó por el cielo con sus alas de viento y se alejó hacia Oriente.

El búfalo verde

Me llevé al cachorro de búfalo verde al bosque, lo alimenté con bellotas de los robles, le di a beber agua de los arroyos y cuidé de él educándolo con el sonido de mi flauta hasta que fue lo bastante grande para valerse por sí solo.

Su indómito espíritu se había apoderado de él conforme crecía y en sus ojos, tan normales como los de cualquier otro búfalo, no aparecía ningún espejo.

<<¿Me habré equivocado contigo?>>, me preguntaba, mirando decepcionado a ese bruto animal que no mostraba ninguna sensibilidad hacia la música de mi flauta y a la primera oportunidad se escapaba de mi vigilancia para ir a pelearse con los otros animales del bosque.

Poco a poco mi entusiasmo fue desinflándose y cada vez prestaba menos atención al búfalo verde, que campaba a sus anchas por el bosque, gobernado por su indómito espíritu, que le empujaba a someter a los otros animales abusando de su fortaleza, a robar la comida ajena y a entregarse a los placeres.

Sintiéndome desalentado, una noche me acerqué a la madriguera donde dormía el búfalo verde y le dije:

-Ya veo que tú no eres un verdadero búfalo verde con espejos en los ojos. ¿Cómo podría verse reflejada en ti la princesa, si sólo sabes llevar una vida de brutalidad y desenfreno?

-¿Qué me reprochas, si tú me has creado? –replicó con insolencia el búfalo verde.

Entonces comprendí que, en efecto, aquella bestia insensible había nacido del huevo que yo empollé durante la mágica noche en que las ocas convocaron al ave Fénix, y me hundí en un profundo desánimo, pensando que el culpable era yo, pues no fui capaz de crear a un verdadero búfalo verde.

-Tienes razón. He fracasado –admití, adentrándome en la espesura del bosque, doblado como la rama de un sauce.

Caminé sin rumbo durante siete días, hasta perderme y caer abatido por el sueño. Entonces me despertaron los llantos y lamentos de unos

campesinos que pasaban a mi lado.

-¿Qué os ocurre? –les pregunté al verlos tan afligidos.

-Nos ha sobrevenido una calamidad –respondió el más anciano de los campesinos-. Ha aparecido una bestia terrorífica, la peor que pueda imaginarse, y ha arruinado nuestras cosechas. Muchas familias morirán de hambre cuando llegue el invierno, ya que no tendremos grano para vender en el mercado.

-¿Cómo era esa bestia?

-Un búfalo enorme, de color verde, que parecía disfrutar malogrando el bien ajeno.

Me sentí encendido por la cólera y la vergüenza.

-Yo soy el responsable de vuestra desgracia, buena gente, y haré cuanto pueda para remediarla -dije.

El anciano campesino no entendía cómo yo podía responsabilizarme de esa criatura feroz, salida de las leyendas, que había arruinado sus cosechas, de modo que achacó el magnánimo ofrecimiento a mi bondad natural.

-Me parece imposible la proeza de recuperar nuestras cosechas, pero si la logras tú, que pareces un joven extraordinario a juzgar por tu apariencia y tus palabras, te entregaré como muestra de gratitud la joya más preciada de mi familia, que heredamos de padres a hijos desde hace diez generaciones -dijo.

No presté atención al anciano campesino, pues ya me dirigía, según me indicaban, al lugar donde el búfalo verde había provocado la ruina de aquella buena gente.

Al ver las cosechas de los campos malogradas por la furia destructiva del animal que yo en vano había intentado domar con el sonido de mi flauta, volví a sentirme invadido por la cólera y la vergüenza. Mi flauta se transformó en espada y emergió de mi pecho un grito desgarrador que convocaba al búfalo verde.

-¡Ven aquí, alma del mal, a recibir el castigo que te mereces! – exclamé.

El búfalo verde, irreconocible a causa del temor que se había apoderado de él al verme a mí, su creador, empuñando la espada, acudió a mi lado con el rabo entre las piernas.

Temblando, debido a la cólera y la vergüenza que sentía, levanté la espada y la hundi en el ojo derecho del búfalo verde, delante de los campesinos, que observaron aterrorizados la escena.

El ojo derecho del búfalo verde estalló y de él brotó un manantial de

oro líquido que al caer al suelo y enfriarse se endureció en forma de lingotes. Entonces comprendí que ese oro que había salido del propio búfalo verde estaba destinado a las víctimas de su brutalidad, para compensarlas por las cosechas que trabajosamente habían conseguido durante todo el año y que el búfalo verde había destrozado en un simple arrebató de furia.

Así que entregué un lingote a cada familia. Cuando llegué al último de la fila, vi que sólo quedaba el anciano campesino, pues todas las familias habían regresado felices a sus hogares, celebrando que la desgracia se transformase en una fortuna impensable, que las había enriquecido de por vida.

-Ahora veo que no me equivoqué al juzgar que eres un joven extraordinario. Ignoro la relación que tienes con ese animal, pero sé que has colmado de felicidad a mi gente y por eso te estaremos eternamente agradecidos. Toma esta joya que te prometí y que te entrego como muestra de agradecimiento por tu generosidad –dijo el anciano campesino dándome la joya, y me besó la mano en señal de respeto, postrándose a mis pies.

Enseguida enterré la joya porque me recordaba la desgracia de la que me sentía responsable, regresé al bosque para entregarme a mis pensamientos y volví a olvidarme del búfalo verde, que seguía haciendo de las suyas a pesar de tener sólo un ojo.

Oro de luz y tinieblas

Deambulé por el bosque sin rumbo durante tres días, hasta que oí los llantos y lamentos de unos pastores.

-¿Qué os ocurre, buena gente? –les pregunté.

-Nos ha sacudido la peor calamidad –contestó el pastor más anciano del grupo-. Ha aparecido una bestia desalmada en la dehesa donde pastaban nuestros rebaños y no ha dejado una sola oveja con vida.

>>¿Qué podemos hacer ahora sin nuestro medio de vida? ¿De dónde sacaremos la leche y la lana para venderlas en el mercado? ¡Ni siquiera podremos alimentarnos con la carne de nuestras ovejas, pues esa bestia inmunda las ha envenenado con la ponzoña de su saliva! ¡Muchas familias morirán cuando llegue el invierno!

-¿Cómo era la bestia que ha provocado vuestra ruina? –pregunté, asombrado de que el búfalo verde, a pesar del terrible escarmiento recibido, hubiese cometido aquella atrocidad.

-Era un búfalo verde, el más grande que pueda imaginarse. Le faltaba el ojo derecho y parecía disfrutar malogrando el bien ajeno –dijo el anciano pastor.

Me golpeé el pecho, sintiéndome poseído por la cólera y la vergüenza.

-Yo tengo la culpa de lo que os ha sucedido –dije-. Llevadme hasta el lugar donde pastaban vuestras ovejas y trataré de compensaros por esta pérdida.

Cuando llegamos a la dehesa donde estaban los cuerpos mutilados de las ovejas, envueltos en un manto de sangre, empuñé mi flauta, que se transformó en espada, y aullé fuera de mí:

-¡Ven aquí, criatura sin alma, a recibir el castigo que te mereces!

El búfalo verde surgió de la espesura, aterrorizado por la cólera de su creador, y se postró a mis pies con humildad, sabiendo que había obrado mal, traicionado por su naturaleza, y debía pagar por ello.

Temblando de pies a cabeza y ahogándome por el mal que había brotado de mi propio pecho, ya que yo había concebido a aquel monstruo, hundí la espada en el ojo izquierdo del búfalo verde y los espantados pastores

observaron, incrédulos, que de la herida en lugar de sangre brotaba oro líquido que al caer al suelo y enfriarse se transformó en lingotes.

Me sentí aliviado, pues ahora tenía algo que dar a las víctimas de la brutalidad del búfalo verde, aunque nada pudiese borrar de su memoria el trauma de ver sus rebaños aniquilados por un ser sin alma.

Cuando terminé de repartir los lingotes entre las familias, que corrieron a sus hogares para celebrar su inesperada fortuna, tendí al anciano pastor el suyo, sin atreverme a mirarlo a los ojos por la vergüenza que me embargaba.

-Ahora que te he visto obrar sé quién eres, joven Flautín –me dijo el anciano pastor posando las manos en mis hombros-. No debes sentirte mal por lo sucedido. Hay que ser príncipe de las tinieblas antes de ver la luz, pues también hay luz en las tinieblas y hay tinieblas haciendo sombra en toda luz. Este oro que me entregas es fruto de la luz y las tinieblas, es el loto, la verdad, la palabra primera. Ve en paz.

Asentí con lágrimas en los ojos mientras el anciano pastor se alejaba, diciéndome que ciertamente era necesario equivocarse para enmendar el error, dormir para despertar y morir para volver a nacer, pero debajo de cada error, de cada sueño y cada muerte se perdía algo esencial por el camino que nada podía compensar. Se perdía esa alegría inocente y pura que experimenté durante mis primeros paseos por los campos, cuando acababa de aprender a tocar la flauta para alabar con mi música a las mariposas, las flores y al sol.

La transformación del búfalo verde

Ahora que el búfalo verde se había quedado ciego se arrimó a mí, pues al no ver las cosas de este mundo no deseaba hacer mal a nadie y sólo se sentía seguro estando cerca de su creador.

Nos fuimos a vivir juntos al bosque. Poco a poco el búfalo verde, que había perdido su instinto animal, empezó a mostrarse interesado en la música de mi flauta.

-¡Qué extraña criatura eres! –exclamaba yo al verlo acurrucado a mis pies, con las orejas vueltas hacia las notas musicales que salían de la flauta, como si tuviese un espíritu sensible al arte musical.

-¡Siento tanta paz al escuchar tu flauta! –respondía el búfalo verde, que parecía haber olvidado su vida anterior de bestia despiadada.

<<Es una pena que hayas tenido que perder tus ojos para encontrar tu alma>>, pensé.

Llegó un momento en que el búfalo verde se negó a comer y beber, pues sólo deseaba escuchar el sonido de la flauta. <<Va a morirse>>, me dije al verlo tan flaco y débil que no podía reconocerlo, pues desde que estaba ciego su tamaño se había reducido a una tercera parte del que tenía cuando se dedicaba a propagar el mal.

Como yo seguía alentando la esperanza de que el búfalo verde fuese algún día el espejo de la princesa, tal como yo había soñado, busqué en mis bolsillos algo que pudiese serme útil y encontré una preciosa joya.

<<¡Qué extraño! Es idéntica a la que me entregó el anciano campesino, pero ésa la enterré, porque me recordaba la primera desgracia que provocó el búfalo verde>>, me dije.

Entonces comprendí que también el anciano pastor me había regalado su joya, aunque lo hizo con disimulo, deslizándola en el bolsillo cuando me tomó de los hombros para reconfortarme con sus sabias palabras.

Ese hallazgo encendió una luz en mi pensamiento.

-¡Ya entiendo la función de las joyas que me dieron tus víctimas, el anciano campesino y el anciano pastor! –le dije al búfalo verde intentando animarlo, ya que el pobre animal ni siquiera tenía fuerzas para ponerse de

pie-. Voy a buscar la otra joya al lugar donde la enterré. ¡Prométeme que no te angustiarás en mi ausencia!

-No te vayas, por favor. Si dejo de escuchar la música de tu flauta me moriré –replicó el búfalo verde casi sin voz.

-He de hacerlo. ¡Ahora sé cómo transformarte en el espejo de la princesa!

-Obré mal, traicionándote cuando tú me diste la vida, y no me merezco la salvación.

-¡Te equivocas! Has seguido a tu manera el camino del héroe, alcanzando la luz aunque hiciste mucho mal. Tu destino es ingrato porque naciste con la sangre envenenada, absorbiendo en el sueño la suciedad que había en mí.

>>Pero al quedarte ciego y mirar hacia tu interior aprendiste a escuchar la música de mi flauta y ahora eres un ser de luz que ha dominado a la bestia que hay en ti.

El búfalo verde abrió la boca para decir algo y su cabeza se desplomó.

-¡No puede ser demasiado tarde! –dije reprochándome no haber hurgado antes en mis bolsillos, pues si hubiese encontrado la joya del anciano pastor días atrás, cuando el búfalo verde aún mordisqueaba las bellotas que le llevaba, habría podido salvarlo.

Arrimé mi rostro bañado en llanto al pecho de ese animal a quien quería como si fuese mi hermano y comprobé que su corazón latía tan débilmente que podía detenerse en cualquier momento.

-¡Aguarda, no te mueras! –exclamé echando a correr hacia el lugar donde había enterrado la joya del anciano campesino.

El guardián de los tesoros

Al poco de partir comprendí que me había perdido. Desolado, atravesé un bosque de acacias cubiertas de flores blancas y rojas en cuyo suelo había desperdigados numerosos espinos.

Entonces vi a un hermoso cisne blanco tocando el arpa, que me sonrió.

-Ve por allí, joven –me dijo señalándome el camino con una de las alas.

-¡Gracias! –repliqué echando a andar alegremente por el sendero bordeado de azucenas que me indicaba el cisne.

No tardé en llegar al lugar donde había enterrado la primera joya. Un anciano que llevaba un nudoso báculo la había desenterrado y la estaba pesando en el platillo izquierdo de una balanza mientras que en el platillo derecho había una nube de hadas diminutas danzando en corro.

Cuando me asomé al platillo donde estaba la joya, la vi transformada en bella durmiente, mas no pude distinguir su rostro.

-¿Sabes quién es tu bella durmiente? –me preguntó el anciano.

-¡Claro que lo sé! –respondí metiendo la mano en el platillo, pues temía por la vida del búfalo verde y deseaba regresar cuanto antes junto a él.

El anciano me sacudió en la mano con su nudoso báculo al tiempo que se transformaba en un bufón enano y deforme que rompió a reír groseramente.

-¿Qué pretendes, alfeñique? ¡Aparta tu sucia mano de esa joya! –dijo echando espumarajos por la boca.

-¡Me pertenece! –protesté.

-Antes de tomarla has de sacrificar un buey en mi honor, pues soy el guardián de los tesoros y esta joya es mía desde el momento en que tú, al enterrarla, renunciaste a ella.

Me embargó tal furia que tuve la tentación de transformar mi flauta en espada, como había hecho otras veces, para ahuyentar a ese ridículo bufón, pero había aprendido la lección de la paciencia y logré dominar la rabia que se apoderaba de mí.

¿Quizá el bufón era un impostor en lugar del guardián de los tesoros como él decía?, me pregunté, pero eso no tendría sentido. ¿Qué ganaría

mintiéndome? Si deseaba la joya no habría esperado a que yo llegase sopesándola en la balanza.

<<Todas las criaturas de este mundo tienen su razón de ser>>, me dije recuperando la calma al tiempo que me preguntaba cómo podría encontrar un buey para sacrificarlo al guardián de los tesoros.

El buey del ego

Cuando cerré los ojos en mi interior apareció un gigantesco cíclope con su solitario ojo en mitad de la frente inclinándose hacia mí para observarme fijamente. Al verme reflejado en el ojo del cíclope, que era de cristal, me desmayé de la impresión. ¡El ojo mostraba a un buey manso y sonriente que había puesto la cabeza sobre un madero para que el cíclope se la cortase con el hacha!

-¡Quiero mi buey! ¿Por qué me lo niegas, alfeñique? –insistió el bufón dando saltos a mi alrededor al tiempo que me sacaba la lengua y me hacía carantoñas deformando la cara.

-¡No! –grité.

-¡Has de sacrificarte una vez más! –me urgió el Águila de la Imaginación-. ¿A qué clase de amor puedes aspirar si no eres capaz de hacerlo?

-¿Qué amor le daré a la princesa si me muero?

-El de tu fe ciega. Entrégate a ella, no temas. Ha de morir en ti la parte de tu alma que le cedas a ella. El amor es muerte y resurrección. Si no tienes valor para realizar este sacrificio el bufón que guarda los tesoros seguirá burlándose de ti y nunca podrás abrir esta puerta del amor verdadero que hoy has alcanzado.

>>Tu amor no puede ser un reflejo de la doncella que hay en ti, sino el corazón de la princesa. ¿Qué lugar ocuparía ella, si antes no matas a la doncella que hay en tu interior, a quien tanto has amado porque formaba parte de ti?

Entonces comprendí y me puse a tocar la flauta para transformarla en espada y hundir la hoja en mi pecho, atravesándome el corazón.

Luego de mi pecho brotó una figura plateada y transparente, apenas definida, cobrando forma lentamente hasta que se materializó una doncella virgen, de bucles cobrizos, mirada triste y una piel blanca y suave como la porcelana, pero esta vez no estaba de pie, sino tumbada boca arriba sobre la tierra, como un bloque de piedra, y sus ojos inmóviles miraban idos hacia las alturas.

Me sentí aterrorizado.

<<¡La he perdido para siempre!>>, pensé, sintiéndome vacío.

-¡Bien hecho! –exclamó el Águila de la Imaginación-. No lamentes la pérdida de tu doncella. Pronto la reemplazará el corazón de la princesa y serás el hombre más feliz del mundo.

<<¿Y si no consigo el espejo? ¿Y si la princesa no me acepta?>>, me pregunté, angustiado por las dudas.

Entonces la doncella que anidaba en mi interior se transformó en un buey de mármol, manso y sonriente.

-¡Lo celebro! ¡Eres digno de esta joya! Ahora puedes tomarla, puesto que te pertenece por derecho propio –exclamó el bufón transformándose en el anciano que empuñaba un nudoso báculo.

Y dicho esto ató una cuerda al cuello del buey de mármol y se alejó arrastrándolo sin ninguna dificultad.

Temblando por la pérdida de mi doncella, que aún no había superado, me asomé a los platillos de la balanza. En el de la derecha las hadas diminutas habían dejado de bailar y me saludaron con los brazos abiertos, arrojándome flores y besos volados.

Luego miré el platillo de la izquierda y observé que ahora sí podía distinguir el rostro de la bella durmiente.

¡Era la princesa de mis sueños!

Cuando metí la mano en el platillo izquierdo de la balanza, la bella durmiente volvió a transformarse en la joya del anciano campesino. Me la guardé y eché a correr para regresar cuanto antes junto al búfalo verde, a quien dejé en un estado tan lastimoso que temía por su vida.

Cuando el crepúsculo se asentó en la tierra, envolviéndolo todo en tinieblas teñidas de rojo, crucé un campo de espigas lleno de cigarras dormidas y desemboqué en el claro del bosque donde había dejado al búfalo verde.

El espejo de la princesa

Empuñaba en la mano derecha la joya del anciano pastor y en la izquierda la joya del anciano campesino.

-¡Levántate, que he venido a devolverte los ojos! –dije abrazando al búfalo verde, pues nunca me había alegrado tanto de verlo.

El búfalo verde no daba señales de vida. Alarmado, apoyé el rostro en su pecho.

-¡Te has muerto, maldita sea! –grité, roto por el dolor, al no percibir los latidos de su corazón, y me tumbé en el suelo embargado por una profunda desolación.

Durante tres días permanecí al lado del búfalo verde, inmóvil, sin soltar la joya del anciano campesino y la joya del anciano pastor, que empuñaba con fuerza, como si temiese perderlas. Al cabo de ese tiempo, cuando estaba amaneciendo la atmósfera se colmó de una deliciosa fragancia a romero y mirto y apareció caminando alegremente un espléndido pavo real, llevando en el pico una pluma de pelícano que depositó a mis pies.

-Levántate de tus cenizas, joven príncipe –dijo el pavo real-, y toma esta pluma para que empieces a escribir en el lienzo de la vida la historia de amor que anida en tu corazón.

Sonreí, olvidando el dolor que se había apoderado de mí. Al tomar la pluma de pelícano, que me pareció el objeto más precioso que había llegado a mis manos, comprendí que nada estaba perdido. ¡Había llegado el momento de resucitar a mi querido búfalo verde!

Besé la joya del anciano pastor y la joya del anciano campesino. Luego besé las cuencas vacías de los ojos del búfalo verde y encajé en ellas las joyas, que tenían la medida justa de los ojos que el animal había perdido.

-Que la joya del anciano pastor sea tu ojo derecho y la joya del anciano campesino tu ojo izquierdo –dije apartándome para comprobar el efecto que obraban las joyas.

Entonces cayó un rayo de las alturas que golpeó al búfalo verde, envolviéndolo en un aura de luz, y apareció en el horizonte el Arco Iris, a través del cual hizo su entrada triunfal el ave Fénix para detener su regio vuelo

sobre la cabeza del animal, que cobró vida y dejó caer los párpados sobre las joyas que ocupaban las cuencas de sus ojos.

Tras un momento de incertidumbre en que la naturaleza entera parecía contener el aliento, el búfalo verde volvió a levantar los párpados y vi, sintiéndose invadido por una alegría intensa, que la joya del anciano pastor y la joya del anciano campesino se habían transformado en brillantes espejos que me devolvían, renovada, mi propia imagen.

Entonces el búfalo verde rompió a reír de felicidad por hallarse de regreso al mundo junto a su creador, a quien no había defraudado, después de todo.

El rescate de la princesa

Monté a lomos del búfalo verde y juntos recorrimos el camino de regreso al palacio de la princesa, durante siete días en los cuales yo tocaba la flauta y él cantaba alegremente, mientras el sol nos bendecía con su presencia, las flores del campo nos saludaban postrándose a nuestro paso, las mariposas nos seguían formando cortejo y los árboles nos cedían sus frutos.

Al llegar a la puerta de palacio me miré en los espejos del búfalo verde, sonriendo, y dije:

-Nunca me había sentido tan feliz.

Los espejos se empañaron y el búfalo verde replicó:

-También yo, tanto que llegué a creerme algo más que un simple animal.

Lo abracé, rompiendo a llorar.

-¡Sin ti estaría perdido! ¿A qué princesa podría conquistar?

Entonces oímos una voz que exclamaba a nuestras espaldas:

-¡Ha vuelto el príncipe con el espejo!

Era el criado con la cabeza de perro y una cobra enroscada en el cuello, que añadió, esbozando un gesto de preocupación:

-¡No os demoréis más! La vida de la princesa corre peligro. La ignorancia de su belleza la ha hundido en tal desconsuelo que ni siquiera se alimenta y no permite que sus allegados acudan a la torre donde se ha recluido para aguardar el final de sus días.

El búfalo verde salió corriendo con la furia que le caracterizaba antes de perder los ojos, se abrió paso entre la servidumbre del palacio, atravesando diferentes estancias como si conociese bien el camino, y subió bufando con rabia por la empinada escalera de caracol que conducía a la torre más alta del palacio.

Al llegar a la cámara que la princesa había cerrado con llave, echó la puerta abajo y se plantó ante ella, hallándola tumbada en el suelo con los brazos abiertos, mirando fijamente el trozo de cielo que se veía a través de la claraboya del techo.

-Ha llegado mi hora –dijo la princesa con un hilo de voz, pues al sentir

la presencia del búfalo verde creyó que la muerte venía a recogerla.

-Es cierto que ha llegado tu hora, mas no de morirte, sino de saber quién eres –dijo el búfalo verde inclinándose para que ella pudiese verse reflejada en los espejos de sus ojos.

Entonces la princesa se quedó admirada al contemplar por primera vez su propia imagen, que le mostraba el ojo derecho del búfalo verde.

<<¿Puedo ser yo así?>>, se preguntó al ver su rostro delicado, dulce y sereno.

¡Era igual que las princesas de los cuentos de hadas que le contaba su padre, tal como ella se las había imaginado!

Su brillante melena rubia se desparramaba por el suelo como una cascada, rodeaba su vestido de color turquesa, pasaba por encima de las delicadas manos y llegaba hasta los pies, que calzaban zapatos de cristal, componiendo una imagen tan semejante al sol que ella contemplaba durante la larga espera en lo alto de la torre que se le saltaron las lágrimas.

Su corazón comenzó a latir con renovado vigor y su pecho se inflamó de emoción cuando vio aparecer en el ojo izquierdo del búfalo verde empuñando mi flauta.

-¡Mi príncipe! –exclamó sintiendo que la sangre bullía en sus venas, y se puso en pie de un salto.

Entonces entramos en la alcoba el criado, el rey y yo.

-¡Alabado sea el cielo! –dijo el rey abrazando con ternura a la princesa.

Luego se volvió con recelo hacia el búfalo verde.

-¡He ahí el espejo que ha salvado la vida a vuestra hija! –dijo el criado.

-¡Jamás me lo imaginé con esta forma! –replicó el rey, asombrado-. ¿Dónde se supone que está el espejo?

-¡En los ojos! ¿En qué otro lugar podría estar?

El rey miró los ojos del búfalo verde desde diferentes ángulos. Al no ver más que los agujeros que tenía el búfalo verde antes de que introdujese en ellos las joyas del anciano campesino y el anciano pastor, rompió a reír.

-¿Pretendes engañarme, criado? ¡Yo no veo más que dos agujeros!

-No os extrañe que así sea –dijo, sereno, el criado-. Puesto que este espejo no está destinado a vos, sino a vuestra hija. Preguntadle a ella y comprobaréis que estoy en lo cierto.

La princesa, sin esperar a que su padre se lo pidiese, se puso delante

del búfalo verde y describió los rasgos de su bello rostro.

-Ya veo que sí, este animal extraño y descomunal ha conseguido lo que ninguno de los más ilustres pretendientes de todos los reinos pudo lograr –dijo el rey, maravillado, y cuando supo que yo era el artífice de aquel prodigio no dudó en concederme la mano de su hija.

La boda se celebró siete días después, con un invitado de excepción, el búfalo verde, que ejerció de padrino para regocijo de los reyes.

Ahora la princesa y yo vivimos juntos y felices y el Águila de la Imaginación sigue haciendo de las suyas para ver realizados los sueños de muchos niños y librarlos de las garras del Brujo del Aburrimiento. **Fin**